

Eliphas Levi

Dogma y Ritual de la Alta Mágia
Eliphas Levi

Dogma Y Ritual

De La Alta

Magia

Segunda Parte

El Ritual

Escaneado y Corregido
hoy 4 de Junio de 2004
Por Frater Alastor

PREPARACIONES

Toda intención que no se manifiesta por actos, es una intención vana, y la palabra que los represente una palabra ociosa. Es la acción la que demuestra la vida y es también la acción la que manifiesta y comprueba la existencia de la voluntad. Por esto se ha dicho en los libros simbólicos y sagrados que los hombres serán juzgados, no por sus pensamientos y por sus ideas, sino por sus obras. Para ser es necesario hacer. -

Vamos a penetrar ahora en el grande y terrible asunto de las obras mágicas. No se trata aquí de teorías ni de abstracciones; llegamos al terreno de los hechos y vamos a colocar en la mano del adepto la varita de los milagros, diciéndole: No procedas solamente según nuestras palabras; obra por ti mismo.

Tratase aquí de las obras de una omnipotencia relativa y del medio de apoderarse de los más grandes secretos de la Naturaleza en beneficio de una voluntad esclarecida e inflexible. -

La mayor parte de los rituales mágicos conocidos son: o mixtificaciones o enigmas. Nosotros vamos a descender por vez primera, después de tantos siglos, el velo del oculto santuario. Revelar la santidad de los misterios es remediar su profanación. Tal es la idea que mantiene nuestro valor y nos hace afrontar todos los peligros de esta obra, la más audaz, tal vez, que haya sido dable concebir y realizar al espíritu humano.

Las operaciones mágicas son el ejercicio de un poder, natural pero superior a las fuerzas ordinarias de la Naturaleza. Son el resultado de una ciencia y de una costumbre que exaltan la voluntad humana por encima de los límites habituales.

Lo sobrenatural no es otra cosa que lo natural extraordinario, o lo natural exaltado; un milagro es un fenómeno que asombra a las muchedumbres por lo inesperado; lo maravilloso es lo que maravilla, o sea, los efectos que sorprenden a los que ignoran las causas, o que les asignan causas desproporcionadas a los resultados. No hay milagros más que para los ignorantes; pero como no hay ciencia absoluta entre los hombres, el milagro puede, no obstante, existir para todo el mundo.

Comencemos por decir que creemos en todos los milagros porque estamos convencidos, por experiencia propia, de su completa posibilidad.

No hace falta que nos expliquemos más, sino que los consideremos como explicables. Más o menos o menos o más, las consecuencias son idénticamente relativas y las proporciones rigurosamente progresivas.

Sin embargo, para hacer milagros es necesario colocarse fuera de las condiciones comunes de la humanidad. Es preciso abstraerse por la sabiduría o exaltarse por la locura, por encima de todas las pasiones y apartándose o desligándose de éstas con frenesí o por éxtasis. Tal es la primera y más indispensable de las preparaciones del operador.

Así, por una ley providencial o fatal, el mago no puede ejercer su omnipotencia más que en la razón inversa de su interés material; el alquimista hace tanto más oro cuanto más se resigna a las privaciones, cuanto más estima la pobreza protectora de los secretos de la gran obra.

El adepto, de corazón sin pasiones, dispondrá por sí sólo del amor y del odio de aquellos sobre quienes quiera servirse de instrumento para la realización de su ciencia; el mito del Génesis es eternamente verdadero y dios no deja aproximarse al árbol de la ciencia más que a hombres suficientemente abstemios y fuertes para no codiciar sus frutos.

¡Vosotros los que buscáis en la magia el medio de satisfacer vuestras pasiones, deteneos en esa vía funesta. No encontraríais en ella más que la locura o la muerte. Esto era lo que antaño

se manifestaba con el proverbio de que el diablo tarde o temprano acaba por retorcer el cuello a los brujos.

El magista debe, pues, ser impenetrable, sobrio, casto, desinteresado, impenetrable e inaccesible a toda especie de prejuicio o de terror. No debe tener defectos corporales y someterse a la prueba de todas las contradicciones y aflicciones. La primera y más importante de todas las obras mágicas, es la de llegar a esta rara superioridad.

Ya hemos dicho que el éxtasis apasionado puede producir los mismos resultados que la superioridad absoluta y esto es exacto en cuanto al éxito, pero no en lo referente a la dirección de las operaciones mágicas.

La pasión proyecta con fuerza la luz vital e imprime movimientos imprevistos al agente universal; pero no puede retenerse tan fácilmente como ha sido proyectada y su destino es entonces muy semejante al de Hipólito, arrastrado por sus propios caballos, o al de Phalaris experimentando por sí mismo el suplicio que había inventado para los demás.

La voluntad humana realizada por el hecho, es semejante a la bala de cañón que no retrocede nunca ante el obstáculo. Lo atraviesa y en él entra y se pierde cuando fue lanzada con violencia; pero si marcha con paciencia y perseverancia, no se pierde nunca, asemejándose entonces a la ola que retorna siempre y concluye hasta por carcomer el hierro.

El hombre puede ser modificado por la costumbre, que se convierte en una segunda naturaleza en él. Por medio de una gimnástica perseverante y graduada, las fuerzas y la agilidad del cuerpo se desarrollan, o se crean en proporción asombrosa. Lo propio sucede con los poderes del alma. ¿Queréis reinar sobre vosotros mismos y sobre los demás? Pues aprended a querer.

¿Cómo puede aprenderse a querer? Este es el primer arcano de la iniciación mágica y es para dar a comprender el mismo fondo del arcano como los antiguos depositarios del arte sacerdotal rodeaban los accesos al santuario de tantos terrores y tan estupendos prodigios. No creía en una voluntad, sino cuando había producido las pruebas de su existencia y tenían razón sobrada de ello. La fuerza no puede afianzarse sino sobre victorias.

La pereza y el olvido son los enemigos de la voluntad, y por esto es por lo que todas las religiones han multiplicado las prácticas y hecho su culto minucioso y difícil. Cuanto más se preocupa uno por una idea, tanto mayor fuerza se adquiere en el sentido de esa idea. ¿No prefieren las madres a aquellos de sus hijos que en el parto y fuerza de él les han costado mayores trabajos y sacrificios? Así la fuerza de las religiones es encerrada por completo en la inflexibilidad de los que la practican. Mientras que haya un fiel creyente en el santo sacrificio de la misa, habrá un sacerdote para celebrarla, y en tanto que exista un sacerdote que lea todos los días su breviario, habrá un papa en el orbe.

Las prácticas más insignificantes en apariencia y más extrañas por sí mismas al fin que uno se propone, son, sin embargo, las que conducen más directamente hacia ese fin por la educación y el ejercicio de la voluntad. Un campesino que se levantara todas las madrugadas a las dos o las tres y que fuera lejos, muy lejos de su vivienda a recoger todos los días una brizna de la misma hierba, antes de que el sol saliera, podría, llevando consigo esa hierba operar un gran número de prodigios. Esa hierba sería el signo de su voluntad y se convertiría por obra de esa misma voluntad, todo lo que él quisiera que fuese en interés de sus deseos.

Para poder es preciso creer que se puede, y esa fe debe inmediatamente traducirse en hechos. Cuando un niño dice «no puedo», su madre le replica; «trata de poder». La fe no prueba; comienza por la certeza de conducir a lo propuesto y trabaja con calma como si tuviera la omnipotencia a sus órdenes y la eternidad ante sí.

Vosotros los que os presentáis ante la ciencia de los magos ¿qué es lo que les pedís? Osad formular vuestro deseo, sea cual fuere, y después comenzad la obra y no ceséis de obrar en el mismo sentido y sobre el mismo fin. Lo que hayáis querido se realizará.

Sixto V, cuando era pastor, había dicho: «Quiero ser papa.»

Vos sois traperero y queréis hacer oro, pues poneos ala obra y no ceséis hasta conseguirlo. Yo os prometo en nombre de la ciencia todos los tesoros de Flamel y de Ramon Llull.

¿Qué es lo primero que hay que hacer? Creer con toda fe que podéis, y luego obrar. ¿Como obrar? Levantaos todos los días muy temprano y a la misma hora; lavaos en todo tiempo en una fuente antes de la salida del sol, no llevar nunca ropa sucia, y para esto laváoslas vos mismos, si es menester; ejercitaros en las privaciones voluntarias, para mejor sufrir las involuntarias; imponer silencio a todo deseo, que no sea el de la realización de la gran obra. ~ días en una misma fuente, haré oro? —Trabajaréis en ello. —¿Es esto una burla? —No, es un arcano.— ¿Cómo puedo yo servirme de un arcano que no podría comprender? —Creed y obrad; luego comprenderéis.

Una persona me decía cierto día: Yo quisiera ser un ferviente católico, pero hasta ahora soy un volteriano. ¡Cuánto no daría yo por tener fe! —Pues bien, le respondí, no digáis yo quisiera, decid yo quiero, y haced las obras de la fe, y yo os aseguro que creeréis. Sois volteriano decís, y entre las diferentes

maneras que hay de comprender la fe, la de los jesuitas oses la más antipática y os parece, la más deseable y la más fuere... Haced y recomenzad sin descorazonamientos, los ejercicios de San Ignacio, y os convertiréis en un creyente como jesuita. El resultado es infalible, si tenéis entonces la ingenuidad de creer en el milagro porque ahora os engaños ya creyéndos volteriano.

Un perezoso no será nunca mago. La magia es un ejercicio de todas las horas y de todos los instantes. Preciso es que el operador de las gran es obras sea dueño absoluto de sí mismo; que sepa vencer el atractivo del placer y del apetito y el sueño; fue sea insensible, tanto al éxito, como a la derrota. En vida debe ser una voluntad dirigida por un pensamiento y servida por toda la naturaleza sometida al espíritu en sus propios órganos y por simpatía en todas las fuerzas universales que les son correspondientes.

Todas las facultades y todos los sentidos deben tomar parte en la obra y nada en el sacerdocio de Hermes tiene derecho a estar ocioso; es preciso formular la inteligencia por signos y resumirla por caracteres o pantáculos; es preciso determinar la voluntad por palabras y cumplir las palabras por hechos; es necesario traducir la idea mágica en luz para los ojos, en armonía para los oídos, en perfumes para el olfato y en formas para el tacto. Es preciso, en una palabra, que el operador realice en toda su vida, lo que quiera realizar fuera de sí en el mundo; es necesario que se convierta en un imán para atraer la cosa deseada; y que cuando esté suficientemente imantado que sepa que la cosa vendrá, sin que él ni ella lo piensen.

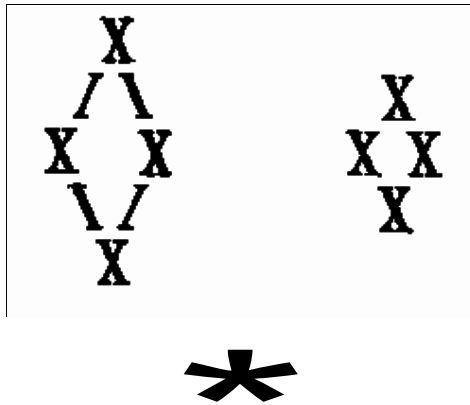
Es importante que el mago sepa los secretos de la ciencia; pero puede conocerlos por intuición sin haberlos aprendido. Los solitarios, los ascetas que viven en la contemplación habitual de la naturaleza, adivinan frecuentemente sus armonías y están más instruidos en medio de su sencillez y buen sentido que los doctores, cuyo sentido natural está falseado por los sofismas de las escuelas. Los verdaderos magos prácticos, se encuentran casi siempre en el campo, y son con frecuencia gentes sin instrucción y sencillos pastores.

Existen también ciertas organizadores físicas, mejor dispuestas que otras a las revelaciones del mundo oculto; también hay naturalezas sensibles y simpáticas, alas cuales la intuición en la luz astral le es, por decirlo así, innata; ciertas penas y ciertas enfermedades pueden modificar el sistema nervioso y hacer, sin el concurso de la voluntad, un aparato de adivinación más o menos perfecto; pero estos fenómenos son excepcionales y generalmente el poder mágico debe y puede adquirirse por la perseverancia y el trabajo.

Existen también sustancias que producen el éxtasis y predisponen al sueño magnético; también las hay que colocan al servicio de la imaginación todos los reflejos más vivos y más

coloreados de la luz elemental; pero el empleo de estas sustancias es peligroso, por cuanto en general producen la estupefacción y la embriaguez. Se emplean, no obstante, pero en proporciones rigurosamente calculadas, y en circunstancias perfectamente excepcionales.

Aquel que quiere entregarse seriamente a la obra mágica después de haber afirmado su espíritu contra todo peligro de alucinación o de espanto, debe purificarse interior y exteriormente durante cuarenta días. El número cuarenta es sagrado y hasta su misma figura es mágica. En cifras árabes, se compone del círculo, imagen de lo infinito y del 4 que resume el ternario por la unidad. En cifras romanas, dispuestas de la siguiente manera, representa el signo fundamental de Hermes y el carácter del sello de Salomón¹.



La purificación del mago debe consistir en la abstinencia de las voluptuosidades brutales en un régimen vegetariano y dulce, en la privación de licores fuertes y en la reglamentación de las horas de sueño. Esta preparación ha sido indicada y representada en todo los cultos por un tiempo de penitencia y de pruebas que precede a las fiestas simbólicas de la renovación de la vida

Es necesario, como ya lo hemos dicho, observar exteriormente la limpieza más escrupulosa; el más pobre puede encontrar agua en las fuentes. Es necesario lavar, o hacer lavar, con cuidado, los vestidos, los muebles y los vasos de que se ha usado. Toda suciedad atestigua negligencia, y en magia la negligencia es mortal.

Es necesario purificar el aire al levantarse y al acostarse con un perfume compuesto de savia de laureles, de sal, de alcanfor, de resina de azufre y pronunciarlas las cuatro palabras sagradas dirigiéndose hacia las cuatro partes del mundo.

No hay que hablar con nadie de las obras que se realizan; y como ya lo hemos dicho en el Dogma, el misterio es la condición rigurosa e indispensable de todas las operaciones de la ciencia. Es necesario despistar a los curiosos, suponiendo otras ocupaciones y otras investigaciones, como por ejemplo, experiencias químicas para operaciones industriales, la investigación de secretos naturales, etc., etc.; pero la palabra que pueda desacreditar a la magia, jamás debe ser pronunciada.

¹ El sello de Salomón o dos triángulos entrelazados, con la ayuda de la imaginación se puede ver como estas cuatro "X" forman el Sello de Salomón, *

El magista debe aislarse al comenzar, y mostrarse muy difícil en relaciones, para reconcentrar en sí la fuerza y escoger los puntos de contacto; pero, tanto cuanto más salvaje e inabordable se haya mostrado en los primeros tiempos, tanto más popular y rodeado de gentes debe vérselo luego, cuando haya imantado su cadena y escogido su sitio en una corriente de ideas y de luz. -

Una vida laboriosa y pobre es de tal modo favorable a la iniciación por la práctica, que los más grandes maestros la han buscado, aun cuando podían disponer de las riquezas del mundo. Es entonces cuando Satán, es decir, el espíritu de la ignorancia, que sonríe, que duda, que odia a la ciencia, porque la tema, viene a tentar al futuro dueño del mundo diciéndole: Si tú eres el hijo de Dios, haz que esas piedras se conviertan en pan. Los hombres de dinero tratan entonces de humillar al príncipe de la ciencia, poniéndole toda suerte de trabas, o explotando miserablemente su trabajo; se le rompe en diez pedazos, a fin de que tienda la mano otras tantas veces, hacia el pedazo de pan de que parece tener necesidad. El mago no se digna ni aun de sonreír a tal ineficacia, y prosigue su obra con calma.

Es necesario evitar, tanto cuanto se pueda. La vista de cosas repugnantes y de personas feas no comer con las personas a quienes no se estima evitar todo género de excesos y vivir de un modo uniforme y arreglado.

Tener el mayor respeto de sí mismo y considerarse como un soberano desconocido que consiente en serlo para reconquistar su corona. Ser dulce y digno con todo el mundo; pero en las relaciones sociales no dejarse jamás absorber y reiterarse de los círculos en donde no tuviera una iniciación cualquiera.

Se pueden, y aún se deben cumplir las obligaciones, y practicar los ritos del culto a que se pertenezca. Ahora bien, de todos los cultos el más mágico es el que realiza mayores milagros, que se apoya sobre las más sabias razones y los más inconcebibles misterios, cuyas luces son iguales a sus sombras, que populariza los milagros y encarna a Dios en los hombres por la fe, Esta religión ha existido siempre, y ha sido siempre en el mundo bajo diversos nombres, la religión y dominante. Tiene ahora, en los pueblos de la tierra, tres formas hostiles en apariencia entre sí, que pronto se reunirán en una sola para constituir una iglesia universal. Hablo de la ortodoxia rusa, del catolicismo romano y una transfiguración última de la religión de Buda.

Creemos que hemos dado a entender perfectamente, por lo que precede, que nuestra magia es opuesta a la de los Goecios y de los Nigromantes. Nuestra magia es a la vez una ciencia y una religión absoluta que debe, no destruir y absorber todas las opiniones y todos los cultos, sino regenerarlos y dirigirlos, reconstituyendo el círculo de los iniciados, y dando así a las masas ciegas conductores sabios y clarividentes,

Vivimos en un siglo en que no hay nada que destruir, sino en que hay que rehacerlo todo, porque todo está destruido. ¿Rehacer qué? ¿El pasado?

¿Reconstruir el qué? ¿Un templo y un trono? ¿A qué hacerlo puesto que los antiguos han caído? —Es como decir: Mi casa acaba de derrumbarse de puro vieja, ¿para qué construir otra? Pero, la casa que vais a edificar ¿será parecida a la que se ha derrumbado? —No, aquella que se ha caído era vieja, y ésta será nueva. Pero, en fin, ¿será siempre una casa! ¿Qué queríais, pues, que fuera?

II

EL EQUILIBRIO MAGICO

Si las dos fuerzas son absolutamente y para siempre iguales, el equilibrio será la inmovilidad, y por consiguiente, la negación de la vida. El movimiento es el resultado de una preponderancia alternada.

La impulsión dada a uno de los platillos de una balanza determina necesariamente el movimiento del otro platillo. Los contrarios obran así sobre los contrarios, en toda la naturaleza, por correspondencia y por conexión analógica.

La vida entera se compone de una aspiración y de un soplo; la creación es la suposición de una sombra para servir de límite a la luz; de un vacío, para -servir de espacio a la plenitud del ser; de un principio pasivo fecundado para apoyar y realizar el poder del principio activo generador.

Toda la naturaleza es bisexual y el movimiento que produce las apariencias de la muerte y de la vida es una continua generación.

Dios ama el vacío que ha hecho para llenarlo; la ciencia ama la ignorancia a quien ilumina; la fuerza ama la debilidad a quien sostiene; el bien ama el mal aparente que le glorifica; el día está enamorado de la noche, y la persigue sin cesar girando alrededor del mundo; el amor es a la vez una sed y una plenitud que tiene necesidad de expansión. Aquel que da recibe, y el que recibe da el movimiento; todo es un cambio perpetuo.

Conocer la ley de ese cambio; saber la proporción alternativa o simultánea de esas fuerzas, es poseer los primeros principios del gran arcano mágico, que constituye la verdadera divinidad humana.

Científicamente se pueden apreciar las diversas manifestaciones del movimiento universal por los fenómenos eléctricos o magnéticos. Los aparatos eléctricos especialmente, revelan material y positivamente las afinidades y las antipatías de ciertas sustancias. El consorcio del cobre con el zinc, la acción de todos los metales en la pila galvánica, son revelaciones perpetuas e irrecusables. Que los físicos busquen y descubran; los cabalistas explicarán los descubrimientos de la ciencia.

El cuerpo humano está sometido, como la tierra, a una doble ley: atrae e irradia; está imantado de magnetismo andrógino y reopera sobre las dos potencias del alma; la intelectual y la sensitiva en razón inversa, pero proporcional, de las preponderancias de dos sexos en su organismo físico.

El arte del magnetizador estriba completamente en el conocimiento y uso de esta ley. Polarizar la acción y dar al agente una fuerza bisexual y alterna, es el medio todavía desconocido y vanamente buscado de dirigir a voluntad los fenómenos del magnetismo; pero, es necesario un tacto muy ejercitado y una gran precisión completa en los movimientos interiores, para no confundir los signos de la aspiración magnética con los de la respiración; es preciso también conocer perfectamente la anatomía oculta y el temperamento especial de las personas sobre las cuales se opera.

Lo que más obstaculiza la dirección del magnetismo es la mala fe la mala voluntad de los sujetos. Las mujeres, sobre todo, que son esencialmente y siempre comediantes, y que gustan de impresionarse impresionando a los demás, y que son las primeras en engañarse cuando desempeñan sus melodramas nerviosos; las mujeres —repetimos— son la verdadera magia negra del magnetismo. Así será imposible a los magnetizadores no iniciados en los supremos

arcanos y no asistidos de las Luces de la Cábala, dominar siempre ese elemento fugitivo y refractario. Para ser maestro de mujer, es preciso distraerla y engañarla hábilmente, dejándola suponer que es ella misma la que os engaña. Este consejo que ofrecemos aquí, especialmente a los médicos magnetizadores, podría también, quizá, tener su aplicación práctica en la política conyugal.

El hombre puede producir a su antojo dos soplos: el uno caliente y el otro frío; puede igualmente proyectar a su antojo la luz activa o la luz pasiva; pero es necesario que adquiera la conciencia de esa fuerza por la costumbre de pensar en ella. Una misma posición de la mano puede alternativamente

respirar y aspirar, eso que hemos convenidos en llamar fluido; y el magnetizador mismo advertirá el resultado de su intención por una sensación alternativa de calor y de frío en la mano, o en ambas manos si opera con ellas a la vez, sensación que el sujeto deberá experimentar al mismo tiempo, pero en sentido inverso, es decir, con una alternativa evidentemente opuesta.

El pentagrama, o el signo del microcosmos, representa entre otros misterios mágicos la doble simpatía de las extremidades humanas, entre ellas y la circulación de la luz astral en el cuerpo humano. Así, al figurar un hombre en la estrella del pentagrama, como puede verse en la filosofía oculta de Agrippa, debe advertirse que la cabeza corresponde en simpatía masculina con el pie derecho, y en simpatía femenina con el izquierdo; que la mano derecha corresponde lo mismo con la mano y el pie izquierdo y la mano izquierda recíprocamente; siendo preciso observar todo esto en los pases magnéticos, si quiere llegarse a dominar todo el organismo y a ligar todos los miembros por sus propias cadenas de analogía y de simpatía natural.

Este conocimiento es necesario para el uso del pentagrama en los conjuros a los espíritus y en las evocaciones de formas errantes en la luz astral, llamadas vulgarmente nigromancias, como lo explicaremos en el capítulo quinto de este Ritual; pero, es conveniente observar aquí, que toda acción provoca una reacción y que magnetizando o influenciando mágicamente a los demás, establecemos de ellos a nosotros una corriente de influencia contraria, pero análoga, que puede someternos a aquellos en vez de someterlos a nosotros, como sucede con frecuencia en las operaciones que tienen por objeto la simpatía de amor. Por eso es por lo que es esencial defenderse al mismo tiempo que se ataca, a fin de no aspirar por la izquierda al mismo tiempo que se sopla por la derecha. El andrógino mágico², lleva escrito sobre el brazo derecho SOLVE, y sobre el izquierdo COAGULA, lo que corresponde a la figura simbólica de los trabajos del segundo templo, que tenían en una mano la espada y en la otra la herramienta. Al mismo tiempo que se edificaba, era preciso defender su obra dispersando a los enemigos; la naturaleza no hace otra cosa cuando destruye al mismo tiempo que regenera. Ahora bien, según la alegoría del calendario mágico de Duchenteau, el hombre, es decir, el iniciado, es el mono de la naturaleza, que le tiene encadenado, pero que le hace obrar sin cesar imitando los procedimientos y las obras de su divina maestra y de su imperecedero modelo.

El empleado alternado de fuerzas contrarias, lo caliente después de lo frío, la dulzura después de la severidad, el amor después de la cólera, etcétera, es el secreto del movimiento continuo

² Véase la imagen de Baphomet en el capítulo XV, me parece interesante hacer notar la posición de las manos del Baphomet, estas parecen estar en la posición de un mudra conocidísimo en la India, el pranamudra o mudra vivificante que es lo que parece querer decir Levi cuando utiliza el término alquímico Coagula, el otro mudra que no aparece ilustrado en la imagen del baphomet es el apanamudra o “disipador” esto es lo que Levi llama “Solve” ambos mudras son usados por los sacerdotes Budistas que se sientan en la posición de Loto, tal cual el Baphomet, y una mano la elevan al cielo y la otra apunta a la tierra, esto pretende canalizar la fuerza vital o usando los términos de Levi “La luz astral” en sus dos aspectos. Frater Alastor.

y de la prolongación del poder; es lo que sienten instintivamente las coquetas, que hacen pasar a sus adoradores de la esperanza al temor, y de la alegría a la tristeza. Obrar siempre en el mismo sentido y de la misma manera, es recargar sólo un platillo de una balanza, por lo que resulta inmediatamente la ruptura del equilibrio. La perpetuidad de las caricias engendra pronto la saciedad, el disgusto y la antipatía, lo mismo que una frialdad o una severidad constante aleja a la larga y destruye la afección. En alquimia, siempre un mismo fuego y siempre ardiendo, calcina la materia prima y hace, a veces, estallar el vaso hermético; es preciso sustituir en iguales intervalos, al calor del fuego, la del agua caliente o la del carbón vegetal. Así es como se hace en magia templar las obras de cólera o de rigor, por operaciones de benevolencia y de amor, pues si el operador tiene su voluntad siempre en tensión igual y en el mismo sentido resultara para él una gran fatiga, y luego una especie de impotencia moral.

El magista, pues, no debe vivir exclusivamente en su laboratorio, entre su atanor, sus elixires y sus pentáculos. Por devoradora que sea la mirada de esa Circe que se llama potencia oculta, hay que saber presentarle a propósito la espada de Ulises y alejar a tiempo de nuestros labios la copa que nos presenta. Siempre una operación mágica debe ser seguida de un reposo igual a su duración y de una distracción análoga, pero contraria a su objeto. Luchar continuamente contra la naturaleza para dominarla, es exponerse a perder la razón y la vida. Paracelso, ha osado hacerlo, y, sin embargo, en esa misma lucha empleaba fuerzas equilibradas y oponía la embriaguez del vino a la de la inteligencia; después dominaba la embriaguez por la fatiga corporal, y ésta por un nuevo trabajo de la inteligencia. Así, Paracelso era un hombre de inspiración y de milagros; pero usó de su vida en esa actividad de oradora, o más bien, destrozó y fatigó rápidamente sus vestiduras, porque los hombres como Paracelso pueden usar y abusar sin temor; saben perfectamente que no sabrían morir y que no envejecerían aquí abajo.

Nada predispone mejor a la alegría que el dolor ni nada está más próximo al dolor que la alegría. Así el operador ignorante se asombra de llegar siempre a resultados contrarios a los que se propuso, por cuanto no sabe cruzar ni alterar su acción; quiere hechizar a su enemigo y es él mismo quien se causa la desgracia y se pone enfermo; quiere hacerse amar y se apasiona loca, miserablemente por mujeres que se burlan de él; quiere hacer oro y agota sus últimos recursos; su suplicio es eternamente el de Tántalo; el agua se retira cuando él quiere beber. Los antiguos en sus símbolos y en sus operaciones mágicas, multiplicaban los signos del binario, para no olvidar la ley, que es la del equilibrio. En sus evocaciones construían siempre dos altares diferentes e inmolaban dos víctimas, una blanca y otra negra; el operador o la operadora tenía en una mano la espada y en la otra la varita mágica, debía tener un pie calzado y el otro desnudo. Sin embargo, como el binario sería la inmovilidad, no podía operar más que tres o uno en las obras de magia y cuando un hombre y una mujer tomaban parte en la ceremonia, el operador debía ser una virgen, un andrógino o un niño. Se me preguntará si la extravagancia de estos ritos es arbitraria y si tiene únicamente por fin ejercer la voluntad multiplicando a placer las dificultades de la obra mágica. Yo responderé que en magia no hay nada arbitrario porque todo está regulado y determinado por anticipado por el dogma único y universal de Hermes, el de la analogía en los tres mundos. Todos los signos corresponden a una idea; todo acto manifiesta una voluntad correspondiente a su pensamiento y formula las analogías de ese pensamiento y de esa voluntad. Los ritos son, pues, determinados por anticipado por la misma ciencia. El ignorante que no conoce el triple poder, sufre la fascinación misteriosa; el sabio lo conoce y le hace el instrumento de su voluntad; pero cuando los cumple con exactitud y con fe, jamás quedan sin efecto.

Todos los instrumentos mágicos deben ser dobles, es preciso tener dos espadas, dos varitas, dos copas, dos braserillos, dos pantáculos y dos lámparas. Debe llevar el mago dos trajes

superpuestos y de dos colores contrarios., como la practican todavía los sacerdotes católicos; es preciso no llevar consigo ningún metal, o llevar por lo menos dos. Las coronas de laurel, de ruda, de verbena o de artemisa, deben igualmente ser dobles; se conserva una de las coronas y se quema la otra, observando, como un augurio el ruido que hace al crepitar y las ondulaciones del humo que produce.

Esta observancia no es yana, porque en la obra mágica todos los instrumentos del arte están magnetizados por el operador; el aire está cargado de sus perfumes, el fuego por él consagrado está sometido a su voluntad; las fuerzas de la Naturaleza parecen escucharle y responderle y lee en todas las formas las modificaciones y los complementos de su pensamiento. Es entonces cuando ve el agua estremecerse y como hervir por sí misma, el fuego arrojar un gran resplandor y cuando siente en el aire extrañas y desconocidas voces. Fue en semejantes evocaciones cuando Juliano vio aparecer los fantasmas demasiado amados de sus dioses caídos, y se espantó, a su pesar, de su decrepitud y de su palidez.

Sé yo bien que el cristianismo ha suprimido para siempre la magia ceremonial y proscrito severamente las evocaciones y los sacrificios del antiguo mundo; tampoco nuestra intención es otra que darles una nueva razón -de ser, revelando los antiguos misterios. Nuestras experiencias, aun en este orden de hechos, han sido sabias investigaciones y nada más. Hemos comprobado hechos para apreciar causas y nunca hemos tenido la pretensión de renovar ritos para siempre abolidos.

La ortodoxia, israelita esa religión tan racional como divina y tan poco conocida, no reprueba menos que el cristianismo los misterios de la magia ceremonial. Para la tribu de Leví, el mismo ejercicio de la alta magia debía considerarse como una usurpación al sacerdocio y es la misma razón la que hará abolir por todos los cultos oficiales la magia operadora, adivinadora y milagrosa. Mostrar lo natural de lo maravilloso y producirlo a voluntad es anonadar para el vulgo, la prueba concluyente de los milagros que cada religión reivindica para sí, como la propiedad exclusiva y como argumento definitivo.

¡Respeto alas religiones establecidas, pero plaza también a la ciencia! No estamos ya a Dios gracias en los tiempos de los inquisidores y de las hogueras; ya no se asesina a los sabios, por denuncia de algunos fanáticos alienados o por la de algunas mujeres histéricas. Por lo demás, que se entienda bien que nosotros hacemos estudios curiosos y no una propaganda insensata, imposible. Aquellos que osen llamamos magos, nade tienen que temer de tal ejemplo y es más que probable que no lleguen a ser ni siquiera brujos.

III

EL TRIANGULO DE LOS PANTACULOS

El abate Trithemo, que fue en magia el maestro de Cornelio Agrippa, explica en su Esteganografía el secreto de los conjuros y de las evocaciones de una manera muy filosófica y muy natural, pero quizá por esto mismo, demasiado sencilla y demasiado fácil.

Evocar un espíritu —dice— es penetrar en el pensamiento dominante de ese espíritu, y si nos elevamos moralmente más arriba en la misma línea, arrastraremos a ese espíritu con nosotros y nos servirá; de otro modo entraremos en su círculo y seremos nosotros los que le sirvamos.

Conjurar es oponer a un espíritu aislado la resistencia de una corriente y de una cadena. Conjurare, jurar juntos, es decir, hacer acto de una fe común. Cuando mayores el entusiasmo de esa fe, más eficaz es el conjuro. Es por esto por lo que el cristianismo naciente hacía callar a los oráculos: él sólo poseía entonces la inspiración y la fuerza. Más tarde, cuando San Pedro hubo envejecido, es decir, cuando el mundo creyó tener que hacer reproches legítimos al pasado, el espíritu de profecía vino a reemplazar a los oráculos y los Savonarola, los Joaquín de Flore, los Juan Huss y tantos otros, agitaron a su vez los espíritus y tradujeron en lamentaciones y amenazas las inquietudes y las revoluciones secretas de todos los corazones.

Se puede estar sólo para evocar un espíritu, pero para conjurarle es necesario hablar en nombre de un círculo o de una asociación; y esto es lo que representa el círculo jeroglífico trazado alrededor del mago, durante la operación y del cual no debe salir, si no quiere perder en el mismo instante todo su poder.

Abordemos claramente aquí la cuestión principal, la cuestión importante:

¿La evocación real y el conjuro a un espíritu son posibles y esa posibilidad puede ser científicamente demostrada? -

A la primera parte de la pregunta puedo, desde luego, responder que toda cosa cuya imposibilidad no resulte evidente, puede y debe ser provisoriamente admitida. A la segunda parte, diremos que en virtud del gran dogma mágico de la jerarquía y de la analogía universal, se puede demostrar cabalísticamente la posibilidad de las evocaciones reales; en cuanto a la realidad fenomenal del resultado de las operaciones mágicas concienzudamente realizadas, es una cuestión de experiencia; y como ya hemos dicho, hemos comprobado por nosotros mismos esa realidad y nosotros colocaremos por medio de este ritual a nuestros lectores en estado de renovar y confirmar nuestras experiencias.

Nada perece en la Naturaleza, y todo cuanto ha vivido, continúa viviendo siempre bajo nuevas formas; pero las mismas formas anteriores no quedan destruidas, puesto que las encontramos en nuestro recuerdo. ¿No vemos en nuestra imaginación al niño que hemos conocido y que ahora es un anciano? Las mismas huellas que nosotros creemos borradas en nuestro recuerdo, no lo están realmente, puesto que una circunstancia fortuita las evoca y nos las recuerda. Pero ¿cómo las vemos? Ya hemos dicho que es en la luz astral que las transmite a nuestro cerebro por el mecanismo del aparato nervioso.

Por otra parte, todas las formas están proporcionadas y son analógicas a la idea que las ha determinado; son el carácter natural, la signatura de esa idea, como dicen los magistas, y desde que se evoca activamente la idea, la forma se realiza y se produce.

Schroepffer, el famoso iluminado de Leipzig, había sembrado por sus evocaciones el terror en toda Alemania y su audacia en las operaciones mágicas había sido tan grande que su reputación se le hizo un fardo insoportable; luego se dejó arrastrar por la inmensa corriente de las alucinaciones que había dejado formarse; las visiones del otro mundo le disgustaron del






presente y se mató. Esta historia debe hacer circunspectos a los curiosos en magia ceremonial. No se violenta impunemente a la Naturaleza y no se juega sin peligro con fuerzas desconocidas e incalculables.

Es por esta consideración por lo que nos hemos rehusado y nos rehusaremos siempre a la vasta curiosidad de aquellos que solicitan ver para creer y siempre les responderemos lo que respondimos a un personaje eminente de Inglaterra que nos amenazaba con su incredulidad.

«Tenéis el perfecto derecho de no creer; pero, por nuestra parte, no nos encontraremos ni más descorazonados ni menos convencidos.»

Aquellos que vinieran a decimos que han cumplido valiente y escrupulosamente todos los ritos y que nada se ha producido, les diremos que harán bien en no pasar más adelante y que eso es quizás una advertencia de la Naturaleza en que se rehúsa para ellos a esas obras excéntricas, pero que si persisten en su curiosidad no tienen más que volver a comenzar.

Siendo el ternario la base del dogma mágico, debe observarse éste en las evocaciones; también es el número simbólico de la realización y del efecto.

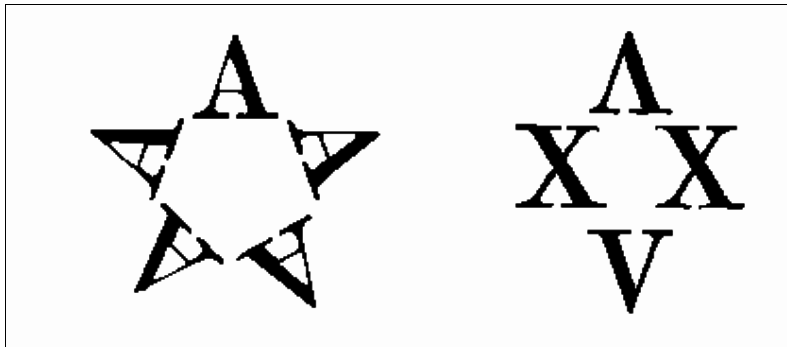
La letra  está ordinariamente trazada en los pantáculos cabalísticos que..tienen por objeto el cumplimiento de un deseo. Esta letra es también la marca del macho cabrío emisario en la Cábala mística, y San Martín observa que esa letra, intercalada en el tetragrama incomunicable, ha formado el nombre del redentor de los hombres     . Estos es lo que representan los mistagogos de la edad media, cuando en sus asambleas nocturnas, exhibían un macho cabrío simbólico, llevando sobre la cabeza, entre los dos cuernos, una antorcha encendida. Este animal monstruoso, del cual hacemos, en el capítulo XV de este Ritual, la descripción de las formas alegóricas y el raro culto, representa la naturaleza entregada al anatema, pero compensado por el signo de la luz. Los ágapes gnósticos y las priapeas paganas que sucedían en su honor, revelan bastante la consecuencia moral que los adeptos querían sacar de esta exhibición. Todo esto será explicado con los ritos, descritos y considerados ahora como fabulosos, del gran sábado de la magia negra.

En el gran círculo de las evocaciones se traza un triangulo y es preciso observar bien de que lado se debe volver la cima. Si el espiritu se supone que ha de venir del cielo, el operador debe mantenerse en la cima y colocar el altar de las fumigaciones en la base, si debe subir del abismo, el operador estara en la base y el braserillo colocado en la cima. Es preciso además, tener sobre la frente, sobre el pecho y en la mano derecha el símbolo sagrado de los dos triángulos reunidos formando la estrella de seis rayos, de la cual ya hemos reproducido el grabado y que es conocida en magia bajo en nombre de pantáculo o sello de Salomón:

Independientemente de estos signos, los antiguos hacían uso en sus evocaciones de combinaciones místicas de nombres divinos que ya hemos dado en el Dogma, según los cabalistas hebreos. El triángulo mágico de los teósofos paganos es el célebre ABRACADABRA, al que atribuían virtudes extraordinarias, y que figuraban así:

ABRACADABRA
 ABRACADABR
 ABRACADAB
 ABRACADA
 ABRACAD
 ABRACA
 ABRAC
 ABRA
 ABR
 AB
 A

Esta combinación de letras, es una clave del pentagrama. La A inicial se repite en la primera línea cinco veces, y treinta veces en todo, lo que da los elementos y los números de estas dos figuras:



La A aislada, representa la unidad del primer principio o del agente intelectual o activo. La A unida a la B, representa la fecundación del binario por la unidad. La R es el signo del ternario, porque representa, jeroglíficamente la efusión que resulta de la unión de los principios. El número u de las letras de la palabra agrega la unidad del iniciado al denario de Pitágoras; y el número 66 total de todas las letras adicionadas, forma cabalísticamente el número 12 que es cuadrado del ternario, y por consecuencia, la cuadratura mística del círculo. Advirtamos, de paso, que el autor del Apocalipsis, esa clavícula de la Cábala cristiana, ha compuesto el número de la bestia, es decir, de la idolatría, agregando un 6 al doble senario del ABRACADABRA: lo queda da cabalísticamente 18, número asignado en el Tarot al signo jeroglífico de la noche y de los profanos, la luna con las torres, el perro, el lobo y el cangrejo: número misterioso y oscuro, cuya clave cabalística es nueve, el número de la iniciación.

El cabalista sagrado dice expresamente a este respecto: Que aquel que tenga la inteligencia (es decir la clave de los números cabalísticos), calcule número de la bestia, porque ese es el número del hombre y ese número es 666.

Es, en efecto, la década de Pitágoras multiplicada por sí misma, y agregada ala suma del Pantáculo triangular del Abracadabra; es, por tanto, el resumen de toda la magia del antiguo

mundo, el programa entero del genio humano, que el genio divino del Evangelio quería absorber o suplantar.

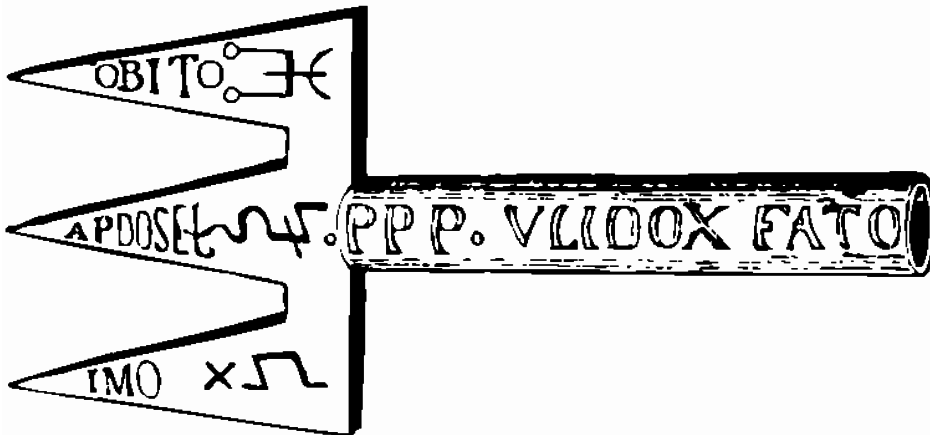
Estas combinaciones jeroglíficas de letras y de números, pertenece a la parte práctica de la Cábala, que desde este punto de vista, se subdivide en gematría y en temorah.

Estos cálculos, que nos parecen ahora arbitrarios y sin interés, pertenecen, desde luego, al simbolismo filosófico del Oriente, y tenían una gran importancia en la enseñanza de las cosas santas emanadas de las ciencias ocultas.

El alfabeto cabalístico absoluto, que liga las ideas primitivas alas alegorías, éstas alas letras y las letras a los números, era lo que se llamaba entonces las claves de Salomón Ya hemos visto (capítulo VII) que esas claves, conservadas hasta nuestros días, pero completamente, desconocidas, no son otra cosa que el juego del Tarot, cuyas alegorías antiguas han sido advertidas y apreciadas por primera vez, en nuestros días, por el sabio arqueólogo Court de Gébelin.

El doble triángulo de Salomón está explicado por San Juan, de una manera notable, Hay — dice— tres testigos en el ciclo: el Padre, el Logos y el Espíritu Santo; y tres testigos en la tierra: el soplo, el aguay la sangre. San Juan está, de este modo, de acuerdo con los -maestros de filosofía hermética, quedan a su azufre el nombre de éter, a su mercurio el nombre de agua filosófica, a su sal el calificativo de sangre del dragón o de monstruo de la tierra; la sangre o la sal corresponde por oposición con el Padre; el agua azótica o mercurial con el Verbo o Logos y el hálito con el Espíritu Santo. Pero las cosas de alto simbolismo no pueden ser bien entendidas más que por los verdaderos hijos de la ciencia.

A las combinaciones triangulares se unían en las ceremonias mágicas, las repeticiones de los nombres por tres veces y con entonaciones diferentes. La varita mágica estaba con frecuencia sobremontada por un pequeño tenedor o tridente imantado, que Paracelso reemplazada por un tridente del que ofrecemos aquí un grabado. -



El tridente³ de Paracelso, es un pantáculo manifestando el resumen del ternario en la unidad-que completa así el cuaternario sagrado. Atribuía a esta figura todas virtudes que los cabalistas hebreos atribuían al nombre de Jehová, y las propiedades taumatúrgicas del Abracadabra de los hierofantes de Alejandría. Reconozcamos aquí que es un pantáculo, y, por consiguiente, un signo concreto y absoluto de toda una doctrina que ha sido la de un círculo magnético inmenso tanto para los filósofos antiguos, cuanto para los adeptos -de la Edad Media. Al exponer en la época actual su valor primitivo por la inteligencia de sus misterios, ¿no podríamos darle toda su virtud milagrosa y todo su poder contra las enfermedades humanas?

Las antiguas hechiceras, cuando pasaban la noche en una encrucijada cualquiera en que hubiera tres caminos, gruñían tres veces en honor de la triple Hécate.

Todas estas figuras, todos estos hechos análogos alas figuras, todas estas disposiciones de números y de caracteres, no son, como ya lo hemos dicho, más que instrumentos de educación para la voluntad, en la que ellos fijan y determinan las costumbres. Sirven, además, para unir el conjunto en la acción de todos los poderes del alma humana y para aumentar la fuerza creadora de la imaginación. Es la gimnasia del pensamiento que se ejercite en la realización; también el efecto de esas prácticas es infalible como la Naturaleza, cuando se hacen con una confianza absoluta y una perseverancia inquebrantable.

Con la fe, decía el gran maestro, se trasplantarían árboles en el mar y se cambiarían montañas de su sitio. Una práctica, aun supersticiosa, aun insensata, es eficaz por cuanto es una realización de la voluntad. Por esto mismo es por lo que es una oración tanto más poderosa, cuanto con más voluntad sea dirigida en la iglesia y no en el domicilio propio y por lo que obtendrá milagros, si, por hacerla en un santuario acreditado, es decir, magnetizado con gran corriente por la afluencia de los visitantes, se caminan cien o doscientas leguas, para ello, pidiendo limosna y con los pies descalzos.

Se ríen de la buena mujer que se priva de unos cuantos céntimos de leche todas las mañanas y que va a llevar a los triángulos mágicos que hay en las iglesias o capillas, una velita de otros tantos céntimos, y deja que luzca mientras que ella reza. Son los ignorantes los que ríen, y la buena mujer no paga demasiado caro lo que adquiere con resignación y valor dignos de encomio. Los grandes espíritus pasan en cambio por delante de las iglesias encogiéndose de hombros y se sublevan contra las supersticiones con un ruido que hace estremecer al mundo. ¿Qué resulta de esto? Las casas de los grandes espíritus se derrumban y los restos se venden entre los ropavejeros y compradores de esas velitas, que dejan gritar de buen grado por todas partes que su reinado no ha concluido aún, puesto que son ellos los que gobiernan siempre.

Las grandes religiones no han tenido nunca que temer más que a una rival seria, y esa rival es la magia.

La magia ha producido las asociaciones secretas que realizaron la revolución llamada del renacimiento; pero ésta llegó al espíritu humano cuando estaba cegado por locos amores, por sueños de imposible realización, y en todos partes existía en pie la alegórica historia del Hércules hebreo (Sansón) derribando las columnas del templo y sepultándose a sí mismo bajo sus escombros.

Las sociedades masónicas actuales, no comprenden hoy día las altas razones de sus símbolos más que los rabinos de antaño comprendían el Sepher Jesirah y el Sohar, en la escala

³ Este tridente es revelado en el grimorio "Archidoxia Mágica" atribuido a Paracelso, en el se lee que es efectivo contra los maleficios especialmente reestablece la virilidad, se debe confeccionar con una herradura encontrada y una horquilla en el día y hora de saturno. Sus caracteres se grabaran en el día y hora del Sol y se debe de claver en el fondo de un río sin que se revele su empuñadura. Al cabo de nueve días te librara del maleficio y le causara penas peores a quienquiera te haya hechizado.

ascendente de los tres grados, con la progresión transversal de derecha a izquierda y de izquierda a derecha del septenario cabalístico.

El compás del G ;. A .-. y la escuadra de Salomón se ha convertido en el nivel grosero y material de Jacobinismo inteligente, realizado por un triángulo de acero; esto para el cielo y la tierra.

Los adeptos profanadores a' 'uienes el iluminado Cazotte había predicho una muerte sangrienta se excedieron en nuestros días al pecado de Adán; después de haber recogido temerariamente los frutos del árbol de la ciencia, del cual no pudieron nutrirse, fueron arrojados a los reptiles y animales de la tierra. Así, el reinado de la superstición ha comenzado y debe durar hasta el tiempo en que la verdadera religión se reconstituya sobre las eternas bases de la jerarquía de los tres grados y del triple poder que el temario ejerce fatalmente o providencialmente en los tres mundos.

IV

LA CONJURACION DE LOS CUATRO

Las cuatro formas elementales separan y especifican por una especie de primera expansión a los espíritus creados que el movimiento universal. desprende del fuego central. Por todas partes el espíritu trabaja y fecunda la materia para la vida; toda materia está animada; el pensamiento y el alma

están esparcidos por todas partes. -

Apoderándose del pensamiento que produce las diversas formas, se convierte uno en dueño de esas formas y se hace servir para nuestros usos.

La luz astral está saturada de almas que se desprenden de ella en la generación incesante de los seres. Las almas por voluntades imperfectas que pueden ser dominadas y empleadas por voluntades más poderosas; entonces forman grandes cadenas invisibles y pueden ocasionar o determinar grandes conmociones elementales.

Los fenómenos comprobados en los procesos de magia y muy recientemente todavía por Eudes de Mirville, no proceden de otras causas.

Los espíritus elementales son como los niños, atormentarán con mayor furor a quienes se ocupan de ellos o a menos que se los domine por una elevada razón y con gran severidad.

Son estos espíritus los que designamos con el nombre de elementos ocultos.

Estos son los que determinan con frecuencia para nosotros, los sueños inquietantes o extraños; los que producen los movimientos de la varita adivinatoria y los golpes que resuenan en las paredes y sobre los veladores giratorios; pero jamás pueden manifestar otro pensamiento que el nuestro y si nosotros no pensamos, ellos nos hablan con toda la incoherencia que se advierte en los sueños; reproducen indiferentemente el bien y el mal, porque carecen de libre albedrío y por consiguiente de responsabilidad; se muestran a los extáticos y a los sonámbulos bajo formas incompletas y fugitivas; ellos fueron los que dieron origen a las tendencias y pesadillas de San Antonio y h muy probablemente a las visiones de Swedenborg; no son condenados ni culpables, son curiosos e inocentes; se puede usar o abusar de ellos como de los animales o de los niños; así el mago que emplea su concurso asume sobre sí una responsabilidad terrible, por lo que deberá espiar todo el mal que les haya hecho causar y el tamaño de sus tormentas será proporcionado a la extensión del poder que haya ejercido por su intermedio. Para dominar a los espíritus elementales y convertirse en rey de los elementos ocultos, es preciso haber sufrido primero las cuatro pruebas de las antiguas iniciaciones y como las iniciaciones no existen ya, haber sufrido por análogos actos, como exponerse sin temor en un incendio, atravesar un torrente sobre el tronco de un árbol o sobre una tabla; escalar una montaña a pie durante una tempestad tirarse a nado en una catarata o en un torbellino peligroso.

El hombre que tenga miedo al agua no reinará jamás sobre las Ondinas; el que tema el fuego, nada podrá mandar alas Salamandras; en tanto que tenga pavor al vértigo, necesitará dejar en paz a los Silfos y no irritar a los Gnomos, porque los espíritus inferiores no obedecen más que a un poder probado, demostrándose su dueño hasta en sus propios elementos.

Cuando se ha adquirido por la audacia y el ejercicio este poder indisputable, es necesario imponer a los elementos el verbo de su voluntad por consagraciones especiales del aire, del fuego, del agua y de la tierra, y este es el comienzo indispensable de todas las operaciones mágicas.

Se exorciza al aire, soplando del lado de los cuatro puntos cardinales y diciendo:

Spiritus Dei ferebatur super aquas, et inspiravit in faciem hominis spiraculum vitæ. Sit Michael dux meus, et Sabtabiel servus meus, in luce et per lucem.

Fiat verbum halitus meus; et imperabo Spiritibus aeris hujus, et refrenabo equos solis voluntate cordis mei, et cogitatione mentis meæ et nutu oculi dextri.

Exorciso igitur te, creatura aeris, per Pentagrammaton et in nomine Tetragrammaton, in quibus sunt voluntas firma et fides recta. Amén. Sela. Fiat. Que así sea. -

Después se recita la oración de los Silfos, una vez trazado en el aire su signo con una pluma de águila.

Oración de los Silfos⁴

Espíritu de luz, espíritu de sabiduría, cuyo hálito da y devuelve la forma de todo objeto; tú, ante quien la vida de los seres es una sombra que cambia y un vapor que se disuelve; tú que subes sobre las nubes y que marchas con las alas de los vientos; tú que respiras y los espacios sin fin pueblas; tú que aspiras, y todo lo que procede de ti a ti retorna; movimiento sin fin, en la estabilidad eterna, seas eternamente bendito. Nosotros te alabamos y nosotros te bendecimos en el empírico ambiente de la luz creada, de las sombras, de los reflejos y de las imágenes y aspiramos sin cesar tu inmutable e imperecedera claridad. Deja penetrar hasta nosotros el rayo de tu inteligencia y el calor de tu amor; entonces, lo que es móvil se verá fijado, la sombra será un cuerpo, el espíritu del aire será un alma, el sueño será un pensamiento. Nosotros nos veremos llevados por la tempestad, pero tendremos las bridas de los alados caballos matutinos y dirigiremos la corriente de los vientos vespertinos para volar ante ti, ¡Oh, espíritu de los espíritus! ¡Oh, alma eterna de las almas! ¡Oh, hálito imperecedero de la vida, suspiro creador, boca que aspira las existencias de todos los seres, en el flujo y reflujos de vuestra eterna palabra que es el océano divino del movimiento y de la verdad!... — Amén.

Se exorciza el agua por imposición de las manos por el aliento y por la palabra poniendo la sal consagrada con un poco de las cenizas que queden en el brasero de los perfumes. El hisopo se hace con ramas de verbena, de hierba doncella de salvia, de menta, de valeriana, de fresno y de albahaca, unidos por un hilo sagrado de la rueda de una virgen, con un mago hecho de otra rama de nogal que no haya producido aún frutos y sobre el cual grabaréis con el punzón mágico los caracteres de siete espíritus. Bendeciréis...y consagraréis separadamente la sal y la ceniza de los perfumes diciendo:

Sobre la Sal:

In isto sale Sit sapientia, et ab omni corruptione servet mentes nostros et corpora nostra, per Hochmael et in virtute Ruach-Hochmael, recedant ab isto fantasmata hylæ ut sit sal coelesti, sal terræ et terris salis, ut nutrietur bos triturans et addat spei nostræ cornua aun volantis. — Amén.

⁴ Esta y las demás oraciones elementales son tomadas probablemente del Grimorio de Honorio.

Sobre la ceniza

Revertatur cinis ad fontem aquarum viventium, et fiat terra frutificans, et germinet arborem vitæ per tria nomina, quæ sunt Netsah, Hod et Jesod, in principio et in fine, per Alpha et Omega qui sunt in Spirite Azom. —Amén.

Al mezclar el agua, la sal y la ceniza

- In sale sapientiæ æternæ, et in aqua regenerationis, et incinere germinante terrant novam, omnia fiant per Eliom, Gabriel, Raphael et Uriel, in soecula et cæonas. —Amén.

Exorcismo del agua

Fiat firmamentum in medio aquarum et separet aquas ab aquis, quæ superius sicut quæ inferius, et quæ inferius sicut quæ superius, ad perpetranda miracula rei unius. Sol ejus pater est, Luna mater et ventú~ hanc gestavit in utero suo, ascendit a terra ad coelum et rursus a coelo in terran descendit. Esorciso te, creatura aquæ, ut sis mihi speculum Dei vivi in operibus ejus, et fons vitæ, et ablutio peccatorum. —Amén.

Rey terrible del mar, vos que tenéis las llaves de las cataratas del cielo y que encerráis las aguas subterráneas en las cavernas de la tierra; rey del diluvio y de las lluvias de primavera, vos que abris los manantiales de los ríos y de las fuentes; vos que mandáis a la humedad, que es como la sangre de la tierra, convertirse en savia de las plantas, ¡os adoramos y os invocamos! A nosotros, vuestras miserables y móviles criaturas, habladnos en las grandes conmociones del mar y temblaremos ante vos; habladnos también en el murmullo de las aguas límpidas, y desearemos vuestro amor; ¡Oh inmensidad a la cual van a perderse todos los ríos del ser, que renacen siempre en vos! ¡Oh océano de perfecciones infinitas! ¡Altura desde la cual os miráis en la profundidad, profundidad que exhaláis en la altura, conducidnos ala verdadera vida por la inteligencia y por el amor! ¡ Conducidnos a la inmortalidad por el sacrificio, a fin de que nos encontremos dignos de ofrecer os algún día el agua, la sangre y las lágrimas, por la remisión de los errores. —Amén.

Se exorciza el fuego y echando en el sal, incienso , resina blanca, alcanfor y azufre, pronunciando tres veces los tres nombres de los genios del fuego: Michael, rey del sol y del rayo, Samuel, rey de los volcanes, y Anael, príncipe de la luz astral: recitando después la oración de las Salamandras.

Oración de las Salamandras⁵

⁵ Esta oración aparece en el grimorio del viejo de las pirámides o la Gallina Negra.[1

Inmortal, eterno, inefable e increado, padre de todas las cosas, que te haces llevar en el rodante, carro de los mundos giratorios. Dominador de las inmensidades etéreas, en donde está elevado el trono de tu omnipotencia, desde cuya altura tus temidos ojos lo descubren todo, y que con tus bellos y santos oídos todo lo escuchan, ¡exalta a tus hijos a los cuales amas desde el nacimiento de los siglos! Porque tu adorada, excelsa y eterna majestad resplandece por encima del mundo y del cielo, de las estrellas; porque estás elevado sobre ellas. ¡Oh fuego rutilante! porque tú te iluminas a ti mismo con tu propio esplendor; porque salen de tu esencia arroyos inagotables de luz, que nutren tu espíritu infinito, ese espíritu infinito que también nutre todas las cosas y forma ese inagotable tesoro de sustancia siempre pronta para la generación que la trabaja y que se apropia las formas de que tú la has impregnado desde el principio. En ese espíritu tienen también su origen esos santísimos reyes que están alrededor de tu trono y que componen tu corte. ¡Oh, Padre universal! ¡Oh, único! ¡Oh, Padre de los bienaventurados mortales e inmortales!

Tú has creado en particular potencias que son maravillosamente semejantes a tu eterno pensamiento y a tu esencia adorable; tú las has establecido superiores a los ángeles que anuncian al mundo tus voluntades, y que, por último, nos has creado en tercer rango en nuestro imperio elemental. En él, nuestro continuo ejercicio es el de alabarte y adorar tus deseos, y en él también ardemos por poseerte. ¡Oh, Padre, oh, Madre, la más tierna de las madres! ¡Oh, arquetipo admirable de la maternidad y del puro amor! ¡Oh, hijo, la flor de los hijos! ¡Oh, forma de todas las formas! ¡Oh, alma, espíritu, armonía y número de todas las cosas. —Amén.

Se exorciza la Tierra por la aspersión del agua, por el aliento y por el fuego, quemando los perfumes propios a cada día, y se dice la oración de los Gnomos:

Oración de los Gnomos

Rey invisible, que habéis tomado la tierra por apoyo y que habéis socavado los abismos para llenarlos con vuestras omnipotencia; vos, cuyo nombre hace temblar las bóvedas del mundo; vos que hacéis correr los siete metales en las venas de la piedra; monarca de siete luces; renumerador de los obreros subterráneos, ¡llevadnos al aire anhelado y al reino de la claridad! Velamos y trabajamos sin descanso, buscamos y esperamos, las doce piedras de la ciudad santa, por los talismanes que están en ellas escondidos, por el clavo de imán que atraviesa el centro del mundo. Señor, Señor, Señor, tened piedad de aquellos que sufren, ensanchad nuestros pechos, despejad y elevad nuestras cabezas, agrandadnos, ¡oh, estabilidad y movimiento. ¡Oh, día envoltura de la noche! ¡Oh, oscuridad velada de luz! ¡Oh, maestro que no detenéis jamás el salario de vuestros trabajadores! ¡Oh, blancura argentina, esplendor dorado! ¡Oh, corona de diamantes vivientes y melodiosos! ¡Vos que lleváis al cielo en vuestro dedo, cual si fuera un anillo de zafiro, vos que ocultáis bajo la tierra en el reino de las pedrerías la maravillosa simiente de las estrellas! ¡Venid, reinad y sed el eterno dispensador de riquezas, de que nos habéis hecho guardianes! —Amén. -

Es preciso observar, que el reino especial de los Gnomos está al Norte: el de las Salamandras, al Mediodía el de los Silfos, al Oriente, y el de las Ondinas al Occidente. Todos ellos influyen en los temperamentos del hombre, es decir, los Gnomos, sobre los melancólicos; las Salamandras, sobre los sanguíneos; las Ondinas, sobre los flemáticos; y los silfos, sobre los biliosos. Sus signos son los jeroglíficos del toro para los Gnomos, y se les manda con la

espada; los del león para las Salamandras y se les manda con la varilla dentada o el tridente mágico; del águila para los Silfos, y se les manda con los santos pantáculos y, por último los de acuario para las Ondinas, y se las evoca con la copa de las libaciones. Sus soberanos respectivos son: Gob para los Gnomos, Djin para las Salamandras, Paralda para los Silfos y Nicksa para las Ondinas.

Cuando un espíritu elemental viene a atormentar o a lo menos a inquietar a los habitantes de este mundo, es preciso conjurarle por el aire, por el agua, por el fuego y por la tierra, soplando, aspergiendo, quemando perfumes y trazando sobre la tierra la estrella de Salomón y el pentagrama sagrado. Estas figuras deben de ser perfectamente regulares y hechas, sea con los carbones del fuego consagrado, sea con una caña empapada en diversos colores, a los que se mezclará imán pulverizado. Después, teniendo en la mano el pantáculo de Salomón, y tomando a su vez la espada, la varita mágica y la corona se pronunciará en estos términos y en voz alta el conjuro de los cuatro:

Caput mortuum, imperet tibi Dominus per vivum et devotum sepentem.

¡Cherub, imperet tibi Dominus per Adam Jot-chavah! Aquila errans, tetragrammaton per angelum et leonem!

¡Michael, Gabriel, Raphael, Anael!

FLUAT UDoR per spiritum EL0IM.

MANEAT TERRA per Adam IOT-CHAVAH.

FIAT FIRMAMENTUM per IAHVEHEJ-ZEVAOTH.

FIAT JUDICIUM per ignem in virtute MICHAEL.

Ángel de los ojos muertos, obedece o disípate con este santa agua.

Toro alado, trabaja, o vuelve a la tierra si no quieres que te agujee con esta espada.

Águila encadenada, obedece a este signo, o retírate ante ese soplo.

Serpiente movable, arrástrate a mis pies o serás atormentada por el fuego sagrado, y evapórate con los perfumes que yo quemo.

Que el agua vuelva al agua; que el fuego arda; que el aire circule; que la tierra caiga sobre la tierra por la virtud del pentagrama, que es la estrella matutina, y en el nombre del tetragrama que está escrito en el centro de la cruz de luz. —Amén.

El signo de la cruz adoptado por los cristianos, no les pertenece exclusivamente. Es también cabalístico y representa las oposiciones y el equilibrio cuaternario de los elementos. Vemos, por el versículo oculto del Pater, que hemos señalado en nuestro dogma, que tenía primitivamente dos modos de hacerse o, por lo menos, dos fórmulas muy diferentes para caracterizarlo: la una reservada a los sacerdotes y a los iniciados y la otra acordada a los neófitos y a los profanos. Así, por ejemplo, el iniciado llevando la mano a su frente, decía: A ti; después agregaba pertenece, y continuaba llevándose la mano al pecho; el reino, y después al hombro izquierdo la justicia, y luego al hombro derecho, la misericordia. Después unía las manos agregando: en los ciclos generadores. Tibi sunt Malchut et Geburah et Chesed per aeonas

Signo de la cruz absolutamente, magníficamente cabalístico, que las profanaciones del gnosticismo han hecho perder por completo ala iglesia militante y oficial.

Este signo hecho en la forma indicada, debe preceder y terminar el conjuro de los cuatro. Para dominar y servirse de los espíritus elementales, no hay que abandonarse a los defectos que le caracterizan. Así nunca los espíritu ligero y caprichoso gobernará a los Silfos. Jamás una naturaleza blanda, fría y voluble, será dueña de las Ondinas; la cólera irrita a las

Salamandras y la concupiscencia grosera hace a aquellos de quienes quieran servirse, juguete de los Gnomos.

Es preciso ser prontos y activos como los Silfos; flexibles y atentos a las imágenes como las Ondinas; enérgicos y fuertes como las Salamandras; laboriosos y pacientes como los Gnomos; en una palabra, es necesario vencerlos en su fuerza, sin dejarse nunca dominar por sus debilidades. Cuando haya conseguido tales disposiciones el mundo entero estará al servicio del sabio operador. Pasará, durante la tempestad, sin que la lluvia toque a su cabeza; el viento, no desarreglará un solo pliegue de su traje;

cruzará el fuego sin quemarse; caminará sobre el agua y verá los diamantes a través del espesor de la tierra. Estas promesas, que pueden parecer hiperbólicas, no lo son más que en conceptos del vulgo; porque si el sabio no hace material y precisamente las cosas que estas palabras manifiestan. hará otras mayores y más admirables. Sin embargo, es indudable que se puede, por la voluntad, dirigir los elementos hasta cierto punto y cambiar o detener realmente los efectos.

¿Por qué —por ejemplo— si se ha comprobado que las personas en estado de éxtasis pierden momentáneamente su pesantez, no se podría marchar o deslizarse sobre el agua? Los convulsionarios de San Medardo no sentían los efectos del fuego ni del hierro, y soportaban los golpes más violentos y las torturas más increíbles. Las extrañas ascensiones y el equilibrio prodigioso de ciertos sonámbulos, ¿no son, acaso, una revelación de esas fuerzas ocultas de la naturaleza? Vivimos en un siglo en que no se tiene e? valor de confesar los milagros de que se es testigo, y si alguien quiere decir: «Yo mismo he visto o he hecho las cosas que se refieren», se le responderá: ¿Queréis divertirnos a costa nuestra, o es que estáis enfermo? Vale más callarse y obrar.

Los metales que corresponden a las cuatro formas elementales son: el oro y la plata para el aire; el mercurio para el agua; el hierro y el cobre para el fuego, y el plomo para la tierra. Con ellos se componen talismanes relativos a las fuerzas que representan y a los efectos que se propagan obtener.

La adivinación por las cuatro formas elementales que se llama aeromancia, hidromancia, piromancia y geomancia, se hace de diversos modos, dependiendo todas ellas de la voluntad y de la traslucidez o imaginación del operador.

En efecto, los cuatro elementos no son más que instrumentos para ayudar a la segunda vista.

La segunda vista es la facultad de ver en la luz astral.

Esta segunda vista es natural como la primera vista, o vista sensible y ordinaria; pero no puede obtenerse resultado más que por la abstracción de los sentidos.

Los sonámbulos y los extáticos gozan naturalmente de la segunda vista; pero esa vista es tanto más lúcida cuanto más complete es la abstracción.

La abstracción se produce por la embriaguez astral, es decir, por una superabundancia de luz que satura completamente y hace, por consiguiente, inerte el instrumento nervioso.

Los temperamentos sanguíneos están mejor dispuestos a la aeromancia, los biliosos a la piromancia, los pituitosos a la hidromancia y los melancólicos a la geomancia.

La aeromancia se confirma por la oniromancia o adivinación por los sueños; se suple a la piromancia con el magnetismo, a la hidromancia por la cristalomancia y la geomancia por la cartomancia. Estas son transposiciones y perfeccionamiento de métodos.

Pero la adivinación, de cualquier modo que pueda operarse, es peligrosa o, por lo menos inútil, porque descorazona, desalienta la voluntad y traba, por consiguiente, la libre acción, la libertad y fatiga el sistema nervioso.

V

EL PENTAGRAMA FLAMIGERO

Llegamos a la explicación y a la consagración del santo y misterioso pentagrama.

Aquí, que el ignorante y el supersticioso cierran el libro; no verá más que tinieblas, y las tinieblas, sólo pueden escandalizar o asustar a esos espíritus.

El pentagrama, llamado en las escuelas gnósticas la estrella flamígera, es el signo de la omnipotencia y de la autocracia intelectuales.

Es la estrella de los magos; es el signo del Verbo hecho carne; y según la dirección de sus rayos, este símbolo absoluto en magia, representa el bien o el mal, el orden o el desorden, el cordero bendito de Ormuz y de San Juan, o el macho cabrío maldito de Mendés.

Es la iniciación o la profanación; es Lúcifer o Vesper; la estrella matutina o vespertina. - -

Es María o Lilith; es la victoria o la muerte; es la luz o la sombra.

El pentagrama, elevado al aire dos de sus puntas, representan a Satán o al macho cabrío del aquelarre, y representa también al Salvador cuando al aire eleva uno solo de sus rayos.

El pentagrama es la figura del cuerpo humano con cuatro miembros y una punta única que debe representar la cabeza.

Una figura humana, con la cabeza abajo, representa naturalmente a un demonio, es decir, la subversión intelectual, el desorden o la locura.

Ahora bien; si la magia es una realidad, si esta ciencia oculte es la verdadera ley de los tres mundos, ese signo absoluto, ese signo antiguo como la historia o más que ella, debe ejercer, y desde luego ejerce, una influencia incalculable sobre los espíritus desprendidos de su envoltura natural.

El signo del pentagrama se llama, igualmente, signo del microcosmos y representa lo que los cabalistas del libro de Sohar llaman el microprosopo.

La completa inteligencia del pentagrama es la clave de los mundos. Es la filosofía y la ciencia natural absolutas.

El signo del pentagrama debe componerse de los siete metales o por lo menos, ser trazado con oro puro sobre mármol blanco.

Puede también ser dibujado con bermellón, con una piel de cordero, sin tacha ni defecto, símbolo de la integridad y de la luz.

El mármol debe de ser virgen; es decir, no debe de haber servido nunca para otros usos; la piel de cordero debe prepararse bajo los auspicios del sol.

El cordero debe de haber sido degollado en la época de la Pascua, con un cuchillo nuevo, y la piel debe de haber sido salada con la sal consagrada para las operaciones mágicas.

El descuido de cualesquiera de estas ceremonias, tan difíciles como arbitrarias en apariencia, hace abortar todo éxito de las grandes obras de la ciencia.

Se consagra el pentagrama con los cuatro elemento es; se sopla cinco veces sobre la figura mágica; se asperge otras tantas con el agua consagrada; se seca al humo de cinco perfumes, que son: incienso, mirra, áloe, azufre y alcanfor, a los cuales puede añadirse un poco de resina blanca, y de ámbar gris. Se sopla cinco veces pronunciando los nombres de los cinco genios, que son: Gabriel, Rafael, Anael, Samuel y Orifiel; después se coloca alternativamente el pantáculo en el suelo, al norte, al mediodía, al oriente al occidente y el centro de la cruz astronómica pronunciando una detrás de otra, las letras del tetragrama sagrado; luego se dice, en voz baja, los nombres unidos de la Aleph y de la Thau misteriosas, reunidas en el nombre cabalístico de AZOTH.

El pentagrama debe colocarse sobre el altar de los perfumes y sobre el trípode de las evocaciones. EL operador debe llevar consigo la figura del mismo, conjuntamente con la del macrocosmos, es decir, la estrella de seis rayos, compuesta de dos triángulos, cruzados y superpuestos.

Cuando se evoca un espíritu de luz es preciso volver la cabeza de la estrella, es decir, una de sus puntas hacia el trípode de la evocación y las dos puntas inferiores del lado del altar de los perfumes. Se hará todo lo contrario cuando se trate de un espíritu de las tinieblas; pero entonces es preciso que el operador tenga el cuidado de mantener el extremo superior de varita o la punta de la espada en la cabeza del pentagrama.

Ya hemos dicho que los signos son el verbo activo de la voluntad. Ahora bien, la voluntad debe dar su verbo completo para transformarlo en acción; y una sola negligencia, representada por una palabra ociosa, por una duda, una vacilación, convierte toda la operación en una obra de ficción y de impotencia y vuelve contra el operador todas las fuerzas desarrolladas inútilmente.

Hay, pues, que abstenerse en absoluto de toda ceremonia mágica, o de -realizar escrupulosamente y exactamente todas.

El pentagrama es trazado en líneas luminosas sobre vidrio por medio de la máquina eléctrica ejerce también una grande influencia sobre los espíritus y aterroriza a los fantasmas.

Los antiguos magos trazaban el signo del pentagrama sobre el umbral de su puerta para impedir la entrada de los espíritus malos y la salida de los buenos. Este acuerdo resulta de la dirección de los rayos de la estrella; dos puntas hacia afuera rechazaban a los malos espíritus; dos puntas dentro los retenían prisioneros; una sola punta hacia dentro cautivaba a los buenos espíritus.

Todas estas teorías mágicas, basadas en el dogma único de Hermes y en las inducciones analógicas de la ciencia, han sido Siempre confirmadas por las visiones de los extáticos y por las convulsiones de los catalépticos, sedicentes poseídos por espíritus.

La G que los masones colocan en medio de la estrella flameante significa:

GNOSIS y GENERACION, las dos palabras sagradas de la antigua Cábala. Quieren decir también GRAN ARQUITECTO, porque el pentagrama, de cualquier lado que se le mire, representa una A.

Disponiéndole de modo que dos de sus puntas estén arriba y una sola abajo, pueden verse en él los cuernos, las orejas y la barba del macho cabrío hierático de Méndez, convirtiéndose entonces en el signo de las evocaciones infernales.

La estrella alegórica de los magos no es otra cosa que el misterioso pentagrama; yesos tres reyes, hijos de Zoroastro, conducido por la flamígera estrella hasta la cuna del Dios microcósmico, bastarían para demostrar los orígenes, esencialmente cabalísticos y verdaderamente mágicos del dogma cristiano. Uno de esos reyes es blanco, negro el segundo y moreno el tercero. El blanco ofrece oro, símbolo de vida y de luz; el negro, mirra, imagen de la muerte y de la noche, en tanto que el tercero, el moreno, presenta incienso, emblema de la divinidad del dogma conciliador de los dos principios. Luego, cuando regresan a su país por otro camino, demuestran la necesidad de un nuevo culto, vale decir una nueva ruta que conduzca a la humanidad a la religión única, la del ternario sagrado del radiante pentagrama, el único catolicismo eterno.

En el Apocalipsis, San Juan ve esa misma estrella caer del cielo a la tierra. Nombrase entonces, ajenjo o amargura, y todas las aguas se hacen amargas. Esto es, una imagen resaltante de la materialización del dogma, que produce el fanatismo y las amarguras de la controversia. Es de hecho al cristianismo -a quien puede dirigirse estas palabras de Isaías: ¿Cómo has caída tú del cielo, estrella brillante, que eras tan espléndida en tu nacimiento?

Pero el pentagrama, profanado por los hombres, brilla siempre sin sombra en la mano derecha del Verbo de verdad, y la voz inspiradora promete, a aquel que venza ponerle en posición de esa estrella matutina, rehabilitación sublime prometida al astro de Lucifer.

Como se ve, todos los misterios de la magia, todos los símbolos de la gnosis, todas las figuras del ocultismo, todas - las claves cabalísticas de la profecía, se resumen en el signo del pentagrama, que Paracelso proclama como el mayor y más poderos de todos los signos.

¿Por qué asombrarse después de esto, de la confianza de los magistes y de la influencia real ejercida por ese signo sobre los espíritus de todas las jerarquías? Los que desconocen el signo de la cruz deben temblar ante la estrella del microcosmos. El mago, por el contrario, cuando siente que su voluntad desfallece, dirige sus miradas hacia el símbolo, lo toma en su mano derecha y se siente armado con todo el poder intelectual, siempre que sea verdaderamente un rey digno de ser conducido por la estrella hasta la cuna de la realización divina; siempre que sepa, que ose, que quiera y que se calle; siempre que conozca los usos del pantáculo, de la copa, de la varita y de la espada; siempre, en fin, que las miradas intrépidas de su alma correspondan a esos dos ojos, cuya punta de nuestro pentagrama le presenta siempre abiertos.

VI

EL MEDIUM Y EL MEDIADOR -

Ya hemos dicho que para adquirir el poder mágico hacen falta dos cosas; desprender de la voluntad todo servilismo y ejercer un dominio absoluto sobre ella.

La voluntad soberana está representada en nuestros símbolos por la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente y por el ángel que reprime y contiene el dragón bajo su pie y con su lanza.

Declaremos aquí, sin rodeos, que el gran agente mágico, la doble -corriente de luz, el fuego vivo y astral de la tierra, ha sido figurado por la serpiente con la cabeza de toro, de macho cabrío o de perro en las antiguas teogonías. Es la doble serpiente del caduceo; es la antigua serpiente del Génesis; pero es también la serpiente de cobre de Moisés, entrelazada en la tau, es decir, en el lingam generador; es también el macho cabrío del Sabbat y el Baphomet de los templarios; es el Hylé de los gnósticos; es la doble cola de serpiente que forma las patas del gallo solar de Abraxas; es en fin, el diablo de Eudes de Mirville, y es, realmente, la fuerza ciega que las almas van a vencer para libertarse de las cadenas de la tierra; porque si su voluntad no las destaca de esa fatal imantación, serán absorbidas en la corriente por la fuerza que les ha producido y volverán al fuego central y eterno.

Toda la obra mágica consiste, en desprenderse de los anillos de la antigua serpiente, y después en ponerla el pie sobre la cabeza y conducirla a donde plazca al mago. Yo te daría — se dice en el mito evangélico— todos los reinos de la tierra si tú caes y me adoras. El iniciado puede responderle: Yo no caeré y tú te arrastrarás a mis pies; tú no me darás nada, pero yo me servirá de ti y haré de ti cuanto se me antoje, porque yo soy tu señor y tu dueño. Respuesta que está comprendida, aunque velada, en la que le dio el Salvador.

Ya hemos dicho que el diablo no es una persona. Es una fuerza desviada, como su nombre lo indica. Una corriente ódica o magnética formada por una cadena de voluntades perversas, constituye ese mal espíritu que el evangelio llama legión y que precipita a los cerdos hacia el mar; nueva alegoría el grado de bajeza de los seres instintivos guiados por fuerzas ciegas que pueden poner en movimiento la mala voluntad y el error.

Puede compararse este símbolo con el de los compañeros de Ulises, metamorfoseados en puercos por la maga Circe.

Veamos ahora lo que hace Ulises para preservarse él mismo y libertar a sus compañeros; rehúsa la copa de la hechicera y la manda con la espada. Circe es la naturaleza con todos sus atractivos y voluptuosidades; para gozar de ella es necesario vencerla. Tal es el sentido de la fábula homérica, porque los poemas de Homero, verdaderos libros sagrados de la antigua Hellenia,

contienen todos los misterios de las altas iniciaciones de Oriente.

El medium natural es, pues, la serpiente siempre activa y seductora de las voluntades perezosas y a la cual es preciso resistir dominándola.

Un mago enamorado, glotón, colérico, perezoso, son monstruosidades imposibles. El mago piensa y quiere; nada ama con deseo; no rechaza nada con pasión; la palabra pasión representa un estado pasivo y el mago está siempre activo y siempre victorioso. Lo más difícil en las altas ciencias es llegar a esa realización; así, cuando el mago se ha creado a sí mismo, ha cumplido la gran obra, por lo menos en su instrumento y en su causa.

El gran agente o mediador natural del poderío humano, no puede ser servido y dirigido más que por un mediador extranatural, que es una voluntad libre. Arquímedes pedía un punto de

apoyo para levantar el mundo. El punto de apoyo del mago es la piedra cúbica intelectual, la piedra filosófica de Azoth, es decir, el dogma de la razón absoluta y de las armonías universales por la simpatía de los contrarios.

Uno de nuestros escritores más fecundos, y el menos fijo en sus ideas, Eugenio Sue, ha edificado toda una epopeya romancesca sobre una individualidad, a quien se esfuerza por hacer odiosa y que llega a ser interesante, a pesar suyo, por su paciencia, por su inteligencia y por su audacia —tanto es el poder que se le atribuye— y por su genio. Se trata de una especie del Sixtò

V, pobre, sobrio, sin cólera, que tiene el mundo en la red de sus sabias combinaciones.

Este hombre excita a su antojo, merced a su poderosa voluntad, las pasiones de su adversarios, destruyéndolas unas por las otras, y llegando siempre a donde quiere llegar, y esto sin ruido, sin lustre, sin charlatanismo. Su fin, su objeto, es librar al mundo de una sociedad que el autor del libro cree peligrosa y perversa, y para esto en nada repara; está mal albergado, mal vestido y alimentado como el último de los pobres. El autor, atento a estas circunstancias, le presenta pobre, sucio, asqueroso y horrible. Pero si ese mismo exterior es un medio de disfrazar la acción y de llegar más seguramente a sus propósitos, ¿no represente la prueba más sublime de un valor temerario?

Cuando Rodin sea papa, ¿pensáis que estará mal vestido y grasiento? Eugenio Sue, ha, pues, faltado a su fin; quiere combinar al fanatismo y a la superstición y ataca a la inteligencia y a la fuerza, al genio y a todas las virtudes humanas. Si hubiera muchos Rodin entre los jesuitas ¡con uno sólo que hubiera!, yo no daría nada, ni un ápice, por la sucesión del partido contrario, a pesar de las brillantes quejas y de las elocuentes reclamaciones de sus ilustres abogados. -

Querer bien, querer ampliamente, querer siempre, sin desear nunca nada, tal es el secreto de la fuerza; y éste es el arcano mágico que el Tasso pone en acción en la personalización de dos caballeros que libertan a Renaud y destruyen los encantamientos de Armida. resisten tan perfectamente a los hechizos de las ninfas más encantadoras, como a la fiereza de los animales más terribles; permanecen y perduran sin deseos y sin temores y llegan a su objeto.

De esto resulta que un verdadero mago es más temible que amable.

No estoy disconforme con la idea, y aun reconociendo cuán dulces son las seducciones de la vida, y aun haciendo justicia al gracioso genio de Anacreonte y a toda la juvenil eflorescencia de la poesía de los amores, invito a los, para mí muy estimables amigos del placer, a no considerarlas elevadas ciencias más que como un objeto de curiosidad y a no aproximarse jamás al trípode mágico; las grandes obras de la ciencia son mortales para la voluptuosidad.

El hombre que se ha libertado de la cadena de los instintos, se apercibirá inmediatamente de su poderío por la sumisión de los animales. La historia de Daniel en la cueva de los leones, no es una fábula, y más de una vez, durante las persecuciones al cristianismo naciente, ese fenómeno se ha renovado ante todo el pueblo romano. Raramente tiene un hombre que temer de un animal que no le inspira miedo.

Las balas de Gerard, el matador de leones, son mágicas e inteligentes.

Sólo una vez corrió un verdadero riesgo: había permitido que fuera con él un compañero miedoso, y entonces considerado por anticipado esa imprudencia como un peligro, tuvo también miedo, aunque no por él sino por su camarada.

Muchas personas dirán que es muy difícil, y aun imposible, llegar a una resolución semejante; que la fuerza de voluntad y la energía son dones de la naturaleza, etc. Yo no discuto; pero reconozco que el hábito, la costumbre, puede rectificar la obra de la naturaleza. La voluntad puede perfeccionarse por la educación y, como ya lo he dicho, todo el ceremonial mágico semejante en esto, al religioso, no tiene otro fin que el de experimentar, ejercitar y acostumar de este modo a la voluntad, a la perseverancia y a la

fuerza. Cuanto mas difícil sean la prácticas mayor efecto producen; esto debe ahora comprenderse.

Si hasta el presente ha sido imposible dirigir los fenómenos del magnetismo, es porque todavía no se ha encontrado magnetizador verdaderamente iniciado y libre.

¿Quién puede, verdaderamente enorgullecerse o vanagloriarse de serlo? ¿No tenemos constantemente que hacer esfuerzos sobre nosotros mismos? Ciertamente es, sin embargo, que la naturaleza obedecerá al signo y a la palabra de aquel que se sienta fuerte, y no dude para doblegarla. Las curaciones de las enfermedades nerviosas por una palabra, un soplo o un contacto; las resurrecciones en determinados casos; la resistencia a las malas voluntades capaz de desarmar y aun de vencer al más terrible asesino; la misma facultad de hacerse invisible turbando la vista de aquellos de quienes se quiere escapar; todo esto, en fin, es un efecto natural de la proyección o de la retirada de la luz astral. Así es como Valens fue atacado de desvanecimiento, de terror, al entrar en el templo de Cesárea; como en otro tiempo Heliodoro, fulminado por una demencia súbita en el templo de Jerusalén, se creyó y consideró fustigado por los ángeles. Así es, también, cómo el almirante Coligny pudo imponer respeto a sus asesinos y no pudo ser muerto más que por un hombre furioso que se arrojó sobre él volviendo la cabeza. Lo que hacia a Juana de Arco siempre victoriosa era el prestigio de su fe y lo maravilloso de su audacia paralizaba los brazos de aquellos que querían golpearla o herirla, y los ingleses pudieron seriamente creer en la maga o en la hechicera. Era, en efecto, maga sin saberlo, porque ella misma creía proceder sobrenaturalmente, en tanto que lo que realmente ocurría, era que disponía de una fuerza oculta, universal y siempre sometida a las mismas leyes.

El magista magnetizador debe mandar al medium natural y, por consiguiente, al cuerpo astral que establece comunicación entre nuestra alma y nuestros órganos. Puede decirse al cuerpo material: ¡Dormid! y al cuerpo sideral: ¡Soñad! Entonces las cosas visibles cambian de aspecto, como en las visiones del hatschik. Cagliostro poseía —según se ha dicho— ese poder y ayudaba la acción por medio de perfumes y fumigaciones; pero, el verdadero poder magnético debe pasarse sin esos auxiliares, más o menos venenosos para la razón y nocivos para la salud. Ragon, en su sabia obra sobre la masonería oculta, da la receta de una serie de medicamentos propios para exaltar el sonambulismo. Es un conocimiento nada despreciable, sin duda, pero del que los magistas prudentes deben guardarse de hacer uso.

La luz astral se proyecta por la mirada, por la voz, por los pulgares y por las palmas de la mano. La música es un poderoso auxiliar de la voz, y de ella procede la palabra encantamiento. Ningún instrumento de música es más encantador que la voz humana; pero los sonidos lejanos del violín o de la armónica pueden aumentar su poder. Así se prepara al sujeto a quien se quiere someter; después, cuando está ya medio amodorrado y como envuelto en ese encanto, se extiende la mano hacia él y se le ordena dormir o ver, y obedece a pesar suyo. Si resistiera, sería preciso mirarle fijamente, colocar uno de los pulgares sobre su frente en el entrecejo y el otro sobre el pecho, tocándole ligeramente, con un solo y rápido contacto; después, aspirando lentamente, respirar suavemente un hálito cálido y repetirlo, por segunda vez, las palabras: dormido ved.

VII

EL SEPTENARIO DE LOS TALISMANES

Siendo las ceremonias, los vestidos, los perfumes, los caracteres y las figuras, como ya lo hemos dicho, necesarias para emplear la imaginación en la educación de la voluntad, el éxito de las obras mágicas depende de la fiel observación de todos los ritos. Estos ritos, como ya lo hemos dicho, no tienen nada de fantástico ni de arbitrario, nos han sido transmitidos por la antigüedad y subsisten siempre por las leyes esenciales de la realización analógica y de la relación que necesariamente existe entre las ideas y las formas. Después de haber pasado muchos años en consultar y comparar todos los grimorios y todos los rituales que me merecieron mayor autenticidad, hemos llegado, no sin trabajo, a reconstituir todo el ceremonial mágico universal y primitivo. Los únicos libros serios que hemos encontrado, son manuscritos, trazados en caracteres convencionales que hemos llegado a descifrar con ayuda de la poligrafía de Trithemo; otros estaban escritos por completo en jeroglíficos y los símbolos con que aparecían exornados y disfrazando la verdad de sus imágenes bajo ficciones supersticiosas de un texto mixtificador. Tal es, por ejemplo, el Enchiridión del Papa León III, que jamás se imprimió con sus verdaderos caracteres y que hemos reconstituido para nuestro uso particular, conforme a su antiguo manuscrito.

Los rituales conocidos bajo el nombre de Clavículas de Salomón, abundan mucho. Bastantes han sido impresos, otros han permanecido manuscritos y algunos fueron copiados con el mayor cuidado. Existe un hermoso ejemplar en la Biblioteca Imperial; está adornado de pantáculos y de caracteres que se encuentran, en su mayoría, en los calendarios mágicos de Tycho-Brahe y de Duchentau. Existen, por último, clavículas y grimorios que son mixtificaciones y vergonzosas especulaciones de la baja librería. El libro tan conocido y tan cacareado de nuestros padres y conocido por el nombre de Pequeño Alberto, pertenece por su redacción a esta última categoría; no hay en él de serio más que algunos cálculos tomados de Paracelso y algunos talismanes.

Cuando se trata de realización de ritual, Paracelso es una autoridad poderosa. Nadie ha realizado, como él!, las grandes obras, y por esto mismo oculta el poder de las ceremonias y enseña únicamente en la filosofía oculta

la existencia del agente magnético y el poderío de la voluntad; resume también toda la ciencia de los caracteres y de los signos, que son las estrellas macro y microcósmicas. Era decir bastante para los adeptos; lo importante

era no iniciar al vulgo. Paracelso, pues, no enseñaba el ritual; pero lo practicaba y su práctica era una sucesión de milagros.

Ya hemos dicho la importancia que tienen en magia el ternario y el cuaternario. De su reunión se compone el número religioso y cabalístico que representa la síntesis universal y que constituye el sagrado septenario.

El mundo, a juzgar por lo que creían los antiguos, está gobernado por siete causas secundarias, como las llama Trithemo, secundæ y son las fuerzas universales designadas por Moisés, por el nombre plural de Eloim, los dioses. Estas fuerzas análogas y contrarias entre sí, producen el equilibrio por-sus contrastes y regulan el movimiento de las esferas. Los hebreos Michael, Gabriel, Raphael, Anael, Samael, Zadkiel y Oraphiel. Los gnósticos cristianos nombran a los cuatro últimos, Uriel, Barachiel, Sealtiel y Jehudiel. Los demás pueblos han atribuido a esos espíritus, el gobierno de los siete planetas principales y les han dado los nombres de sus grandes divinidades. Todos han creído en su influencia relativa y la

astronomía les ha repartido el cielo antiguo y les ha atribuido el gobierno de los siete días de la semana.

Tal es la razón de las diversas ceremonias de la semana mágica y del culto septenario de los planetas.

Ya hemos visto aquí, que los planetas son signos y no otra cosa; tienen la influencia que la fe universal les atribuye, porque son realmente más astros del espíritu humano que estrellas del firmamento.

El Sol, que la antigua magia ha mirado siempre como fijo, no podía ser más que un planeta para el vulgo; así represente en la semana el día del reposo que llamamos, sin que se sepa por qué, domingo, y que los antiguos denominaban el día del Sol.

Los siete planetas mágicos corresponden a los siete colores del prisma y a las siete notas de la octava musical; representan así mismo la siete virtudes, y por oposición, los siete vicios de la moral cristiana.

Los siete sacramentos se refieren también a este gran septenario universal. El bautismo, que consagra el elemento del agua, se refiere a la Luna; la penitencia rigurosa está bajo los auspicios de Samael el ángel de Marte; la confirmación, que da el espíritu de inteligencia que comunica al verdadero creyente el don de lenguas, está bajo los auspicios de Rafael el ángel de Mercurio; la Eucaristía sustituye la realización sacramental de Dios hecho hombre por el imperio de Júpiter, el matrimonio está consagrado por el ángel la extremaunción es la salvaguardia de los enfermos prontos a caer bajo la faz de Saturno, y el orden, que consagra el sacerdocio de luz, es el que está más especialmente marcado con los caracteres del Sol. Casi todas estas analogías han sido advertidas por el sabio Dupuis, quien llegó a la conclusión de la falsedad de todas las religiones, en lugar de reconocer la santidad y la perpetuidad de un dogma único, siempre reproducido en el simbolismo universal de las formas religiosas sucesivas. No comprendió, no, la revelación permanente transmitida al genio humano por las armonías de la naturaleza y no vio más que una serie de errores en esa cadena de imágenes ingeniosas y de eternas verdades. -

Las obras mágicas son también en número de siete: 1^{ra}, obras de luz y de riqueza, bajo los auspicios del Sol; 2^{da} obras de adivinación y de misterios, bajo la invocación de la Luna; 3^{ra}, obras de habilidad, de ciencia y de elocuencia, bajo la protección de Mercurio; 4^{ta}, obras de cólera y de castigo, consagradas a Marte; 5^{ta}, obras de amor, favorecidas por Venus; 6^{ta}, obras de ambición y de política, bajo los auspicios de Júpiter; 7^{ma}, obras de maldición y de muerte, bajo el patronato de Saturno. En simbolismo teológico, el Sol representa el Verbo de verdad; la Luna, la misma religión; Mercurio, la interpretación y la ciencia de los misterios; Marte, la justicia divina; Venus, -la misericordia y el amor; Júpiter, al Salvador resucitado y glorioso; Saturno, al Dios Padre, o el Jehová de Moisés. En el cuerpo humano, el Sol es análogo al corazón; la Luna, al cerebro; Júpiter, a la mano derecha, y Saturno, a la izquierda; Marte, al pie izquierdo, y Venus al derecho, y Mercurio, alas partes sexuales, lo que hace representar a veces al genio de este planeta, bajo una figura andrógina.

En la faz humana, el Sol domina la frente; Júpiter, el ojo derecho y Saturno, el izquierdo; la Luna reina entre ambos ojos, en la raíz de la nariz, de la cual Marte y Venus gobiernan ambas fosas; Mercurio, por último, ejerce su influencia sobre la boca y la barbilla.

Estas nociones formaban entre los antiguos la ciencia oculte de la fisonomía, encontrada imperfectamente después por Lavater.

El mago que quiera proceder a las obras de luz, debe operar en domingo de media noche alas ocho de la madrugada, o desde las tres después del medio día hasta la noche. Estará revestido de un traje de púrpura, con tiara y brazaletes de oro. El altar de los perfumes y el trípode del fuego sagrado, estarán rodeados de guirnalda de laurel, de heliotropos y de girasoles; los perfumes serán el cinamomo, el incienso macho, el azafrán y el sándalo rojo; los lápices serán

de pieles de león; el anillo será de oro con una crisolita o un rubí; los abanicos serán de plumas de gavián.

El lunes llevará un traje blanco laminado de plata con un triple collar, de perlas, de cristales y de selenitas; la tiara estará recubierta de seda amarilla, con caracteres de plata, formando en hebreo el monograma de Gabriel, tal y como se hallan en la filosofía oculta de Agrippa; los perfumes serán: sándalo blanco, alcanfor, ámbar, áloes y la simiente del cohombro pulverizada; las guirnalda serán de artemisa, selenotropos y ranúnculos amarillos. Se evitarán las tinturas, los vestidos o los objetos de color negro y no se llevará encima ningún otro metal que no sea plata. -

El martes, día de las operaciones de cólera, el traje será de color de fuego, de orín o de sangre, con un cinturón y brazaletes de acero; la tierra estará rodeada de hierro y no se servirá -de la varita, sino únicamente del estilete mágico y de la espada; las guirnalda serán de ajenjo y de ruda y se llevará en el dedo una sortija de acero con una amatista como piedra preciosa.

El miércoles, día favorable para la alta ciencia, el traje será verde o de una tela que sea tornasolada de distintos colores; el collar será de cuentas de vidrio hueco, conteniendo mercurio; los perfumes serán el benjuí, el macís y el estoraque; las flores, el narciso, el lirio, la mercurial, la fumaría y la mejorana; la piedra preciosa será el ágata.

El jueves, día de las grandes obras religiosas y políticas, el traje sera de color de escarlata, y se llevará en la frente una lamina de estaño con los caracteres del espíritu de Júpiter, y, estas tres palabras: GIARAR, BETHOR, SAMGABIEL; los perfumes serán en incienso, el ámbar gris, el bálsamo, el grano del paraíso, el macis y el azafrán; el anillo estará adornado de una esmeralda o de un zafiro; las guirnalda y las coronas serán de encina, de álamo, de higuera y de granado.

El viernes día de las operaciones amorosas, el traje será de un color azul azulado; las tinturas serán verdes y rosas; los adornos de cobre pulido; las coronas de violetas, rosas, mirto y olivo; el anillo estará adornado de una turquesa: el lapislázuli y la barilla, servirán para la tiara y los broches: los abanicos serán de plumas de cisne y el operador llevará sobre el pecho un talismán de cobre con el carácter de Anael y estas palabras: AVEEVA VADELILITH.

El sábado, día de las obras fúnebres, el traje sera negro o pardo, con caracteres bordados en seda, color de naranja; se llevará al cuello una medalla de plomo con el carácter de Saturno y estas palabras: ALMALEC, APHIEL, ZARAHIEL; los perfumes serán el diagridium, la escamonea, el alumbre, el azufre y la asafétida; el anillo tendrá una piedra de ónix; las guirnalda serán de fresno, de ciprés y de eléboro negro; sobre el ónix del anillo se grabará con el punzón consagrado y en las horas de Saturno una doble cabeza de Jano.

Tales son las antiguas magnificencias del culto secreto de los magos. Es con semejante aparato como los magos de la edad media procedían a la consagración diaria de los pantáculos y de los talismanes relativos a los siete genios. Ya hemos dicho que un pantáculo es un carácter sintético, resumiendo todo el dogma mágico en una de sus concepciones especiales. Es, por tanto, la expresión verdadera de un pensamiento y de una voluntad complete; es la signatura de un espíritu. La consagración ceremonial de este signo, va fuertemente unida a la intención del operador y establecer entre él y el pantáculo una verdadera cadena magnética. Los pantáculos pueden trazarse indistintamente sobre pergamino virgen, sobre papel o sobre los metales. Se llama talismán a una pieza de metal que lleve, sea pantáculos, sean caracteres, y que haya recibido una consagración especial para una intención determinada. Gaffarel, en una erudita obra sobre las antigüedades mágicas, ha demostrado científicamente el poder real de los talismanes, y la confianza en su virtud está de tal modo en la naturaleza, que se llevan de buen grado encima, recuerdos de aquellos a

quienes se ama; con la persecución de que esas reliquias nos preservarán de peligros y deberán hacernos más felices. Se hacen talismanes con los siete metales cabalísticos y se graban en ellos, en los días y horas favorables, los signos queridos y determinados. Las figuras de los siete planetas con sus cuadrados mágicos, se encuentran en el Pequeño Alberto, tomados de Paracelso, y éste es uno de los raros lugares serios de este libro de magia vulgar. Es preciso advertir que Paracelso reemplaza la figura de Júpiter por la de un sacerdote, substitución que no está hecha sin una intención misteriosa y bien marcada. Pero las figuras alegóricas y mitológicas de los siete espíritus, se han convertido en nuestros días demasiado clásicos y asta vulgares, para que todavía se pueda trazarlos con éxito sobre los talismanes; es preciso recurrir a signos más sabios y más expresivos. El pentagrama debe grabarse siempre en uno de los lados del talismán, con un círculo para el sol, un creciente para la luna, un caduceo alado para Mercurio, una espada para Marte, una G para Venus, una corona para Júpiter y una gualdaña para Saturno. El otro lado del talismán debe llevar el signo de Salomón, es decir, la estrella de seis rayos hecha con dos triángulos superpuestos,

colocándose una figura humana en el centro en los del Sol, una copa en los de la Luna, una cabeza de perro en los de Mercurio, una cabeza de águila en los de Júpiter, una de león en los de Marte, una paloma en los de Venus y una cabeza de toro o de macho cabrío en los de Saturno. A esto se agregará los

nombres de los siete ángeles, sea en hebreo, sea en árabe, sea en caracteres mágicos semejantes a los del alfabetos de Trithemo. Los dos triángulos de Salomón pueden reemplazarse por la doble cruz de las ruedas de Ezequiel, que se hallan en gran número de antiguos pantáculos y que son, como ya lo hemos dichos en nuestro Dogma, la clave de los trigramas de Fohi. -

Pueden emplearse también piedras preciosas como amuletos al mismo tiempo que los talismanes; pero todos los objetos de esta clase sean de metal sean de piedras, deben llevarse envueltos en saquitos de seda de colores análogos al espíritu del planeta y perfumados con el perfume correspondiente a su día, preservándolos de toda mirada y de todo contacto impuro.

Así, los talismanes y los pantáculos del Sol, no deben ser vistos ni tocados por personas disformes o contrahechas o por mujeres de malas costumbres; los de la Luna se sienten profanados por las miradas y por las manos de personas crapulosas y de mujeres que estén con sus reglas; tos de Mercurio pierden su virtud si son tocados por sacerdotes asalariados; los de Marte deben ocultarse a los cobardes; los de Venus a los hombres depravados y aquellos que han hecho voto de celibato; los de Júpiter a los impíos y los de Saturno a las vírgenes y a los niños, no porque las miradas o el contacto de estos últimos sea impuro, sino porque el talismán les causaría desdichas y de este modo perdería su fuerza.

Las cruces de honor y otras condecoraciones análogas son verdaderos talismanes que aumenten el valor o el mérito personales. Las distribuciones solemnes que de ellos se hace equivalentes a las consagraciones. La opinión pública les da un prodigioso poder. No se ha advertido bien la influencia recíproca de los signos sobre las ideas y de éstas sobre aquéllos; no menos ciertos es que la obra revolucionaria de estos tiempos modernos, por ejemplo, ha sido simbólicamente resumida por la sustitución napoleónica de la estrella de honor por la cruz de San Luis. Ese pentagrama sustituido por el labarum; es la rehabilitación del símbolo de la luz, es la resurrección masónica de Adonhiram. Se dice que Napoleón creía en su estrella, y si se le hubiera preguntado qué entendía por esa estrella, hubiera respondido que su genio; debió, pues, adoptar por signo el pentagrama simple de la soberanía humana para la iniciativa inteligente. El gran soldado de la revolución sabía poco, pero todo lo presentía y adivinaba; por eso ha sido el mayor mago instintivo y práctico de los tiempos modernos. El mundo está lleno todavía de sus milagros y hasta habrá gentes sencillas que no crean que ha muerto.

- Los objetos benditos e indulgenciados, tocados por santas imágenes o por personas venerables; los rosarios llegados de Palestina; los agnus Dei compuesto con cera del cirio pascua! y los restos anuales del santo crisma; los escapularios, y las medallas, en fin, son verdaderos talismanes. Una de estas medallas se ha hecho popular en nuestros tiempos, y aun aquellos que no profesan ninguna religión, la cuelga del cuello de sus hijos. Y como las figuras que en ellas aparecen son perfectamente cabalísticas, la tal medalla es verdaderamente un doble y maravilloso pantánculo. De un lado se ve a la grande iniciadora, la madre celeste de Sohar, la Isis del Egipto, la Venus Urania de los platonianos, la María del cristianismo, en pie sobre el mundo y aplastado la cabeza de la serpiente mágica. Extiende las manos en forma tal, que trazan un triángulo, del que la cabeza de la figura es la cima; sus manos están abiertas e irradiando efluvios, lo cual forma un doble pentagrama, cuyos rayos se dirigen hacia la tierra, lo que representa evidentemente la libertad de la inteligencia por el trabajo. Del otro lado se ve la doble Tau de los hierofantes, el Lingam en-el doble Cteis, o en el triple Phallus, soportado con enlace y doble inserción por la M cabalística y masónica representando la escuadra entre las dos columnas Jakin y Bohas; por encima háyanse al mismo nivel dos corazones doloridos y amantes y en derredor 12 pentagramas. Todo el mundo os dirá que los portadores de esta medalla no alcanzan su significación; pero no por esto deja de ser menos mágica, teniendo un doble sentido, y por consiguiente, una doble virtud. Las revelaciones extáticas nos han transmitido ese talismán, que fue grabado cuando ya existía en la luz astral, lo que demuestra una vez más la íntima conexión de las ideas con los signos, dando nueva sanción al simbolismo de la magia universal.

Cuanta más importancia y solemnidad se da a la consagración de los talismanes y de los pantáculos, mayores virtudes adquieren, como debe comprenderse, por la evidencia de los principios que hemos establecido. Este consagración debe hacerse en los días especiales que hemos marcado con las ceremonias indicadas. Se consagran por los cuatro elementos exorcizados, después de haber conjurado a los espíritus de las tinieblas, con la conjuración de los cuatro; después se toma el pantáculo en la mano y se dice aspergiéndole con algunas gotas del agua mágica:

In nomine Eloin et per spiritum aquarum viventium, sis mihi in signum lucis et sacramentum volutantis.

Y presentándole al humo de los perfumes se dice:

Per serpentem æneum sub quo cadunt serpentes ignei, sis mihi (etc.).

Soplando siete veces sobre el pantáculo o sobre el talismán, se dice:

Per firmamentum et spiritum vocis, sis mi/ii (etc.).

Por último colocando triangularmente algunos granos de tierra purificada o de sal, se dice:

In sale terræ et per virtutem vitæ æternæ, sis mihi (etc).

Después se hace la conjuración de los siete de la manera siguiente:

Se echa alternativamente en el fuego sagrado una pastilla de los siete -perfumes y se dice:

¡En nombre de Michael, que Jehová te mande y te aleje de aquí, -Chavajoth! -

¡En nombre de Gabriel, que Adonai te mande y te aleje de aquí, Belial! ¡En nombre de Raphael, desaparece ante Elchim, Sachabiel! -¡Por Samael Zebaoth y en nombre de Eloim Gibor, aléjate, Adrameleck! ¡Por Zachariel y Sachiél-Méleck, obedece a Elvah, Samgabiel!

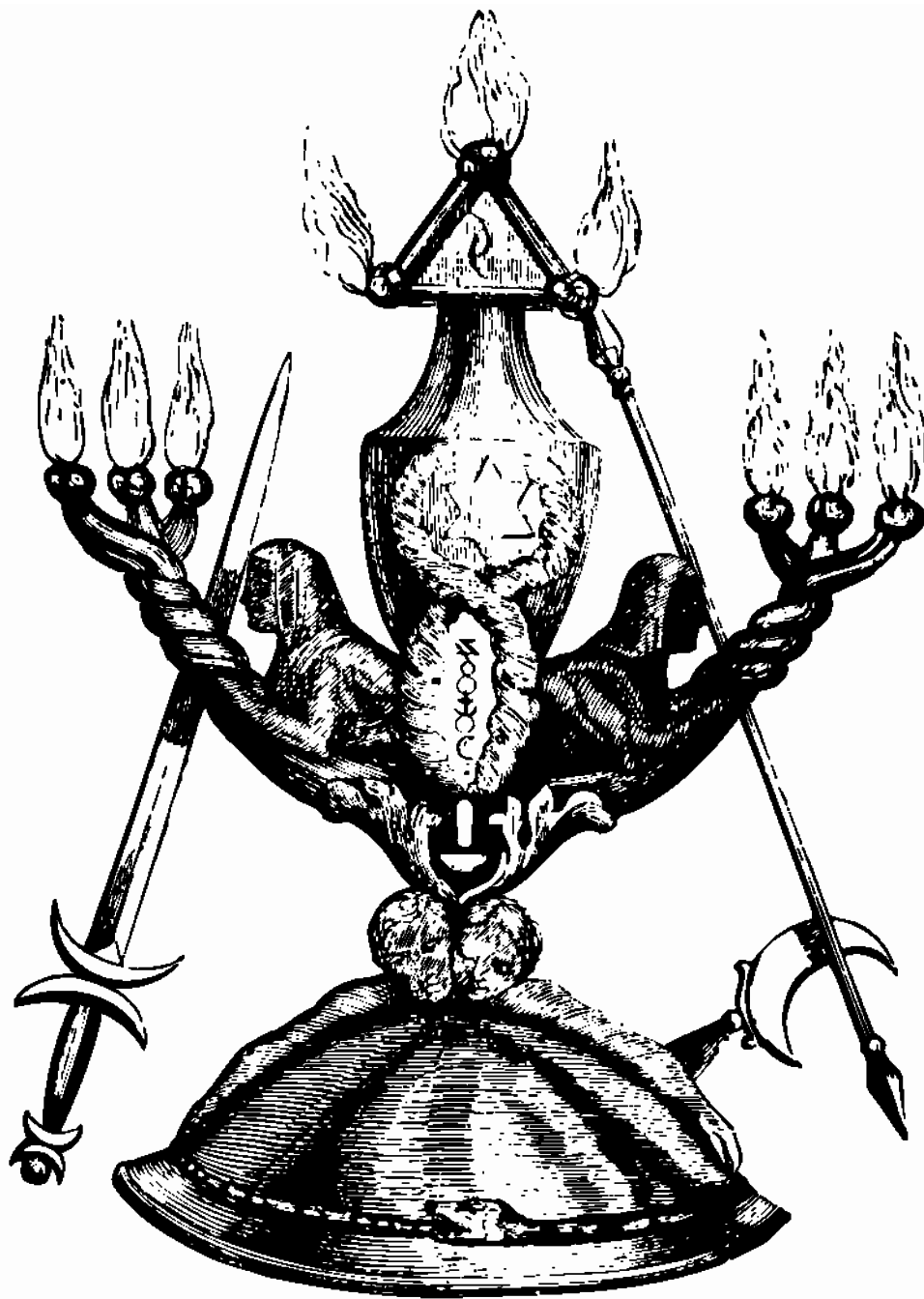
En el nombre divino y humano de Schaddai y por el signo del pentagrama que tengo en la mano derecha, en nombre del ángel Anael, por el poder de Adán y Eva, que son Jotchavah, retrate Lilit; déjanos en paz, Nahemah!

Por los santos Eloim y los nombres de los genios Cashiel, Sehaltiel, Aphiel y Zarahiel, al mandato de Orifiel; ¡retírate de nosotros Moloch! nosotros no te daremos nuestros hijos para que los devores.

Por lo que respecto a instrumentos mágicos, los principales son: la varita, la espada, la lámpara, la copa, el altar y el trípode. En las operaciones de la alta y divina magia, se sirve uno de la lámpara, de la varita y de la copa; en las obras de la magia negra se reemplaza la varita por la espada, y la lámpara por la candela de Cardan. Ya explicaremos esta diferencia en el artículo especial de la magia negra.

7 Pasemos a la descripción y consagración de los instrumentos. La varita mágica, no hay que confundirla con la simple varita adivinatoria, ni con la horquilla de los nigromantes o el tridente de Paracelso; la verdadera y absoluta varita mágica debe ser de una sola rama; sea de árbol de almendro o de Nogal con la Falce mágica o la Cuchilla de Oro, antes de la salida del sol y cuando el árbol este a punto de florecer, deberá ser recta y será necesario perforarla en toda su longitud sin hendirla o romperla e introducir dentro de ella una aguja de hierro imantado que ocupe toda su extensión en unas de sus extensiones se adapta un poliedro tallado triangularmente y en el otro extremo una figura semejante a resina negra. En medio de la varita se colocaran dos anillos, uno de cobre rojo, y otro de cinc, después se dorara la varita por el lado de la resina y se plateara en el extremo del prisma hasta el anillo del medio, revistiéndola de seda exclusivamente por las extremidades sobre el anillo de cobre se grabaran estos caracteres $itW, i'it \quad \circ \diamond \diamond WN \diamond W, \quad \diamond$ y sobre el de cinc $it \diamond \diamond W, \quad \diamond \diamond it$. La consagración de la varita debe durar siete días, comenzando en la luna nueva. Y debe ser hecha por un iniciado poseedor de grandes arcanos y que también posea una varita consagrada. Esta es la transmisión del sacerdocio mágico y esa transmisión no ha cesado desde los tenebrosos orígenes de la alta ciencia. La varita y los demás instrumentos, pero la varita sobre todo, deben estar ocultos con cuidado, y bajo pretexto alguno, el magista debe dejar verlos o tocar a los profanos; de otro modo perderían su virtud.

La manera de transmitir la varita, es uno de los arcanos de la ciencia que -no esté permitido revelar.



INSTRUMENTOS MAGICOS
La lámpara, la varita, la espada y la falce

Su longitud no debe exceder la del brazo del operador El mago no debe servirse de ella sino cuando esté solo, y ni aun debe tocarla sin necesidad. Algunos magos de la antigüedad la hacían del tamaño de la longitud de su antebrazo y la ocultaban entre las amplias mangas de su túnica, exhibiendo en público, la simple varita adivinatoria, o algún cetro alegórico hecho de marfil o de ébano, según la naturaleza de las obras.

El cardenal Richelieu, que ambicionaba todos los poderes, buscó toda su vida sin poder conseguirlo, la transmisión de la varita mágica Su cabalista Gaffarel no pudo darle más que la espada y los talismanes; tal fue, quizás, el motivo de su terrible odio contra Urbano Grandier, que sabía algo de las debilidades del cardenal. La larga conversación secreta de Laubardemont con el desgraciado sacerdote, algunas horas antes de su último suplicio, y las palabras de un amigo y confidente de este último, cuando iban morir, «Señor, sois hábil y no os perderéis», dan que pensar sobre el particular.

La varita mágica es el Verendum del mago, quien no debe nunca hablar de una manera clara y precisa. Nadie debe jactarse de poseerla y nadie debe transmitir la consagración sino bajo condiciones de discreción y confianza absolutas.

La espada es menos oculta, y he aquí como debe hacerse:

Tiene que ser de acero puro, con puño de cobre hecho en forma de cruz con tres pomos, o teniendo por guarda dos medias lunas. En el nudo central de la guarda, que debe de estar revestida de una placa de oro, es preciso grabar, en un lado el signo del macrocosmos, y en el otro el del microcosmos. En el pomo se grabará el monograma hebreo de Michael tal y como se ve en Agrippa, y sobre la hoja de un lado los caracteres M, M C, N y del otro el monograma del labaro de constantino, seguido de estas palabras:

Vince in Hoc, Deo

duce, ferro comite⁶. (Para la autenticidad y

exactitud de estas figuras, véanse las mejores y más antiguas ediciones del Enchiridion.)

La consagración de la espada debe hacerse en domingo en las horas del Sol, bajo la invocación de Michael. Se colocará la hoja de la espada al fuego procedente de laurel y ciprés, luego se limpiará y se pulirá esa misma hoja con cenizas del fuego sagrado, humedecidas con sangre de topo o de serpiente y se dirá:

Sis mihi gladius Michaelis, in virtute Eloim Sabaoth fugiant a te spiritus tenebrarum et reptilia terrae.

Después se perfumará con los perfumes del Sol y se encerrará en una vaina de seda con ramas de verbena que será preciso quemar al séptimo día.

La lámpara mágica debe estar construida de cuatro metales: oro, plata, cobre y hierro. El pie será de hierro, el nudo de cobre, la copa de plata y el triángulo de en medio de oro. Deberá tener dos brazos, compuestos de tres metales aleados juntos, de manera de dejar para el aceite un triple conducto. Tendrá nueve mechas, tres en medio y tres en cada brazo.

En el pie se grabará el sello de Hermes y encima el Andrógino con las dos cabezas de Khunrath. El borde inferior del pie representará una serpiente que se muerde la cola.

En la copa o recipiente del aceite se grabará el signo de Salomón. En esta lámpara se adaptarán dos globos; uno ornado de pinturas transparentes representando los siete genios, y el otro mayor y doble que pueda contener en cuatro departamentos, entre dos vidrios, agua teñida de diversos colores. El conjunto estará encerrado en una columna de madera, construida en forma giratoria y que pueda dejar escapar a la voluntad los rayos de luz

⁶ Comparece con el Motto de W.W.Wescott, fundador de la Orden del Amanecer Dorado y vicepresidente de la Societa Rosacruziana in Anglia, Deo Duce Comité Ferro.

dirigidos hacia el humo del altar en el momento de las invocaciones. Esta lámpara es un auxiliar precioso en las operaciones intuitivas de las imaginaciones lentas, y para crear inmediatamente delante de las personas magnetizadas formas de una realidad asombrosa, que multiplicadas por los espejos, se agrandarán de -pronto y cambiarán en una sala inmensa, llena de4s almas visibles, el gabinete del operador; la embriaguez de los perfumes y la exaltación de las invocaciones trasformarán luego esa fantasmagoría en un sueño real; se reconocerán las personas que uno ha conocido; los fantasmas hablarán, y después, si se cierra la columna de la lámpara, redoblando el fuego de los perfumes se producirá algo inesperado y extraordinario.

VIII

ADVERTENCIA A LOS IMPRUDENTES

Como ya hemos dicho en muchas ocasiones, las operaciones de esta ciencia no están exentas de peligro.

Pueden conducir a la locura a aquellos que no se hayan basado en la suprema, absoluta e infalible razón.

Pueden también sobreexcitar el sistema nervioso y producir terribles e incurables enfermedades.

Cuando la imaginación se asusta pueden producir igualmente desvanecimientos, y aun la muerte, por congestión cerebral.

No sabremos encarecer nunca lo bastante alas personas nerviosas, y naturalmente exaltadas, alas señoras ya las jóvenes y aquellas personas que no tienen completo dominio de sí mismas, los peligros de las operaciones mágicas.

Nada más peligroso, también, que convertir esta ciencia en un pasatiempo. Aun las mismas experiencias magnéticas hechas en semejantes condiciones pueden, no solamente causar trastornos en los sujetos, sino también desacreditar a la ciencia. No se juega impunemente con los misterios de la vida y de la muerte; las cosas que deben tomarse en serio, han de tratarse seriamente y con la mayor reserva.

No cedáis nunca al deseo de convencer por medio de efectos. Los más sorprendentes efectos no serían pruebas para personas no convencidas de antemano. Se podría siempre atribuirlos a prestigios naturales y mirar al mago como un competidor más o menos diestro de Robert Houdini o de Hamilton. Solicitar prodigios para creer en la ciencia, es mostrarse indignos O incapaces de la misma. SANCTA SANCTIS.

No os vanagloriéis jamás de las obras que hayáis realizado, así hayáis resucitado muertos. Temed la persecución. El gran maestro recomendaba siempre el silencio alas enfermos, a quienes curaba; y si ese silencio hubiera sido fielmente observado, no hubieran crucificado al iniciador antes de la conclusión de su obra.

Meditad sobre la duodécima figura del Tarot; pensad enel gran símbolo de Prometeo y callaos.

Todos los magos que han divulgada sus obras han muerto violentamente y muchos se han visto obligados al suicidio, cama Cardan, Shroepffer, Cagliostro y otros.

El mago debe vivir en el retiro y no dejarse abordar fácilmente. Esto es lo que representa el símbolo noveno del Tarot, en donde el iniciada está representado por un ermitaño envuelto completamente en su manto.

Sin embargo, ese retiro no debe llegar al aislamiento. Le son necesarios actas de abnegación y amistades que debe escoger y conservar a cualquier precio.

Debe tener otra profesión que la de mago; la magia no es un oficio.

Para dedicarse a la magia ceremonial, es preciso tener el espíritu libre de preocupaciones inquietantes; es de necesidad procurarse todos los instrumentos de la ciencia y saber confeccionarnos por sí mismo; y es necesario, finalmente, un laboratorio inaccesible en donde no haya el temor de verse sorprendidos o molestados.

Después, y esta es una condición esencial, es preciso saber equilibrar las fuerzas, y contener los vuelos de su propia iniciativa. Esto es lo que representa la octava figura de las claves de

Hermes, en la que se ve a una mujer sentada entre dos columnas, teniendo en una mano una espada recta y en la otra una balanza.

Para equilibrar las fuerzas, es preciso mantenerlas simultáneamente, y hacerlas funcionar alternativamente, doble acción representada por la balanza.

Este arcano está también representada por la doble cruz de los pantáculos de Pitágoras y de Ezequiel, en donde las cruces están equilibradas entre sí, y los signos planetarios siempre en oposición. Así, Venus es el equilibrio de las obras de Marte, Mercurio atempera y realiza las obras del Sol y de la Luna, Saturno debe balancear a Júpiter. Es por ese antagonismo de los antiguos dioses que Prometeo, como si dijéramos el genio de la ciencia, llega a introducirse en el Olimpo ya robar el fuego sagrado.

¿Será preciso hablar más claramente? Cuanto más dulces y más calmosos seáis, mayor será el poder de vuestra cólera; cuanto más enérgicos os mostréis, mayor será el encanto de vuestra dulzura; cuanto más hábiles seáis, mayor producto obtendréis de vuestra inteligencia y aun de vuestras virtudes; cuanto más indiferentes os mostréis, más fácilmente os haréis amar. Esto es de experiencia en el orden moral y se realiza rigurosamente en la esfera de acción. Las pasiones humanas producen fatalmente, cuando no son dirigidas, los efectos contrarios a su desea desenfrenado. El amar excesivo produce antipatía; el ciego odio se anula y se castiga a sí mismo; la vanidad conduce al rebajamiento ya las más crueles humillaciones. El gran maestro revelaba un misterio de la ciencia mágica positiva cuando dijo: ¿Queréis acumular carbones encendidas sobre la cabeza de aquel que os ha causado daños? Perdonadle y devolverle el bien por mal. Se dirá tal vez, que Semejante perdón es una hipocresía y se parece mucho a una venganza refinada. Pero es preciso tener en cuenta que el mago es un soberano. Ahora bien; un soberano no se venga nunca, por cuanto tiene derecha de castigar. Cuando ejerce ese derecho cumple con su deber y es implacable como la justicia. Advirtamos también, para que nadie tome en mal sentida mis palabras, que se trata de castigar al mal con el bien y de oponer la dulzura a la violencia. Si el ejercicio de la virtud es una flagelación para el vicio, nadie tiene derecho a solicitar que se le ahorre o que se tenga piedad de sus vergüenzas y de sus dolores.

El que se entrega a las obras de la ciencia debe realizar diariamente un ejercicio moderado, abstenerse de veladas largas y seguir un régimen sano y regular. Debe evitar las emanaciones cadavéricas, la vecindad de lugares en que haya aguas corrompidas y alimentos indigestos o impuros. Debe especialmente distraerse diariamente de las preocupaciones mágicas por medio de cuidados materiales, o de trabajos de arte, de industria, etc. El medio de ver bien, es el de no mirar siempre, y aquel que se pasara toda su vida mirando hacia el mismo sitio no llegaría nunca a él.

Una precaución que no debe desdeñarse, es la de no operar cuando se está enfermo.

Siendo las ceremonias, como ya lo hemos dicha, medios artificiales para ejercitar la voluntad, cesan de ser necesarias cuando se ha adquirida la costumbre. Es en este sentido en el que Paracelso prohibía, alas adeptas perfectos, las ceremonias mágicas. Es preciso simplificarlas progresivamente, antes de omitirlas del todo, según la experiencia que se haya adquirido de las fuerzas y las costumbres establecida en el ejercicio del querer extranatural.

IX

EL CEREMONIAL DE LOS INICIADOS

La ciencia se conserva por el silencio y se perpetúa por la iniciación. La ley del silencio no es absoluta e inviolable más que para las muchedumbres. La ciencia no puede transmitirse más que por la palabra. Los sabios deben, pues, hablar algunas veces.

Sí; los sabios deben hablar, no para decir, sino para conducir a los otros a encontrar. *Noli iri, fac venire*, era la divisa de Rabelais, quien poseyendo todas las ciencias de su época no podía ignorar la magia.

Vamos a revelar aquí los misterios de la iniciación.

El destino del hombre es, como ya lo hemos dicho, hacerse o crearse a sí mismo, y será el hijo de sus obras en el tiempo y en el espacio.

Todos los hombres están llamados a concurrir; pero el número de los elegidos, es decir, de los que alcanzan éxito, es relativamente restringido; en otras términos, los hombres deseosos de ser algo son muchos, pero los hombres selectos muy pocos, muy raros.

Pues bien; el gobierno del mundo pertenece de derecho a los hombres selectos, y cuando un mecanismo o una usurpación cualquiera impide que no les pertenezca de hecho, se opera un cataclismo político o social.

Los hombres que son dueños de sí mismos se hacen fácilmente amos de los otros; pero pueden mutuamente labrarse obstáculos, sino se reconocen por las leyes de una disciplina y una jerarquía universal.

Para someterse a una misma disciplina es preciso estar en comunión de ideas y de deseos, no pudiendo llegarse a esa comunión más que por una religión común fundada sobre las mismas bases de la inteligencia y de la razón.

Esta religión ha existido siempre en el mundo y es la única que puede ser llamada una, infalible, indefectible y verdaderamente católica, es decir, universal.

Esta religión, de la que las demás han sido los velos y las sombras, es la que demuestra el ser por el ser, la verdad por la razón, la razón por la evidencia y el sentido común.

Es la que prueba por las realidades, la razón de ser de las hipótesis y que no permite razonar sobre hipótesis independientemente y fuera de las realidades.

Es la que tiene por base el dogma de las analogías universales, pero que no confunde nunca las cosas de la ciencia con las de la fe. No puede dar fe de que dos y uno son más o menos de tres; que el contenido en física sea más grande que el continente; que un cuerpo sólido, en tanto que lo sea, pueda comportarse como un cuerpo fluido o gaseoso; que un cuerpo humano, por ejemplo, pueda pasar a través de una puerta cerrada sin operar ni solución ni apertura. Decir que se cree en semejante cosa es hablar como un niño o como un loco; pero, no es menos insensata definir lo desconocido y razonar de hipótesis en hipótesis hasta negar, a priori, la evidencia, para afirmar suposiciones temerarias. El sabio afirma lo que sabe y no cree lo que ignora más que según la medida de las necesidades razonables y conocidas de la hipótesis.

Pero esta religión razonable no podría ser la de las multitudes a las cuales les hacen falta fábulas, mitos, misterios, esperanzas definidas y terrores materialmente motivadas.

Por esto es por lo que el sacerdocio se ha establecido en el mundo. Pues bien; el sacerdocio se recluta por iniciación.

Las formas religiosas perecen cuando la iniciación cesa en el santuario, sea por divulgación, sea por negligencia y olvido de los misterios sagrados.

Las divulgaciones gnósticas, por ejemplo, alejaron de la Iglesia cristiana las altas verdades de la Cábala, que contiene todos los secretos de la teología transcendental. Así, los ciegos se convirtieron en lazarillos de otros ciegos, y se produjeron grandes oscurecimientos, grandes caídas y deplorables escándalos; luego, los libros sagrados, cuyas claves son esencialmente cabalísticas, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, se hicieron tan inteligibles para los cristianos, que los pastores tuvieron, con razón, que prohibir la lectura a los sencillos fieles. Tomados como lo demostró perfectamente la escuela de Voltaire, más que un inconcebible tejido de absurdos y de escándalos.

Lo propio sucede con todos los dogmas antiguos, con sus brillantes teogonías y sus poéticas leyendas. Decir que los antiguos creían en Grecia, en los amores de Júpiter, o adoraban, en Egipto, el cinocéfalo y el gavián como los dioses vivos y reales, es ser tan ignorante o de tan mala fe, como lo sería el que sostuviera que los cristianos adoran a un triple Dios, compuesto de un anciano, de un suplicado y de un pichón. La inteligencia de los símbolos es siempre calumniadora. Por esto hay que guardarse bien de burlarse de cosas que se ignoran, cuando su sola enunciación parece suponer un absurdo, o aun una singularidad cualquiera; esto sería tan poco sensato, como admitirla sin discusión y sin examen.

Antes de que exista una cosa que nos agrada o que nos desagrada, hay una verdad, es decir, una razón, y es por esa razón como nuestras acciones deben regularse a nuestro agrado, si queremos crear en nosotros la inteligencia, que es la razón de ser la inmortalidad y la justicia que es la ley.

El hombre, que verdaderamente sea hombre, no puede querer más que lo que debe y puede hacer razonablemente y sea justo. Debe imponer también silencio a los apetitos y al temor para no escuchar más que a la razón.

Semejante hombre es un rey natural y un sacerdote espontáneo para las multitudes errantes. A esto se debe que a las antiguas iniciaciones se las llamará indiferentemente arte real o arte sacerdotal.

Las antiguas asociaciones mágicas eran seminarios de sacerdotes y de reyes, y los neófitos no lograban ser admitidos, sino después de obras verdaderamente sacerdotales y reales, es decir, que estuvieran muy por encima de las debilidades naturales.

No repetiremos aquí lo que por todas partes se ha escrito sobre las iniciaciones egipcias, perpetuadas, aunque atenuadas, en las sociedades secretas de la edad media. El radicalismo cristiano fundado en la falsa inteligencia de esta frase: «No tenéis más que un padre y una madre, y todos sois hermanos», dio un golpe terrible a la jerarquía sagrada. Desde entonces las dignidades sacerdotales, han sido el resultado de la intriga o del azar; la mediocridad activa ha venido a suplantar a la superioridad modesta, y por consiguiente desconocida, y, sin embargo, siendo la iniciación una ley esencial de la vida religiosa, una sociedad instintivamente mágica, se ha formado a espaldas del poder pontifical reconcentrando en sí sola todo el del cristianismo, porque sólo ella comprendió, bien que vagamente, el poder jerárquico por las pruebas de la iniciación y el todo poderoso de la fe en la obediencia pasiva.

¿Qué hacía el recipiendario en las antiguas iniciaciones? Abandonaba completamente su libertad y su vida a los maestros de los templos de Menfis o de Tebas; avanzaba resuadamente a través de espantosos peligros que hasta podría hacerle suponer un atentado premeditado contra él mismo; atravesaba hogueras, pasaba a nado torrentes de agua e hirviendo, se suspendía sobre básculas de mecanismo desconocido, pendientes de abismos sin fondo... ¿No era esto la obediencia ciega en toda la fuerza de este vocablo? Abjurar momentáneamente de su libertad para llegar a una elevada emancipación, ¿no es el más perfecto ejercicio de la misma libertad? Pues bien; he aquí lo que han hecho y lo que siempre hacen aquellos que aspiran al Sanctum regnum de la omnipotencia mágica. Los discípulos de Pitágoras se condenaban a un riguroso silencio de muchos años; los mismos sectarios de Epicuro, no

comprendían la soberanía del placer, más que por la sobriedad adquirida y por la templanza calculada. La vida es una batalla en la que hay que someterse a pruebas para alcanzar un grado; la fuerza no se concede: hay que conquistarla.

La iniciación por la lucha y por las pruebas es, pues, indispensable para llegar a la ciencia práctica de la magia. Y hemos dicho cómo puede triunfarse de las cuatro formas elementales; volveremos sobre esto, recomendando al lector que quiera conocer las ceremonias de las iniciaciones antiguas, las obras del barón de Tschoudy, autor de la «Estrella flamígera de la masonería adonhiramita» y de otros muchos opúsculos masónicos y muy estimables.

Debemos insistir aquí en una reflexión: en que el caos intelectual y material en que perecemos, tiene por causa la negligencia de la iniciación, de sus pruebas y de sus misterios. Los hombres en quienes el celo era más fuerte que la ciencia, impresionados por la máxima popular del Evangelio, creyeron en la igualdad primitiva y absoluta de los hombres. Un célebre alucinado, el elocuente e infortunado Rousseau, ha propagado con toda la magia de su estilo la paradoja de que sólo la sociedad es la que deprava a los hombres, lo mismo que podría haber dicho que sólo la emulación en el trabajo hace a los obreros perezosos.

La ley esencial de la naturaleza, la de la iniciación por las obras y del progreso laborioso y voluntario, ha sido fatalmente desconocida; la masonería ha tenido sus desertores como el catolicismo ha tenido los suyos. ¿Qué ha resultado de ello?

El nivel del acero, substituido por el nivel intelectual y simbólico. Predicarla igualdad al que está abajo sin indicarle los medios de cómo debe elevarse, ¿no es colocarle en las vías del descenso? Así se ha descendido y pudo haber el reinado de la carmañola, de los descamisados y de Marat.

Para volver a elevar a la sociedad tambaleante o caída, es preciso restablecer la jerarquía y la iniciación. La tarea es difícil, pero todo mundo inteligente está en el deber de emprenderla.

¿Será preciso para esto, que el mundo tenga que sufrir un nuevo diluvio? Deseamos que no suceda así y este libro, la más grande quizá de todas nuestras audacias, aunque no la última, es una llamada a todo el que está vivo todavía, para reconstituir la vida en medio de la misma descomposición y de la muerte.

X

LA CLAVE DEL OCULTISMO

Profundicemos ahora el tema de los pantáculos, por cuanto en ellos estriba toda la virtud mágica, en tanto que el secreto de la fuerza está en la inteligencia que la dirige.

No volveremos a ocuparnos de los pantáculos de Pitágoras y de Ezequiel, de los cuales ya hemos ofrecido la explicación y el grabado. Probaremos en otro capítulo, que todos los instrumentos del culto hebraico eran pantáculos, y que Moisés había escrito en oro y en cobre, en el tabernáculo y en todos sus accesorios, la primera y la última palabra de la Biblia. Pero cada mago puede y debe de tener su pantáculo, porque un pantáculo, bien entendido, no es más que el resumen perfecto de un espíritu.

Por esto es por lo que se encuentra en los calendarios mágicos de Ticho Brahe y de Duchenteau, los pantáculos de Adam, de Job, de Jeremías, de Isaías y de todos los grandes profetas que fueron, cada cual, en su época, los reyes de la Cábala y los grandes rabinos de la ciencia.

Siendo el pantáculo una síntesis completa y perfecta, manifestada por un solo signo, sirve para reunir toda la fuerza intelectual en una mirada, en un recuerdo, en un contacto. Es algo así como un punto de apoyo, para proyectar la voluntad con fuerza. Los nigromantes y los goecios trazaban sus pantáculos infernales sobre la piel de las víctimas que inmolaban. Se encuentran en muchas clavículas y grimorios, las ceremonias de la inmolación, la manera de degollar el cabrito, el de salarlo, secar y blanquear su piel. Algunos cabalistas hebreos cayeron también en esta especie de locura, sin acordarse de las maldiciones pronunciadas en la Biblia contra aquellos que sacrificaban lo mismo en los terrenos elevados, que en cavernas de la tierra. Todas las efusiones de sangre celebradas ceremonialmente son abominables e impías, y desde la muerte de Adonhiran la Sociedad de los verdaderos adeptos tiene horror por la sangre. Ecclesia abhorret a sanguine.

El simbolismo iniciático de los pantáculos, adoptado en todo el Oriente, es la clave de todas las mitologías antiguas y modernas. Si no se conociera el alfabeto jeroglífico se perdería uno en las oscuridades de los Vedas, del Zend-Avesta y de la Biblia.

El árbol generador del bien y del mal, el manantial único de los cuatro ríos, de los cuales, uno riega la tierra de oro, es decir, de la luz, y otro corre en la Etiopía, o en el reino de la noche; la serpiente magnética que seduce a la mujer y la mujer que seduce al hombre, revelando así la ley de la atracción; después el Querube o Esfinge colocado a la puerta del santuario edénico, con la espada refulgente de los guardianes del símbolo; luego la regeneración por el trabajo y el parto por el dolor, ley de las iniciaciones y de las pruebas; la división de Caín y de Abel, idéntica al símbolo de la lucha de Anteros y de Eros; el área transportada sobre las aguas del diluvio, como el cofre de Osiris; el cuervo negro que no retorna, y la paloma blanca que regresa, nueva emisión del dogma antagónico y equilibrada; todas estas magníficas alegorías cabalísticas del Génesis que, tomadas al pie de la letra y aceptadas como historias reales, merecerían todavía mayores risa y desprecio, que el que les prodigó ~ Voltaire, sino se hicieran luminosas para el iniciado, quien saluda entonces con entusiasmo y amor la perpetuidad del verdadero dogma y la universalidad de la misma iniciación en todos los santuarios del mundo.

Los cinco libros de Moisés, la profecía de Ezequiel y el Apocalipsis de San Juan, son las tres claves cabalísticas de todo el edificio bíblico. Las esfinges de Ezequiel, idénticas a las del santuario y del arca, son una cuádruple reproducción del cuaternario egipcio; sus ruedas, que

giran las unas dentro de las otras, son las esferas armónicas de Pitágoras; el nuevo templo, del que dio las medidas cabalísticas, es el tipo de los trabajos de la ~ masonería primitiva. San Juan, en su Apocalipsis, reproduce las mismas imágenes y los mismos números y reconstituye, idealmente, el mundo edénico en la nueva Jerusalén; pero en el manantial de los cuatro ríos, el cordero ha reemplazado el árbol misterioso. La iniciación por el trabajo y por la sangre se ha verificado, y ya no hay templo, porque la luz de la verdad se ha esparcido por todas partes y el mundo se ha convertido en templo de la justicia.

Este hermoso sueño final de las santas Escrituras, esta hermosa utopía divina, por la cual la iglesia se refiere con razón, a la realización de una vida mejor, han sido el escollo de todos los antiguos heresiarcas y de un gran número de ideólogos modernos. La emancipación simultánea y la igualdad absoluta de todos los hombres, supone la cesación del progreso, y, por consecuencia, de la vida; en la tierra de los iguales no puede haber ni ancianos ni niños; el nacimiento, lo mismo que la muerte, no podrían admitirse.

Esto es suficiente para probar que la nueva Jerusalén no es, en este mundo, más que el Paraíso primitivo, en donde no debía conocerse ni el bien ni el mal, ni la libertad, ni la generación, ni la muerte; es, por tanto, en la eternidad en donde empieza y concluye el ciclo de nuestro simbolismo religioso.

Dupuis y Volney han derrochado gran erudición para descubrir esa identidad relativa de todos los símbolos y han concluido en la negación de todas las religiones. Nosotros llegamos por la misma vía a una afirmación diametralmente opuesta y reconocemos, con admiración, que jamás hubo falsas religiones en el mundo civilizado; que la luz divina, ese esplendor de la razón suprema, del Logos, del Verbo, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, no ha faltado a los hijos de Zoroastro, lo mismo que las fieles ovejas de San Pedro; que la revelación permanente, única y universal, está escrita en la naturaleza visible, se explica en la razón y se completa por las sabias analogías de la fe; que no hay, en fin, más que una religión verdadera, más que un dogma y una creencia legítima, como no hay más que un Dios, una razón y un universo; que la revelación no está oscura para nadie, puesto que todo el mundo comprende poco o mucho, la verdad y la justicia, y puesto que todo lo que puede ser no debe ser más que analógicamente a lo que es.

EL SER ES EL SER i!♦i!N ,WN
i!♦i!N.

Las figuras, tan extravagantes en apariencia, que presenta el Apocalipsis de San Juan, son jeroglíficas, como todas las de las mitologías orientales, y pueden encerrarse en una serie de pantáculos. El iniciador, vestido de blanco, en pie entre los siete candelabros, teniendo en su manto siete estrellas, representa el dogma único de Hermes y las analogías-universales de la luz.

La mujer, vestida de sol y coronada por doce estrellas, es la Isis celeste, es la gnosis en que la serpiente de la vida material quiere devorar al hijo; pero toma las alas de un águila y se escapa al desierto.

El ángel colosal, cuyo rostro es un sol; la aureola, un arco iris; el vestido, una nube; las piernas, columnas de fuego, y el que tiene un pie sobre la tierra y el otro sobre el mar, es un verdadero Pantheo cabalístico.

Los pies, representan el equilibrio de Briah o del mundo de las formas; sus piernas, son las dos columnas del templo masónico Jakin y Bohas; su cuerpo, velado por nubes de entre las cuales sale una mano que sostiene un libro, es la esfera de Jezirah o de las pruebas iniciáticas; la cabeza solar, coronada del septenario luminoso, es el mundo de Aziluth o de la revelación perfecta, y no puede uno asombrarse bastante de que los cabalistas hebreos no hayan reconocido y divulgado ese simbolismo tan inseparable y estrechamente ligado a los más

elevados misterios del cristianismo, al dogma secreto, pero invariable, de todos los maestros en Israel.

La bestia de las siete cabezas, es, en el simbolismo de San Juan, la negación material y antagónica del septenario luminoso y la prostituta de Babilonia, corresponde del mismo modo a la mujer revestida de sol; los cuatro caballeros, son análogos a los cuatro animales alegóricos; los siete ángeles con sus siete trompetas, sus siete copas y sus siete espadas, caracterizan lo absoluto de la lucha del bien contra el mal, por la palabra, por la asociación religiosa y por la fuerza. Así, los siete sellos del libro oculto, son sucesivamente levantados, y la iniciación universal se verifica. Los comentaristas que han buscado otra cosa en ese libro de alta cábala, han perdido su tiempo y su trabajo hasta llegar a hacerse ridículos. Ver a Napoleón en el ángel Apollyon, a Lutero en la estrella que cae, a Voltaire y a Rousseau en los saltamontes equipados para guerrear, es fantasear bastante. Lo propio sucede con todas las violencias hechas con los nombres de personajes celebres, a fin de encerrar en determinadas cifras el fatal 666, que ya hemos explicado lo bastante; y cuando se piensa en esos hombres que se llamaron Bossuet y Newton se han entretenido en esas quimeras, se comprende como la humanidad no es tan maliciosa en su genio, cual podía suponerse por el aspecto de sus vicios.

XI

LA TRIPLE CADENA

La gran obra en Magia práctica, después de la educación de la voluntad y de la creación de la personalidad del mago, es la formación de la cadena magnética, y este secreto es verdaderamente el del sacerdocio y el de la realeza.

Formar la cadena mágica es establecer una corriente magnética que será mas y mas fuerte en razón de la extensión de la misma, es dar origen a una corriente de ideas que produzcan la fe y que arrastre a un gran numero de voluntades en un circulo determinado de manifestaciones por la acción

Una cadena bien formada, es algo así como un torbellino que todo lo absorbe y lo arrastra.

Puede establecerse la cadena de tres maneras, por los signos, por la palabra y por el contacto. Se establece por los signos, haciendo adoptar un signo para la opinión como representante de una fuerza. Así es como los cristianos se comunican y se unen por el de la cruz, los masones por el de la escuadra, bajo el sol, y los magos por el del microcosmos, que se hace con los cinco dedos extendidos, etc.

Los signos, una vez recibidos y propagados, adquieren fuerza por sí mismos. La vista y la imitación del signo de la cruz, bastaban para hacer prosélitos en los primeros siglos del cristianismo. La medalla, llamada milagrosa, ha operado aun en nuestros días un gran número de conversiones por la misma ley magnética. La visión y el iluminismo del joven israelita Alfonso de Ratisbona, ha sido el más notable de estos hechos. La imaginación es creadora, no sólo de nosotros mismos, sino fuera de nosotros, por nuestras proyecciones fluídicas, y no es necesario, sin duda, atribuir a otras causas los fenómenos del lábaro de Constantino y de la Cruz de Migné.

La cadena mágica por la palabra estaba representada, entre los antiguos, por esas cadenas de oro que salen de la boca de Hermes. Nada iguala a la electricidad de la elocuencia. La palabra crea la inteligencia más elevada, aun entre las muchedumbres más ignorantes y más abigarradas. Hasta aquellos peor preparados para comprender, comprenden por conmoción y se ven arrastrados como los demás. Pedro el Ermitaño ha quebrantado a Europa al grito de ¡Dios lo quiere! Una sola palabra del Emperador electrizaba a su ejército y hacía invencible a Francia. Proudhon mató el socialismo con su celebre paradoja: «La apropiación es un robo.» Basta, frecuentemente, una frase corta para derribar un poder. Voltaire lo sabía perfectamente y conmovió al mundo por medio de sarcasmos. Así él, que no temía ni a los papas ni a los reyes, ni a las bastillas, se asustaba ante una frase de doble sentido.

Se está muy cerca de cumplirlos deseos de un hombre cuando se repiten sus frases.

La tercera manera de establecer la cadena mágica es por el contacto. Entre personas que se ven con frecuencia, el principio de la corriente se revela pronto, y la voluntad más fuerte no tarda en absorber la de los demás. El contacto directo y positivo de mano a mano, completa la armonía de las disposiciones, siendo por este motivo una prueba de simpatías y de unanimidad. Los niños, que están guiados instintivamente por la naturaleza, forman la cadena magnética al jugar al corro. Entonces la alegría circula y la risa se esparce. Las mesas redondas son más favorables para toda clase de juegos que las de otra forma. El gran corro del Sabat que era la señal de haber terminado las reuniones misteriosas de los adeptos de la edad media, era una cadena mágica que les unía a todos en una misma voluntad y para una obra comun; la formaban colocándose espalda con espalda a agarrándose de las manos, con el rostro fuera del círculo, a imitación de las antiguas danzas sagradas de las cuales se ven todavía reflejos en los bajos relieves de algunos templos vetustos. La pieles eléctricas del

lince, e la pantera y aun del gato doméstico, iban, a imitación de las antiguas bacanales, unidas a sus vestidos. De aquí procede la tradición de que los concurrentes al aquelarre llevaran un gato colgado de su cintura y que bailaran con todo ese aparato. -

Los fenómenos de las mesas giratorias y parlantes, han sido una manifestación fortuita de la comunicación fluídica por medio de la cadena circular, luego la mixtificación se mezcló en ello y personas, aun instruidas e inteligentes, se apasionaron por esta novedad, hasta el punto de mixtificarse a sí mismas y convertirse en víctima de su propio engaño. Los oráculos de las mesas eran respuestas sugeridas más o menos voluntariamente tomadas al azar, pareciéndose a las conversaciones que tenemos entre sueños. Los demás fenómenos más extraños, podían ser productos externos de la imaginación común. No negamos, sin duda, la intervención posible de espíritus elementales en esas manifestaciones, como en las de la adivinación por las cartas o por los sueños; pero no creemos que esté probado en forma alguna, y que, nada, por consiguiente, puede obligarnos a admitirlo.

Uno de los mas extraños poderes de la imaginación humana es el de la realización de los deseos de la voluntad, o aun de sus aspiraciones y temores. Se cree fácilmente lo que se teme o lo que se desea, dice el proverbio y con razón, puesto que el deseo y el temor dan a la imaginación un poder realizador cuyos efectos son incalculables.

¿Cómo se consigue, por ejemplo, padecer la enfermedad de que se tiene miedo? Ya hemos examinado las opiniones de Paracelso a este respecto y establecido en nuestro dogma las leyes ocultas, comprobadas por la experiencia; pero, en las corrientes magnéticas y por medio de la cadena, las realizaciones son tanto más extrañas cuanto que son casi siempre inesperadas cuando la cadena no ha sido formada por un jefe inteligente, simpático y fuerte. Resultan, en efecto, combinaciones puramente fatales y fortuitas. El espanto vulgar de los convidados supersticiosos cuando se sientan trece ante la mesa y la convicción en que se hallan de que una desdicha amenaza al más joven y al más hábil de todos, es, como ía mayoría de las supersticiones, un resto de ciencia mágica. Siendo el duodenario un número completo y cíclico en las analogías universales de la naturaleza, arrastra siempre y absorbe al decimotercio, número considerado como desgraciado y superfluo. Si el círculo de una muela de molino está representada por doce, el número trece será el del grano que deberá tritular. Los antiguos habían establecido sobre semejantes consideraciones la distinción de los números felices y desgraciados, de donde se deducía la observancia de los días de bueno y de mal augurio. Es en este asunto en donde la imaginación creadora se fija, y los números y los días no dejan de ser favorables o desfavorables a aquellos que creen en su influencia. Fue, pues, con razón como el cristianismo proscribió las ciencias adivinatorias, porque disminuyendo así el número de las probabilidades fatales, dio mayores elementos y más elevado imperio a la libertad.

La imprenta es un instrumento admirable para formar la cadena mágica por la extensión de la palabra. Efectivamente, ningún libro se pierde; los escritos van siempre a donde deben ir, y las aspiraciones del pensamiento atraen la palabra. Nosotros lo hemos experimentado cien veces durante el curso de nuestra iniciación mágica; los más raros libros se ofrecían indispensables. Así es como hemos encontrado intacta esta ciencia universal que muchos eruditos han creído sepultada bajo sucesivos catecismos; así es también como hemos penetrado en la gran cadena mágica, que comienza en Hermes o en Enoc, para no terminar más que con el mundo. Entonces es cuando pudimos evocar y hacérselo presentes, los espíritus de Apolonio, de Plotino, de Sinesio, de Paracelso, de Cardan, de Cornelio Agrippa y de tantos otros más o menos conocidos, pero demasiado religiosamente célebres para que se les nombre de paso. Nosotros continuaremos su gran obra, que otros proseguirán después de nosotros. Pero ¿a quién será dable el terminarla?

XII

LA GRAN OBRA

Ser siempre rico, siempre joven y no morir nunca, tal ha sido en todos los tiempos el sueño de los alquimistas.

Cambiar el plomo en oro, el mercurio y todo los demás metales; poseer la medicina universal y el elixir de la vida; tal es el problema a resolver para cumplir ese deseo y realizar ese sueño. Como todos los misterios mágicos los secretos de la gran obra tienen una triple significación; son religiosos, filosóficos y naturales.

El oro filosofal; en religión, es la razón absoluta y suprema; en filosofía, es la verdad; en la naturaleza visible, es el Sol. En el mundo subterráneo y mineral, el oro es lo más perfecto y lo más puro.

Por esto es por lo que se llama a la busca de la gran obra, la busca de lo absoluto, y por lo que se designa esa misma obra por el nombre de obra del Sol.

Todos los maestros de la ciencia reconocen que es imposible llegar a resultados materiales, si no se han encontrado en los dos grados superiores, todas las analogías de la medicina universal y de la piedra filosofal.

Entonces —dicen— el trabajo es sencillo, fácil y poco dispendioso; de otro modo consume infructuosamente la forma y la vida de los que persiguen esa tarea.

La medicina universal, para el alma es la razón suprema y la justicia absoluta; para el espíritu es la verdad matemática y práctica; para el cuerpo es la quinta esencia, que es una combinación de luz y de oro.

La materia prima de la gran obra, en el mundo superior, es el entusiasmo y la actividad; en el mundo intermediario, es la inteligencia y la industria; en el mundo inferior es el trabajo; y en la ciencia son el azufre, el mercurio y la sal que, fijados y volatilizados a su vez, componen el ázoe de los sabios.

El azufre corresponde a la forma elemental del fuego, el mercurio al aire y al agua, y la sal a la tierra.

Todos los maestros en alquimia que han escrito sobre la gran obra, han empleados expresiones simbólicas y figuradas, y han debido hacerlo así, tanto para alejar a los profanos de un trabajo peligroso para ellos, cuanto para hacerse entender de los adeptos revelándoles el mundo entero de las analogías que rige el dogma único y soberano de Hermes.

Así, para ellos, el oro y la plata son el rey y la reina, o la luna y el sol; el azufre, es el águila voladora; el mercurio es el andrógino alado y barbudo, subido sobre un cubo y coronado de llamas; la materia o la sal, es el dragón alado; los metales en ebullición son leones de diversos colores; por último, toda la obra, tiene por símbolos al pelícano y al fénix.

El arte hermético es al mismo tiempo una religión, una filosofía y una ciencia natural. Como religión es la de los antiguos magos y de los iniciados de todos los tiempos; como filosofía pueden encontrarse los principios en la escuela de Alejandría y en las teorías de Pitágoras; como ciencia, hay que solicitar los procedimientos a Paracelso, a Nicholas Flamel y a Ramon Llull.

La ciencia no es real más que para aquellos que admiten y comprenden la filosofía y la religión, y sus procedimientos no pueden tener éxito más que entre los adeptos que hayan llegado al soberano dominio de la voluntad y convirtiéndose en rey del mundo elemental; porque el grande agente de la operación del sol, es esa fuerza descrita en el símbolo de Hermes, de la tabla de esmeralda, es el poder mágico universal, es el motor espiritual ígneo;

es el od, según los hebreos, es la luz astral, según la expresión que hemos adoptado en esta obra.

Está en ella el fuego secreto, viviente y filosofal, del que todos los filósofos herméticos no hablan sino con misteriosas reservas; es el esperma universal de la que ellos han guardado el secreto y que únicamente representan bajo la figura del caduceo de Hermes.

He aquí, pues, el gran arcano hermético y nosotros lo relevamos aquí por primera vez, claramente y sin figuras místicas; lo que los adeptos llaman materias muertas, son los cuerpos tal y como se hallan en la naturaleza; las materias vivas son sustancias asimiladas y magnetizadas por la ciencia y la voluntad del operador.

De modo que la obra, es algo más que una operación química; es una creación del verbo humano, iniciado en el poder del verbo de Dios mismo.

הדאבר :
הנתיב הלא נקר שכל תמיד
כי הוא המנהיג השמש והירה
ושאר הבובבים והצורות בל
אחד מהם בגלגלו ובוותן לכל
הנבראים ממערבתם אל
המזלות והצורות:

Este texto hebreo, que transcribimos como prueba de la autenticidad y de la realidad de nuestro descubrimiento, es del rabino judío Abraham, maestro de Nicholas Flamel, y que se halla en su comentario oculto sobre el Sepher Jezirah, el libro sagrado de la Cábala. Este comentario es muy raro; pero las potencias simpáticas de nuestra cadena; nos hicieron encontrar un ejemplar que ha sido conservado hasta 1643 en la iglesia protestante de Rouen. en él se lee en la primera página: Ex dono; después un nombre ilegible: Dei magni.

La creación del oro en la gran obra, se hace por transmutación y por multiplicación.

Ramon Llull, dice que para hacer oro se necesitan oro y mercurio, que para hacer plata son necesarios plata y mercurio, después agrega: «Entiendo por mercurio, ese espíritu tan fino y tan depurado, que dora aun a la misma simiente del oro y platea la de plata.» Nadie duda de que él no hable aquí del od o luz astral.

La sal y el azufre no sirven en la obra más que para la preparación del mercurio, y es a éste, sobretodo, a quien hay que asimilar y como incorporar el agente magnético. Paracelso, Ramon Llull y Nicholas Flamel, parecen ser los únicos que conocieron verdaderamente este misterio. Basilio Valentín y el Trevisano, lo indican de un modo imperfecto y que quizá puede ser interpretado de otra manera. Pero las cosas más curiosas que hemos encontrado a este respecto, están indicadas en las figuras místicas y las leyendas mágicas de un libro de Heinrich Khunrath, titulado: Amphitheatrum sapientiæ æternæ.

Khunrath, representa y resume las escuelas gnósticas más sabias, y se refiere en el símbolo, al misticismo de Sinesio. Afecta al cristianismo en las expresiones y en los signos; pero es fácil reconocer que su Cristo es el de Abraxas, el pentagrama luminoso, irradiante sobre la cruz astronómica, la encarnación en la humanidad del rey-sol, celebrado por el Emperador Juliano, es la manifestación luminosa y viviente de ese Ruach-Elohim que, según Moisés, cubría y trabajaba la superficie de las aguas, en el nacimiento del mundo; es el hombre sol, es el rey de la luz, es el mago supremo, dueño y vencedor de la serpiente, y el que encuentra en la cuádruple leyenda de los evangelistas la clave alegórica de la gran obra. En uno de los pantábulos de su libro mágico, representa la piedra filosofal, en pie, en medio de una fortaleza rodeada de un recinto con veinte puertas sin salida. Sólo una de ellas es la que conduce al santuario de la gran obra. Encima de la piedra hay un triángulo apoyado sobre un dragón alado, y sobre la piedra está grabado el nombre de Cristo, al que califica de imagen simbólica de toda la naturaleza. Es, por él sólo, como podréis llegar a la medicina universal para los hombres, para los animales, para los minerales y para los vegetales. El dragón alado, dominado por el triángulo, representa, pues, el Cristo de Khunrath, es decir, la inteligencia soberana de la luz y de la vida. Este es el secreto del pentagrama; este es el más elevado misterio dogmático y práctico de la magia tradicional. De aquí al grande y nunca incomunicable arcano, no hay más que un paso.

Las figuras cabalísticas del judío Abraham, que prestaron a Flamel la iniciativa de la ciencia, no son otras que las 22 claves del Tarot, imitadas y resumidas en las doce claves de Basilio Valentín. El sol y la luna reaparecen en ellas bajo las figuras del emperador y la emperatriz; Mercurio es el batelero, el gran Hierofante es el adepto, o el extractor de la quinta esencia; la muerte, el juicio, el amor, el dragón o el diablo, el ermitaño o el viejo cojuelo, y, por último, todos los demás símbolos, se hallan allí con sus principales atributos y casi en el mismo orden. No podría pensarse en otra forma, puesto que el Tarot es el libro primitivo y la clave maestra de las ciencias ocultas; debe de ser hermética como es cabalística, mágica y teosófica. Así, pues, encontramos en la reunión de su duodécima y vigésima segunda clave, superpuestas la una a la otra, la revelación jeroglífica de nuestra solución de los misterios de la gran obra.

La duodécima clave representa a un hombre colgado de un pie a una especie de horca compuesta de tres árboles o palos, que forman la letra hebráica ii; los brazos del hombre forman, asimismo, un triángulo con su cabeza y toda su forma jeroglífica, es la de un triángulo invertido sobremontado por una cruz, símbolo alquímico, conocido por todos los adeptos y que representa la realización de la gran obra. La vigésima segunda clave que lleva el número 21, porque el loco que la precede en el orden cabalístico, no lleva número, representa una joven divinidad ligeramente velada, y corriendo sobre una corona florescente, soportada en los cuatro ángulos por los cuatro animales de la Cábala. Esta divinidad tiene una varita en cada mano en el tarot italiano, y en el de Besançon reúne en una sola mano ambas varitas, y tiene colocada la otra mano sobre el muslo, símbolos igualmente notables de la acción magnética sea alternada en la polarización, sea simultánea por oposición y por transmisión.

La gran obra de Hermes es, por tanto, una operación esencialmente mágica y la más elevada de todas, por cuanto supone lo absoluto en ciencia y en voluntad. Haz luz en el oro, oro en la luz y la luz en todas las cosas. La voluntad inteligente que se asimila, la luz dirige así las operaciones de la forma sustancial y no se sirve de la química más que como de un instrumento secundario. La influencia de la voluntad y de la inteligencia humana sobre las operaciones de la naturaleza, dependientes en parte de su trabajo, es, por otro lado, un hecho tan real, que todos los alquimistas serios han logrado realizar, en razón con sus conocimientos y con su fe, y han reproducido sus pensamientos en los fenómenos de la fusión, de la

calificación y de la recomposición de los metales. Agrippa, hombre de erudición inmensa y de un hermoso genio, más puro filósofo y escéptico, no pudo sobrepasar los límites del análisis y de las síntesis de los metales. Etteilla, cabalista confuso, embrollado, fantástico pero perseverante, reproducía en alquimia las extravagancias de su Tarot, mal comprendido y desfigurado; los metales tomaban en sus crisoles formas singulares que excitaban la curiosidad de todo París, sin otro resultado, para fortuna del operador, que los honorarios que cobraba a sus visitantes. Un hombre oscuro, contemporáneo nuestro, el pobre Louis Cambriel, curaba realmente a sus vecinos y resucitó, al decir de todo el barrio, a un forjador amigo suyo. Para la obra metálica, tomaba las formas más inconcebibles y más ilógicas en apariencia. Vio un día en su crisol la figura de Dios, incandescente como el sol, transparente como el cristal y con un cuerpo compuesto de ensambladuras triangulares que Cambriel comparaba ingenuamente con montones de peritas.

Un cabalista amigo nuestro que es sabio, pero que pertenece a una iniciación que consideramos errónea, ha hecho últimamente operaciones químicas de la gran obra. Llegó a debilitarse la vista por las incandescencias del atamor y creó un nuevo metal que se parecía al oro; pero que no era oro, y por consecuencia no tenía valor alguno. Ramon Llull, Nicholas Flamel, y muy probablemente Heinrich Khunrath, han hecho oro verdadero y no se han llevado a la tumba su secreto, puesto que lo han consignado en sus símbolos y han indicado los manantiales en donde abrevaron para descubrir y realizar los efectos. Es este mismo secreto el que publicamos aquí.

XIII

LA NECROMANCIA

Hemos enunciado audazmente nuestro pensamiento o más bien nuestra convicción sobre la posibilidad del resurreccionismo en ciertos casos. Preciso es completar aquí la revelación de ese arcano y exponer su práctica.

La muerte es un fantasma de la ignorancia; la muerte no existe. Todo está vivo en la naturaleza, y por esta razón, todo se mueve y cambia incesantemente de forma. La vejez es el comienzo de la regeneración; es el trabajo de la vida que se renueva y el misterio de lo que llamamos muerte estaba figurado entre los antiguos por la fuente de la juventud, en la que se entraba decrepito y de la cual se salía niño.

El cuerpo es una vestidura del alma. Cuando esa vestidura está completamente usada o grave e irreparablemente destrozada, la abandona completamente y no vuelve a ella. Pero, cuando por un accidente cualquiera esa vestidura se le escapa sin estar usada ni destruida, puede, en ciertos casos, volver a ella, sea propio esfuerzo sea con el auxilio de otra voluntad más fuerte y más activa que la suya.

La muerte no es ni el fin de la vida ni el comienzo de la inmortalidad; es la continuación y la transformación de la vida.

Luego, implicando una transformación y un progreso, hay muy pocos muertos aparentes que consientan revivir, es decir, volver a tomar la vestidura que acaba de abandonar. Esto es lo que hace que la resurrección sea una de las obras más difíciles de la alta iniciación. Así el éxito no es nunca infalible y debe considerarse como accidental e inesperado. Para resucitar a un muerto es preciso estrechar súbita y enérgicamente la más fuerte de las cadenas de atracción que puedan unirle a la forma que acaba de abandonar. Es, por tanto, necesario

conocer antes esa cadena, luego apoderarse de ella y producir después un esfuerzo de voluntad bastante poderoso para ajustarla instantáneamente con un poder irresistible.

Todo esto —repetimos— es extremadamente difícil, pero no hay nada que sea absolutamente imposible. Los prejuicios de la ciencia materialista, no admitiendo en nuestros días la resurrección en el orden natural, se dispone a explicar todos los fenómenos de ese orden por letargias, más o menos complicadas, con los síntomas de la muerte, más o menos largas. Lázaro resucitaría hoy ante nuestros médicos y éstos consignarían sencillamente en sus informes a las academias competentes el extraño caso de una letargia, acompañada de un comienzo aparente de putrefacción y de un olor cadavérico muy pronunciado: se daría un nombre a este accidente especial y todo estaría dicho.

A nosotros no nos gusta ofender a nadie; y si, por respeto hacia los hombres condecorados que representan oficialmente la ciencia, es preciso llamar a nuestras teorías resurreccionistas, el arte de curar las letargias excepcionales y desesperadas, nada nos impedirá, así lo espero, hacerles esta concesión.

Si nunca se ha operado en este mundo una resurrección, es incontestable que la resurrección es posible. Ahora bien, los cuerpos constituidos protegen la religión y ésta afirma positivamente el hecho de las resurrecciones; luego las resurrecciones son posibles. Es difícil salir de aquí.

Decir que son posibles fuera de las leyes de la naturaleza y por una influencia contraria a la armonía universal, es afirmar que el espíritu de desorden, de tinieblas y de muerte, puede ser el árbitro soberano de la vida. No disputemos con los adoradores del diablo y pasemos.

Pero no es la religión solamente la que atestigua los hechos de resurrección; nosotros hemos recogido muchos ejemplos. Un hecho que llamó poderosamente la atención del pintor Greuze, fue reproducido por él en uno de sus cuadros más notables; un hijo indigno, cerca del lecho de muerte de su padre, sorprende y rompe un testamento que no le era favorable; el padre se reanima, se incorpora y maldice a su hijo; después vuelve a acostarse y muere por segunda vez. Un hecho análogo y más reciente nos ha sido referido por testigos oculares; un amigo traicionando la confianza de otro amigo que acaba de morir, cogió y rasgó un atestado de fideicomiso suscrito por él; ante este hecho, el muerto resucitó y permaneció vivo para defender los derechos de los herederos escogidos, a quienes su infiel amigo iba a burlar; el culpable se volvió loco y el muerto resucitado fue bastante compasivo para asignarle una pensión.

Cuando el Salvador resucitó a la hija de Jair, entró sólo con tres de sus más fieles discípulos, y alejó de allí a cuantos lloraban y hacían ruido diciéndoles:

«Esta joven no está muerta, duerme.» Luego, en presencia del padre, de la madre y de sus tres discípulos, es decir, en un círculo de perfecta confianza y de deseo, tomó la mano de la niña, la levantó bruscamente y le gritó:

«~Joven, levantaos!» La joven, cuya alma indecisa vagaba cerca de su cuerpo, la que lamentaba quizá la extremada juventud y belleza del mismo, sorprendida por el acento de esa voz, que su madre y su padre escucharon de rodillas, con un estremecimiento de esperanza entró otra vez en el cuerpo, abrió los ojos y se levantó, en tanto que el maestro ordenaba que se le diera de comer, para que las funciones de la vida se reanudaran y comenzaran un nuevo ciclo de absorción y de regeneración.

La historia de Eliseo, resucitando al hijo de la Sunamita, y de San Pablo resucitando a Eutica, son hechos del mismo orden; la resurrección de Dorcas por San Pedro, contada con tanta sencillez en los Hechos de los Apóstoles, es igualmente una historieta, de cuya veracidad no se podría razonablemente dudar. Apolonio de Tiana parece también haber realizado semejantes maravillas. Nosotros mismos hemos sido testigos de hechos que no dejan de

guardar analogía con los referidos; pero el espíritu del siglo en que tenemos la dicha de vivir, nos impone a este respecto la más absoluta reserva, pues los taumaturgos están expuestos en nuestros días a una muy mediana acogida ante el público, lo que no impide que la tierra gire y que Galileo sea un hombre.

La resurrección de un muerto es la obra maestra del magnetismo, porque es preciso, para realizarla, ejercer una especie de omnipotencia simpática. Es posible en los casos de congestión, ahogo, languidez e histerismo.

Eutica, que fue resucitada por San Pablo, después de haberse caído desde un tercer piso, no debía detener, sin duda, nada roto en el interior, siendo muy posible que hubiera sucumbido, fuera por la asfixia ocasionada por el movimiento del aire en la caída, fuera por el mismo espanto. Es preciso en semejante caso y cuando se sienten la fuerza y la fe necesarias para realizar semejante obra, practicar como el apóstol, la insuflación boca contra boca, estableciendo un contacto con las extremidades para llevar a ellas el calor. Si se hubiera realizado sencillamente lo que los ignorantes llaman un milagro, Elías y San Pablo, cuyos procedimientos en semejante caso, fueron los mismos, habrían hablado en nombre de Jehová o de Cristo.

Puede bastar, a veces, con tomar a la persona de la mano y levantarla vivamente llamándola en alta voz. Este procedimiento, de seguro éxito por lo general, en los desvanecimientos, puede también tener acción sobre la muerte, cuando el magnetizador que la ejerce está dotado de una palabra poderosamente simpática y posee lo que pudiéramos llamar la elocuencia de la voz. Es preciso, también, que sea tiernamente amado o respetado por la persona sobre quien se quiere obrar y que realice su obra con entera fe y voluntad absoluta.

Lo que se llama vulgarmente nigromancia no tiene nada de común con la resurrección y es por lo menos muy dudoso que, en las operaciones relativas a esta aplicación del poder mágico, no se pongan realmente en relación con las almas de los muertos a quienes se evoca. Hay dos géneros de nigromancia:

la de la luz y la de las tinieblas; la evocación por plegarias, pantáculos y perfumes y la evocación por la sangre, las imprecaciones y los sacrilegios. La primera es la única que hemos practicado y no aconsejaríamos a nadie que se dedique a la segunda.

Es cierto que las imágenes de los muertos se aparecen a las personas magnetizadas que los evocan; es cierto también que ellos no revelan jamás los misterios de la otra vida. Se les ve tales y como pueden estar todavía, en el recuerdo de aquellos que los han conocido, tal y como quedaron sus reflejos en la luz astral. Cuando los espectros evocados responden a las preguntas que se les dirigen, es siempre por signos o por impresión interior o imaginaria, nunca con una voz que hiera vivamente a los oídos; y esto se comprende bien:

¿Cómo hablaría una sombra? ¿Con qué instrumento haría vibrar en el aire para hacer perceptible los sonidos?

Se experimentan, sin embargo, contactos eléctricos con las apariciones, y estos contactos parecen, a veces, ser producidos por la misma mano del fantasma; pero este fenómeno es completamente interno y debe obedecer, como causa única, al poder de la imaginación y a las afluencias locales de la fuerza oculta, que nosotros llamamos luz astral. Esto prueba que los espíritus, o por lo menos los espectros, considerados como tales, no tocan algunas veces, pero que nadie podría tocarles a ellos, siendo ésta una de las circunstancias más espantosas en las apariciones, porque las visiones tienen a veces una apariencia tan real, que no puede uno menos de sentirse emocionado, cuando la mano pasa a través de lo que nos parece un cuerpo, sin poder tocar ni encontrar nada.

Se lee en las historias eclesiásticas que Espiridión, obispo de Tremithonte, que fue después invocado como Santo, evocó el espíritu de su hija Irene para saber de ella en donde se encontraba oculto un depósito de dinero que había recibido de un viajero, Swedenborg comunicaba habitualmente con los pretendidos muertos, cuyas formas se le aparecían en la luz astral. Nosotros hemos conocido muchas personas dignas de fe, que nos han asegurado haber vuelto a ver, durante años enteros, difuntos que les eran queridos. El célebre ateo Silvano Maréchal, se apareció después de su muerte a su viuda y a una amiga de esta última, para darle conocimiento de una suma de 1500 francos en oro, que él había ocultado en un cajón secreto de un mueble. Conocemos esta anécdota por una antigua amiga de la familia.

Las evocaciones deben de ser siempre motivadas y tener un fin laudable; de otro modo son operaciones de tinieblas y de locura muy peligrosas para la razón y para la salud. Evocar por pura curiosidad y para saber si se verá algo, es disponer por anticipado a fatigarse y a sufrir. Las altas ciencias no admiten ni la duda ni la puerilidad.

El motivo laudable de una evocación puede ser de amor o de inteligencia.

Las evocaciones de amor exigen menos aparatos y son de todos modos más fáciles. He aquí como hay que proceder:

Se deben, primero, recoger con cuidado todos los recuerdos de aquel o de aquella a quien se desee volver a ver, los objetos que le sirvieron y que han conservado su huella, y amueblar, sea una habitación que la persona hubiera ocupado en vida o sea un local semejante, en la cual se colocará su retrato, con un velo blanco, en medio de flores de las que gustaba la persona amada, y las cuales se renovarán todos los días.

Después hay que observar una fecha precisa, un día del año en que celebrarse su santo o cumpleaños, o bien el día más feliz para nuestro afecto y para el suyo; un día en que supongamos que su alma, por feliz que se halle a la sazón, no haya podido olvidar su recuerdo, siendo ese día prefijado el mismo que hay que escoger para la evocación, para la cual habrá que prepararse durante catorce días.

Durante ese tiempo será preciso no dar a nadie las mismas pruebas de afecto que el difunto o la difunta tenía derecho a esperar de nosotros; habrá que observar una castidad rigurosa, vivir retiradamente y no hacer más que una comida modesta y una ligera colación por día.

Todas las noches y a la misma hora será preciso encerrarse con una luz poco brillante, tal como una pequeña lámpara funeraria o un cirio, en la habitación consagrada al recuerdo de la persona querida; se colocará esa luz detrás de sí y se descubrirá el retrato, ante cuya presencia se permanecerá una hora en silencio; después se perfumará la habitación con algo de incienso de buena calidad y se saldrá de ella andando hacia atrás.

El día fijado para la evocación será preciso vestirse y adornarse desde la mañana como para una fiesta, no dirigir primero la palabra a nadie, no hacer más que una comida compuesta de pan, vino, raíces o frutas; el mantel deberá ser blanco; se colocarán en la mesa dos cubiertos y se cortará una parte del pan, que deberá haberse servido entero; se verterán también algunas gotas de vino en el vaso de la persona a quien quiera evocarse. Esta comida debe hacerse en silencio, en la cámara de las evocaciones, en presencia del retrato velado; después se llevará todo el servicio, excepto el vaso del difunto y su parte de pan, que quedaran delante del retrato.

Por la noche, a la hora de la acostumbrada visita, se dirigirá a la habitación en silencio; se encenderá un fuego claro de madera de ciprés, y se echarán en él siete veces pedazos de incienso, pronunciando el nombre de la persona a quien se quiere volver a ver; se apagará lámpara y se dejará extinguir el fuego, ese día no se quitara el velo del retrato.

Cuando la llama se hubiera extinguido, se echará nuevo incienso sobre los carbones y se invocará a Dios, según las fórmulas de la religión a que hubiera pertenecido la persona difunta y con arreglo a las mismas ideas que ella tuviera respecto a Dios.

Será preciso, al hacer esta plegaria, identificarse con la persona evocada, hablar como ella hablaría, creerse de algún modo que es ella misma; luego, es decir, después de un cuarto de hora de silencio, hablarle como si estuviera presente, con afección y con fe, rogándole que se nos deje ver; renovar este ruego mentalmente, cubriéndose el rostro con ambas manos, después, llamar tres veces y en voz alta a la persona; esperar de rodillas y con los ojos cerrados o cubiertos, durante algunos minutos, hablándole mentalmente; llamarla de nuevo otras tres veces con voz dulce y afectuosa y abrir lentamente los ojos. Si no se viera nada, será necesario renovar esta experiencia al año siguiente y hasta tres veces. Es evidente que a la tercera vez se obtendrá la aparición deseada, que será tanto más visible, cuanto mayor ha sido el tiempo que se haya hecho esperar.

Las evocaciones de ciencia y de inteligencia se hacen con ceremonias más solemnes. Si se trata de un personaje célebre, es preciso meditar durante veintiún días sobre su vida y sus escritos formarse una idea de su persona de su continente y de su voz; hablarle mentalmente e imaginarse sus respuestas; llevar encima su retrato, o por lo menos su nombre; someterse a un régimen vegetal durante los veintiún días, y a un severo ayuno durante los siete últimos; después construir el oratorio mágico tal y como lo hemos descritos en el capítulo XIII del DOGMA. El oratorio debe estar completamente cerrado; pero si se ha de operar de día, se puede dejar una estrecha abertura del lado en donde debe dar el sol a la hora de la invocación, y colocar delante de esa abertura un prisma triangular y luego, delante del prisma un globo de cristal lleno de agua. Si se ha de operar de noche, se dispondrá la lámpara mágica de modo que deje caer su único rayo de luz sobre el humo del altar. Estos preparativos tienen por objeto suministrar al agente mágico los elementos de una apariencia corporal y aliviar un tanto la tensión de nuestra imaginación, que no se exaltaría sin peligro hasta la absoluta ilusión del ensueño. Además, se comprende fácilmente que un rayo de sol o de la lámpara, diversamente, coloreado y cayendo sobre un humo, móvil e irregular, no puede en modo alguno crear una imagen perfecta. El brasero del fuego sagrado debe estar en el centro del oratorio y el altar de los perfumes a poca distancia. El operador debe volverse hacia el Oriente para orar, y hacia el Occidente para evocar; debe estar solo, o asistido de dos personas, quienes Observarán el más riguroso silencio; estará revestido de las vestiduras mágicas, tal y como las hemos descrito en el capítulo VII, y estará coronado de verbena y de oro. Habrá debido bañarse antes de la operación, y todas sus ropas interiores deberán estar completa y rigurosamente limpias.

Se comenzará por una plegaria apropiada a un genio del espíritu que quiere evocarse y que pudiera aprobarla él mismo, si viviese. Así, no se evocaría nunca a Voltaire, por ejemplo, recitando oraciones del gusto de las de Santa Brígida. Para los grandes hombres de los tiempos antiguos, se recitarán los himnos de Cleantheo o de Orfeo, con el juramento que termina los versos dorados de Pitágoras. Cuando nuestra evocación a Apolonio, habíamos adoptado como ritual la magia filosófica de Patricius, conteniendo los dogmas de Zoroastro y las obras de Hermes Trismegisto. Leímos en alta voz el Nuctamerón de Apolonio en griego y agregamos la conjuración siguiente:

“Que el Padre de todo sea nuestro consuelo y el tres veces grande Hermes Trimegistro nuestro guía”

Para la evocación de los espíritus pertenecientes a las religiones emanadas del judaísmo, es preciso decir la invocación cabalística de Salomón, sea en hebreo sea en otra lengua cualquiera que se sepa haya sido familiar al espíritu que se evoca.

¡Potencias del reino, colocaos bajo mi pie izquierdo y en mi mano derecha! Gloria y eternidad, tocad mis hombros y llevadme por las vías de la victoria!

¡Misericordia y justicia, sed el equilibrio y el esplendor de mi vida! ¡Inteligencia y sabiduría, dadme la corona; espíritus de Malkhut, conducidme entre las dos columnas sobre las cuales se apoya todo el edificio del templo; ángeles de Netzach y Hod afirmadme sobre la piedra cubica de Yesod!

¡Oh Gedulael! ¡Oh Geburael! ¡oh Tiphareth, Binahel, sed mi amor, Ruach Chokmael se tu mi luz, Sed lo que tu eres y lo que tu serás ¡Oh Ketheriel!

Ishim asistidme en el nombre de Shaddai

Cherubim, sed mi fuerza en nombre de Adonai

Beni Elohim, sed mis hermanos en nombre del hijo y por las virtudes de Tzabaoth

Elohim, combatid por mi en nombre de Tetragrammaton

Malachim, protegedme en nombre de Iod He Vau He

Seraphim, depurad mi amor en nombre de Eloah

Chasmalim, iluminadme con los esplendores de Elohi y Schechinah

Aralim, obrad, Auphanim, girad y resplandeced;

Chaioth ha Qadosh gritad, hablad, rugid mugid, Qadosh, Qadosh, Qadosh, Shadai,

Adonai, Iod Chavah, Eheieh Asher Eheieh.

Hallelu lah, Hallelu lah, Hallelu lah. Amen

Es preciso acordarse bien, sobre todo en las conjuraciones, que los nombres de Satán, de Beelzebut, de Adramelek y de los demás, no designan unidades espirituales, sino legiones de espíritus impuros. Yo me llamo legión, dice en el Evangelio el espíritu de las tinieblas, porque somos en gran número. En el infierno, reino de la anarquía, es el número el que hace la ley y el progreso se verifica en sentido inverso, es decir, que los más avanzados en desarrollo satánico, los más degradados por consiguiente, son los menos inteligentes y los más débiles. Así una ley fatal impulsa a los demonios a descender cuando creen y desean subir. También los que se dicen jefes, son los más impotentes y los más despreciados de todos. Cuando ala multitud de espíritus perversos, tiembla ante un jefe desconocido, invisible, incomprensible, caprichoso, implacable, que no explica jamás sus leyes, y que tiene siempre el brazo extendido para golpear a aquellos que no han sabido adivinarle. Ellos dan a ese fantasma los nombres de Baal, de Júpiter y aun otros más venerables y que no se pronuncian en el infierno sin profanarlos; pero ese fantasma no es más que la sombra y el recuerdo de Dios, desfigurados por su perversidad voluntaria, y grabados en su imaginación como una venganza de la justicia y un remordimiento de la verdad.

Cuando el espíritu de luz que seha evocado, se presenta con el rostro triste o irritado, es preciso ofrecerle un sacrificio moral, es decir, sentirse interiormente dispuesto a renunciar a lo que le ofenda; luego, es necesario antes de salir del oratorio, despedirle diciéndole: Que la paz sea contigo; yo no he querido turbar tu tranquilidad, no me atormentes; yo trabajare en reformarme en todo cuanto pueda ofenderte; oro y Orare contigo y para ti; ruega conmigo y para mi y retorna a tu gran sueño, esperando el día en que nos despertemos juntos. Silencio y Adios

No terminaremos este capítulo sin agregar, para los curiosos, algunos detalles sobre las ceremonias de la nigromancia negra. Se encuentra en muchos autores antiguos como la practicaban las brujas de Tesalia y las Canidias de Roma. Se cavaba una fosa en uno de los cuyos bordes se degollaba un cabrito negro; después se alejaban con la espada mágica la psyllasy las larvas que se suponían presentes y dispuestas a beberse la sangre; se invocaba la triple Hécate y los dioses infernales y se llamaba por tres veces la sombra que se quería ver aparecer.

En la edad media los nigromantes profanaban las tumbas; componían filtros y ungüentos con la grasa y la sangre de los cadáveres; a estos mezclaban acónito, belladona y hongo venenoso; después cocían y espumaban estas horribles mescolanzas con fuegos compuestos de osamentas humanas y de crucifijos robados en las iglesias; también mezclaban al. todo polvo de sapo desecado y la ceniza de hostias consagradas; después se frotaban las sienes, el pecho y las manos con el ungüento infernal, trazaban el pantáculo diabólico, evocaban a los muertos bajo las horcas o en cementerios abandonados. Se oía a lo lejos sus alaridos y los viajeros rezagados, creían ver salir de la tierra legiones de fantasmas; los mismos árboles tomaban a su vista figuras que causaban miedo; se veían refulgir ojos de fuego en las encrucijadas y las ranas de las marismas o ciénagas, parecían repetir con ronca voz las misteriosas palabras del Sabbat. Era el magnetismo de la alucinación y el contagio de la locura.

Los procedimientos de la magia negra tienen por objeto turbar la razón y producir todas las exaltaciones febriles, que dan valor para cometer toda suerte de crímenes. Los grimorios que la autoridad de épocas pasadas hacía quemar por todas partes en donde los hallaba, no eran ciertamente libros inocentes. El sacrilegio, el asesinato y el robo estaba indicados en ellos, o sobreentendidos como medio de realización en casi todas las obras. Así es como en el Gran Grimorio y en El Dragón Rojo, falsificación más moderna del primero, se lee una receta titulada:

Composición de muerte o piedra filosofal. Es una especie de caldo concentrado de ácido nítrico, cobre, arsénico y cardenillo. Se encuentran también procedimientos de nigromancia que consisten en escarbar la tierra de las tumbas con las uñas y en extraer de ellas osamentas que se deberán tener en cruz sobre el pecho, asistir también ala misa del gallo a una iglesia y en el momento de la elevación de la hostia levantarse y huir gritando: «Que los muertos salgan de sus tumbas», y luego volver al cementerio, tomar un tillado de la tierra más próxima a un ataúd, y regresar corriendo a la puerta (lela iglesia y depositar los dos huesos, puestos en cruz, gritando una vez más:

¡Que los muertos salgan de sus tumbas! y si no se encuentra la persona que pueda deteneros y llevaros a una casa de locos, alejarse a pasos lentos y contar cuatro mil quinientos pasos sin volverse, lo que hace suponer que seguiréis un gran camino o que escalaréis las murallas. Al cabo de esos cuatro mil quinientos pasos, os acostaréis en el suelo, después de haber arrojado en forma de cruz, la tierra que habréis conservado en vuestra mano, os colocaréis en la misma forma en que nos colocan en el féretro, y repetiréis nuevamente con voz lúgubre: ¡Que los muertos, etc.!, llamando tres veces a aquel a quien queráis ver aparecer. No hay que dudar que la persona bastante loca y no menos perversa que sea capaz de entregarse a semejante obras, esté ya dispuesta a todas las quimeras y a todos los fantasmas. La receta del Gran Grimorio es, pues, ciertamente muy eficaz, pero no aconsejamos a ninguno -de nuestros lectores a que hagan uso de ella.

XIV

LAS TRASMUTACIONES

Ya hemos dicho que San Agustín se preguntaba si Apuleyo pudo ser cambiado en asno, y después vuelto a su primitiva forma. El mismo doctor podía preocuparse igualmente de la aventura de los compañeros de Ulises, cambiados en cerdos por Circe. Las transmutaciones y la metamorfosis han sido siempre, en concepto del vulgo, la esencia misma de la magia. Ahora bien, el vulgo que se hace eco de la opinión, reina del mundo, no ha tenido perfecta razón, ni tampoco ha carecido de sinrazón.

La magia cambia realmente la naturaleza de las cosas, o más bien modifica a su antojo sus apariencias, según la fuerza de voluntad del operador y la fascinación de los adeptos aspirantes. La palabra crea su forma y cuando un personaje reputado como infalible, ha nombrado una cosa con un nombre cualquiera ha transformado realmente esa cosa en la sustancia significada por el nombre que le da. La obra maestra de la palabra y de la fe, en este género, es la transmutación real de una sustancia cuyas apariencias no cambian. Si Apolonio hubiera dicho a sus discípulos, dándoles una copa llena de vino: He aquí mi sangre que beberéis siempre para perpetuar mi vida en vosotros, y si sus discípulos hubieran creído, durante siglos, en esta transformación, repitiendo las mismas palabras, y tomando alvino, a pesar de su olor y de su sabor, por la sangre real, humana y viva de Apolonio, habría que reconocer a ese gran maestro de teurgia como el más hábil de los fascinadores y el más poderoso de todos los magos. No nos quedaría más que adorarle.

Sabido es que los magnetizadores dan al agua para sus sonámbulos todos los sabores que les agraden, y si se supone a un mago bastante poderoso sobre el fluido astral, para magnetizar a toda una asamblea de personas, eso sin que estén preparadas al magnetismo por una sobreexcitación suficiente, se explicará con facilidad, no el milagro evangélico de Caná, sino las obras del mismo género.

Las fascinaciones del amor que resultan de la magia universal de la naturaleza, ¿no son verdaderamente prodigiosas y no transforman de por sí a las personas y a las cosas? El amor es un sueño de encantamientos que transfigura el mundo; todo se convierte en música y perfumes, en embriaguez y en dicha. El ser amado es bello, es bueno, sublime, resplandeciente y hasta irradia la salud y el bienestar...; y cuando el sueño se disipa, se cree caer de las nubes; se mira con disgusto a la bruja inmundada que ha ocupado la plaza de la linda Melusina, a Tersites que se tomaba por Aquiles o por Nereo. ¿Qué no se haría creer a la persona por quien uno es amado? Pero, asimismo ¿qué razón y qué justicia puede hacer comprender lo que se desee a aquella que no nos ama? El amor comienza por ser mago y acaba por ser brujo. Después de haber creado las mentiras del cielo sobre la tierra, ha realizado las del infierno; su odio es tan absurdo como su entusiasmo, porque es pasional, es decir, está sometido a influencias fatales para él. Por este motivo, - los sabios le han proscrito, declarándole enemigo de la razón. ¿Merecen los sabios que se les condene o se les absuelva, por haber ellos a su vez condenado, sin comprenderle, sin duda, al más seductor de los culpables? Todo lo que puede decirse, es que cuando hablaban así, no habían amado todavía, o no serían ya capaces de amar.

Las cosas son para nosotros lo que nuestros verbo interior les hace ser.

Creerse dichoso, es ser dichoso; lo que se estima se hace precioso en proporción con la estimación misma he aquí como puede decirse que la magia cambia la naturaleza de las cosas Las metamorfosis de Ovidio son verdaderas pero alegóricas como el asno de oro del bueno de

Apuleyo La vida de los seres es una transformación progresiva en la cual puede determinarse, renovarse, conservarse más o menos tiempo, y hasta destruir todas sus formas. Si la idea de la metempsicosis fuera verdadera, no podría decirse que el vicio, representado por Circe, cambia real y materialmente a los hombres en cerdos, porque los vicios, en esta hipótesis, tendrían por castigo la regresión a las formas animales que les correspondan. Luego la metempsicosis, que ha sido con frecuencia mal comprendida, tiene un lado perfectamente verdadero; las formas animales comunican sus huellas simpáticas a] cuerpo astral del hombre, y se reflejan luego sobre sus rasgos por la fuerza de sus costumbres. El hombre de una dulzura inteligente y pasiva, toma el aspecto y la fisonomía inerte de un carnero; pero en el sonambulismo, no es ya un hombre de fisonomía acarnerada, es un carnero lo que se percibe, como lo ha mil veces experimentado el sabio y extático Swedenborg. Este misterio está manifestado en el libro cabalístico del vidente Daniel, por la leyenda de Nabucodonosor, cambiado en bestia, que se ha tenido el poco acierto de tomar por una historia real, como ha ocurrido con todas las alegorías mágicas.

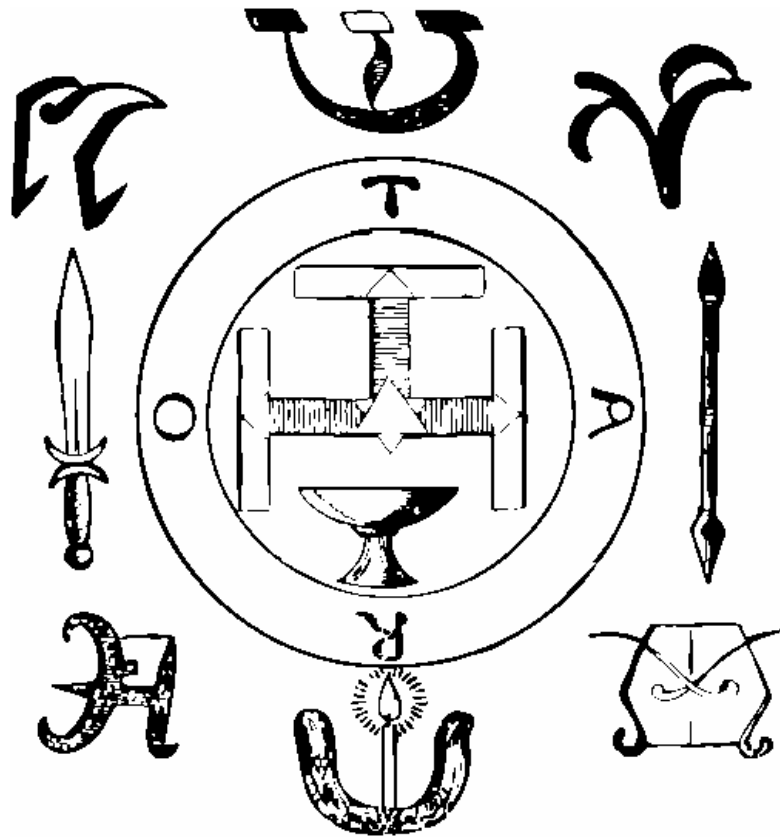
Así, pues, se puede realmente cambiar a los hombres en animales y a los animales en hombres; pueden metamorfosearse las plantas y cambiar su virtud; pueden darse a los minerales propiedades ideales; aquí no se trata más que de querer.

Se puede igualmente, a voluntad, hacerse visible o invisible, y vamos a explicar aquí los misterios del anillo de Gyges

Alejemos primero del espíritu de nuestros lectores toda suposición absurda, es decir, de un efecto sin causa, o contradictorio a su causa. Para hacerse invisible, de tres cosas una solamente es necesaria; o interponer un medio opaco cualquiera entre la luz y nuestro cuerpo, o entre nuestro cuerpo y los ojos, o fascinar los ojos de los concurrentes, de tal modo que no puedan hacer uso de su vista. Ahora bien, de esas tres maneras de hacerse invisibles, la tercera únicamente es mágica.

Hemos advertido con frecuencia que, bajo el imperio de una fuerte preocupación, miramos sin ver, y vamos a tropezar con objetos que estaban delante de nuestros ojos. «Haced que viendo, no ven», ha dicho el gran iniciador, y la historia de este gran maestro nos enseña que un día, viéndose a punto de ser lapidado en el templo, se hizo invisible y salió de él.

No repetiremos aquí las mistificaciones de los grimorios vulgares sobre el anillo de invisibilidad. Los unos lo componen con mercurio fijado y quieren que se guarde en una caja del mismo metal, después de haber engastado en él una pedruzuela que debe infaliblemente encontrarse en el nido de la abubilla. El autor del Pequeño Alberto quiere que se haga ese anillo con pelos arrancados de la frente de una hiena furiosa; es a poco más la historia del cascabel de Rodilard. Los únicos autores que han hablado seriamente del anillo de Gyges, son Jámblico, Porfirio y Pedro de Apono.



Lo que ellos dicen es evidentemente alegórico y la figura que ellos dan, o la que puede deducirse de su descripción, prueba que por el anillo de Gyges, ellos no entienden ni designan otra cosa que el gran arcano mágico. -

Una de esas figuras representa el ciclo del movimiento universal, armónico y equilibrado en el ser imperecedero; el otro, que debe ser hecho con la amalgama de siete metales, merece una descripción particular.

Debe tener un doble engarce de dos piedras preciosas; un topacio constelado con el signo del sol, y una esmeralda con el de la luna; interiormente debe llevarlos caracteres ocultos de los planetas, y exteriormente sus signos conocidos, repetidos dos veces y en oposición cabalística los unos con los otros, es decir, cinco a la derecha y cinco a la izquierda, los signos del sol y de la luna, resumiendo las cuatro inteligencias diversas de los siete planetas. Esta configuración no es otra cosa que un pantáculo, manifestando todos los misterios del dogma mágico, y el sentido simbólico del anillo, es el de que para ejercer la omnipotencia, de la que la fascinación ocular es una de las pruebas más difíciles que puedan darse, es necesario poseer toda la ciencia y saber hacer uso de ella.

La fascinación se opera por el magnetismo. El magista ordena interiormente a una asamblea que no pueda verle y la asamblea no le ve. Así penetra por puertas que tenga centinelas; sale de las prisiones por delante de sus estupefactos carceleros. Se experimenta entonces una especie de aturdimiento extraño, y se recuerda haber visto al mago como en sueños, pero solamente después que él ha pasado. El secreto de invisibilidad está, pues, todo él en un poder, que podría definirse; el de desviar o paralizar la atención, de modo que la luz llegue al órgano visual, sin excitar la mirada del alma.

Para ejercer este poder, es preciso, poseer una voluntad acostumbrada a los actos enérgicos y repentinos; una gran presencia de espíritu y una no menos grande habilidad para engendrar las distracciones en el público.

Que un hombre, por ejemplo, perseguido por asesinos, después de haberse internado en una calle transversal, o en una travesía, se vuelva de repente y acuda, con rostro calmado, al encuentro de aquellos que corren tras de él, o que se mezcle con ellos y parezca ocupado en la misma persecución, y se hará ciertamente invisible. Un sacerdote, a quien se perseguía el año 93 para colgarle de un farol dobló rápidamente por una calle, se bajó los hábitos y se inclinó en un rincón de un guardacantón, en actitud urgente. La muchedumbre que le perseguía llegó inmediatamente; pero ni uno solo le vio, o más bien, ninguno le reconoció; ¡era tan poco probable que fuese él!

La persona que quiere ser vista se hace siempre notar, y la que desea permanecer inadvertida, se borra y desaparece. La voluntad es el verdadero anillo de Gybes; es también la varita de las transmutaciones, y es, formulándola clara y netamente, como ella crea el verbo mágico. Las palabras todo poderosas de los encantamientos, son aquellas que manifiestan ese poder creador de formas. El tetragrama, que es la palabra suprema en magia, significa: «Ello es lo que será»; y si se aplica a una transformación, sea la que fuere, con plena inteligencia, renovará y modificará todas las cosas, aun a despecho de la evidencia y del sentido común. El hoc est del sacrificio cristiano, es una traducción y una aplicación del tetragrama; también, esta sencilla palabra, opera las más completa, las más invisible, la más increíble y la más clara afirmación de todas las transformaciones. Una palabra dogmática, más fuerte todavía que la de transformación, ha sido juzgada necesaria por los concilios para manifestar esta maravilla, es la de transustanciación.

Las palabras hebreas MIM N N MN 'ON han sido consideradas por todos los cabalistas como las claves de la transformación Mágica. Las palabras latinas est, sir, esto fiat, tienen la misma fuerza cuando se pronuncian con plena inteligencia. M. de Montalembert, refiere

seriamente, en su leyenda de Santa Isabel de Hungría, que un día esta piadosa dama sorprendida por su noble esposo, a quien quería ocultar sus buenas obras, en el momento en que llevaba a los pobres algunos panes en su delantal, le dijo que llevaba rosas, y realizada la comprobación, resultó que no había mentido; los panes se habían convertido en rosas. Este cuento es un apólogo mágico de los más graciosos, y significa que el verdadero sabio no puede mentir, que el verbo de sabiduría determina la forma. Porque, por ejemplo; el noble esposo de Santa Isabel, bueno y sólido, cristiano como ella, y que creía firmemente en la presencia real del Salvador en verdadero cuerpo humano sobre un altar, en donde él no veía más que una hostia de harina, ¿no iba a creer en la presencia real de rosas en el delantal de su mujer bajo las apariencias de pan? Ella le mostró sin duda el pan; pero como ella había dicho: sonrosas, y él la creía incapaz de la más leve mentira, no vio, ni quiso ver, más que rosas. He aquí el secreto del milagro.

Otra leyenda refiere que un santo, cuyo nombre no me acuerdo, no encontrando de comer más que un ave, en cuaresma, o en un viernes de ella, ordenó al ave que se convirtiera en pescado, y ésta obedeció. Esta parábola no tiene necesidad de comentario, y nos recuerda un hermoso rasgo de San Espiridión de Tremithonte, el mismo que evocara el alma de su hija Irene. Llegó un viajero a su casa el mismo Viernes Santo, y el buen obispo, que como todos sus colegas de esas remotas épocas tomaban en serio el cristianismo y eran pobres. Espiridión, que ayunaba regularmente, no tenía en su casa más que tocino salado, que se preparaba anticipadamente para el período pascual. Sin embargo, como el extranjero llegaba extenuado de fatiga y de hambre, Espiridión le presentó esa vianda, y para animarle a comer se sentó a la mesa con él y compartió esa comida caritativa, transformando así la misma carne que los israelitas miraban cómo las más impuras en ágape de penitencia, colocándose por encima del materialismo de la ley, por el espíritu de la ley misma, y mostrándose un verdadero e inteligente discípulo del hombre-Dios, que ha establecido a sus elegidos como reyes de la naturaleza en los tres mundos.

XV

EL SABBAT DE LOS HECHICEROS

Hemos aquí llegado a este terrible número quince, que, en la clavícula del Tarot, presenta por símbolo a un monstruo, de pie sobre un altar, llevando una mura y cuerno, con seno de mujer y las partes sexuales de un hombre; una quimera, una esfinge deforme; una síntesis de monstruosidades, y por debajo de esta figura leemos, en inscripción completamente franca, El Diablo.

Si nosotros abordamos aquí el fantasma de todos los espantos, el dragón de todas las teogonías, el Arimán de los persas, el Tifón de los egipcios, el Pitón de los griegos, la antigua Serpiente de los hebreos, la víbora, la tarasca, el mascarón, la gran bestia de la edad media, peor todavía que todo esto: el Baphomet de los Templarios, el ídolo barbudo de los alquimistas, el Dios obscuro de Mendés, el macho cabrío del Sabbat.

Nosotros publicamos a la cabeza de este Ritual la figura exacta de este terrible emperador de la noche, con todos sus atributos y todos sus caracteres.

Digamos ahora para edificación del vulgo, para satisfacción del señor Conde de Mirville, para justificación de Bodin, para mayor gloria de la iglesia, que persiguió a los Templarios, quemó a los Magos, excomulgó a los francmasones, etc., etc.; digamos —repito— audaz y altamente, que todos los iniciados en ciencias ocultas (hablo de los iniciados superiores y depositarios del gran arcano) han adorado, adoran todavía y adorarán siempre, a lo que está representado por este espantoso símbolo.

Si en nuestra convicción profunda, los maestros reales de la orden de los templarios, adoraban el Baphomet y le hacían adorar a sus iniciados, si han existido y pueden existir todavía, asambleas presididas por esta figura, sentada sobre un trono, con su antorcha ardiendo entre los cuernos, únicamente los adoradores de este signo no piensan como nosotros, que esa sea la representación del diablo, sino más bien la del dios Pan, el dios de nuestras escuelas de filosofía moderna, el dios de los teurgistas de la escuela de Alejandría y de los místicos neoplatonianos de nuestros días, el dios de Espinosa y de Platón, el dios de las primitivas escuelas gnósticas, el dios de Lamartine y de Victor Cousin, el mismo Cristo del sacerdocio disidente, y esta última calificación, aplicada al macho cabrío de la magia negra, no asombrará a aquellos que estudien las antigüedades religiosas y que han seguido en sus diversas transformaciones las fases del simbolismo y del dogma, sea en la India, sea en el Egipto, sea en la Judea.

El toro, el perro y el macho cabrío son los tres animales simbólicos de la magia hermética, en la cual se resumen todas las tradiciones del Egipto y de la India. El toro representa a la tierra o la sal de los filósofos; el perro es Hermanubis, el mercurio de los sabios, el fluido, el aire y el agua; el macho cabrío representa el fuego y es, al propio tiempo, el símbolo de la generación.



Macho cabrio del Sabbat (Sábado) Baphomet y Mendés

En Judea se consagraban dos machos cabríos, el uno puro el otro impuro. El puro, era sacrificado en expiación de los pecados; el otros, cargado por imprecaciones de esos mismos pecados, era enviado en libertad al desierto. ¡Cosa extraña, pero de un simbolismo profundo! ¡La reconciliación por la abnegación y la expiación por la libertad! Pues bien; todos los sacerdotes que se han ocupado del simbolismo judío, han reconocido en el macho cabrío inmolado, la figura de aquel que ha tomado —dicen ellos— la propia forma del pecado. Luego los gnósticos no estaban fuera de las tradiciones simbólicas, cuando daban al Cristo libertador la figura mística del macho cabrío.

Toda la Cábala y toda la Magia, se dividen, en efecto, entre el culto del macho cabrío sacrificado y del macho cabrío emisario. Hay, pues, la magia del santuario y la del desierto, la iglesia blanca y la iglesia negra, el sacerdocio de las asambleas públicas y el sanhedrín del sábado. -

El macho cabrío que está representado en el frontispicio de esta obra y aquí reproducimos, lleva sobre la frente el signo del pentagrama, con la punta hacia arriba, lo que basta para considerarle como símbolo de luz; hace con ambas manos el signo del ocultismo y muestra en alto la luna blanca de Chesed y en bajo la luna negra de Géburah. Este signo expresa el perfecto acuerdo de la misericordia con la justicia. Uno de sus brazos es femenino y el otro masculino, como en el andrógino de Khunrath, atributos que hemos debido reunir con los de nuestro macho cabrío, puesto que es un solo símbolo. La antorcha de la inteligencia, que resplandece entre sus cuernos, es la luz mágica del equilibrio universal; es también la figura del alma elevada por encima de la materia, aunque teniendo la materia misma, como la antorcha tiene la llama. La repugnante cabeza del animal manifiesta el horror al pecado, cuyo agente material, único responsable, es el que debe llevar por siempre la pena; porque el alma es impasible en su naturaleza, y no llega a sufrir más que cuando se materializa. El caduceo que tienen en vez de órgano generador, representa la vida eterna; el vientre, cubierto de escamas, es el agua; el círculo, que está encima, es la atmósfera; las plumas que vienen de seguida, son el emblema de lo volátil; luego la humanidad está representada por los dos senos y los brazos andróginos de esa esfinge de las ciencias ocultas.

He aquí disipadas las tinieblas del santuario infernal; he aquí la esfinge de los terrores de la edad media, adivinada y precipitada de su trono; ¿quomodo cecidisti, Lucifer? El terrible Baphomet no es ya, como todos los ídolos monstruosos, enigma de la ciencia antigua y de sus sueños, sino un jeroglífico inocente y aun piadoso. ¿Cómo podría el hombre adorar a la bestia, cuando ejerce sobre ella un soberano imperio? Digamos en honor de la humanidad, que jamás ha adorado a los perros ya los machos cabríos, más que a los corderos y a los pichones. El punto a jeroglíficos, ¿por qué no un macho cabrío lo mismo que un cordero? En las piedras sagradas de los cristianos gnósticos de la secta de Basilio, se ven representaciones del Cristo, bajo las diversas figuras de los animales de la Cábala; tan pronto es un toro, como un león; tan pronto una serpiente con cabeza de león, como otra serpiente con cabeza de toro; por todas partes lleva, al mismo tiempo, los atributos de la luz, como nuestro macho cabrío, que su signo del pentagrama prohíbe tomar por una de las fabulosas figuras de Satén.

Digamos muy alto, para combatir los restos de maniqueísmo, que todavía se advierten a diario en nuestros cristianos, que Satán,, como personalidad

- superior y como potencia, no existe. Satán, es la personificación de todos los errores, de todas las perversidades y, por consiguiente, también de todas las debilidades. Si puede definirse a Dios, diciendo «aquél que existe», ¿no puede definirse a su antagonista y enemigo como «aquel que necesariamente no existe?» - -

La afirmación absoluta del bien implica la negación absoluta de mal; así en la luz la misma sombra es luminosa. Así es, también, como los espíritus extraviados son buenos por lo que tienen de ser y de verdad. No hay sombras sin reflejos, ni noches sin luna, sin fosforescencias

y sin estrellas. Si el infierno es una justicia, es un bien. Nadie ha blasfemado jamás de Dios. Las injurias y las burlas que se dirijan a sus desfiguradas imágenes no le alcanzan.

Acabamos de nombrar el maniqueísmo, y es por esa monstruosa herejía como podemos explicarnos las aberraciones de la magia negra. El dogma de Zoroastro, mal comprendido, la ley mágica de las dos fuerzas que constituyen el equilibrio universal, han hecho imaginar a algunos espíritus ilógicos una divinidad negativa, subordinada, pero hostil a la divinidad activa. Es así como se forma el binario impuro. Se ha tenido la locura de dividir a Dios; la estrella de Salomón fue separada en dos triángulos, y los maniqueos imaginaron una trinidad de la noche. Ese Dios malo, nacido en la imaginación de los sectarios, se convirtió en el inspirador de todas las locuras y de todos los crímenes. Se le ofrecieron sangrientos sacrificios; la idolatría monstruosa reemplazó a la verdadera religión; la magia negra hizo calumniar la alta y luminosa magia de los verdaderos adeptos, y hubo en las cavernas y en lugares desiertos horribles conventículos de brujos y vampiros, porque la demencia se cambia pronto en frenesí, y de los sacrificios humanos a la antropofagia, no hay nada más que un paso.

Los misterios del sabbat han sido diversamente referidos; pero figuran siempre en los grimorios y en los procesos de magia. Pueden dividirse todas las revelaciones que se han hecho a este respecto en tres series: 1, los que se refieren a un sabbat fantástico e imaginario; 2, las que traicionan los secretos de las asambleas ocultas de los verdaderos adeptos; 3, las revelaciones de las asambleas locas y criminales, teniendo por fin las prácticas de la magia negra.

Para un gran número de desdichados y de desdichadas, entregados a estas locas y abominables prácticas, el sabbat no era más que una amplia pesadilla en la que los sueños parecían realidades, y que ellos mismos se procuraban por medio de brebajes, fricciones y fumigaciones narcóticas. Porta, a quien ya hemos señalado como un mistificador, da en su Magia natural, la pretendida receta del unguento de las brujas, por medio del cual se hacían transportar al sabbat. Se compone la de mantequilla de niño, de acónito hervido con hojas de álamo y algunas otras drogas; después quiere que todo eso se mezcle con hollín de chimenea, lo que debe hacer poco atractiva la desnudez de las brujas que acuden al aquelarre frotadas con esa pomada. He aquí otra receta más seria, ofrecida igualmente por Porta y que la transcribimos en latín para dejarle íntegro su sabor a Grimorio:

Recipe: suim, acorun vulgare, pentaphyllon vespertillionis sanguinem, solanum somniferum et oleum; todo hervido e incorporado junto hasta la consistencia de un unguento.

Pensamos que las composiciones opiáceas, la médula del cáflamo verde, la datura siramonium, el laurel, la almendra y otros opiáceos, entrarían con no menos éxito en semejantes composiciones. La mantequilla o la sangre de ciertas aves nocturnas, junto con esos narcóticos y con las ceremonias de la magia negra, pueden atacar a la imaginación y determinar la dirección de los sueños. Es en los sabbats soñados de esta manera, a los que hay que atribuir las historias de machos cabríos que salen de un cántaro y entran después de la ceremonia, de polvos infernales recogidos detrás del mismo macho cabrío, llamado maestro Leonardo, festines en donde se comen fetos abortados, hervidos sin sal, con serpientes y sapos, de danzaban las que figuran animales monstruosos, u hombres y mujeres de formas imposibles, de orgías desenfadadas, en las que los incubos reparten un esperma frío. Sólo la pesadilla puede producir semejantes cosas y sólo ella puede explicarlas. El desgraciado cura Gaufridy y su perversa penitente Magdalena de la Palaud, se volvieron locos por semejantes sueños y se comprometieron por sostenerlos hasta en la hoguera. Es preciso leer en su proceso las declaraciones de esos pobres enfermos para comprender hasta qué aberraciones puede conducir una imaginación enferma. Pero, el sabbat, no ha sido siempre un sueño y ha existido realmente; aun existen asambleas secretas y nocturnas, en donde se han practicado o

se practican los ritos del antiguo mundo; de esas asambleas, las unas tienen un carácter religioso y un fin social, no siendo las otras más que conjuraciones u orgías. Es desde este doble punto de vista, como vamos a considerar y a describir el verdadero sabbat, sea de la magia luminosa, sea de la magia de las tinieblas.

Cuando el cristianismo proscribió el ejercicio público de los antiguos cultos, los partidarios de las otras religiones se vieron reducidos a reunirse en secreto para la celebración de sus misterios. Estas reuniones eran presididas por iniciados, quienes establecieron entre los diversos matices de esos cultos perseguidos, una ortodoxia que la verdad mágica les ayudaba a establecer, con tanta mayor facilidad cuanto que la proscripción reunía las voluntades y apretaba los lazos de la confraternidad entre los hombres. Así, pues, los misterios de Isis, de Ceres, Eleusina, de Baco, se reunieron a los de la buena diosa y a los del druísmo primitivo. Las asambleas se verificaban ordinariamente entre los días de Mercurio y de Júpiter, o entre los de Venus y Saturno; se ocupaban en ellas de los ritos de la iniciación, se cambiaban signos misteriosos, se entonaban himnos simbólicos, y se unían en banquetes, formando sucesivamente la cadena mágica por la mesa y por la baile; luego se separaban, no sin antes haber renovado sus juramentos ante los jefes y de haber recibido de ellos instrucciones.

El recipiendario del sabbat debía ser llevado a la asamblea, o mejor dicho, conducido con los ojos cubiertos por el manto mágico, en el cual se le envolvía por completo; se le pasaba sobre grandes hogueras y se hacía en su derredor ruidos espantosos. Cuando se le descubría el rostro se hallaba rodeado de monstruos 'infernales, y ante la presencia de un macho cabrío colosal, a quien se le obligaba a adorar. Todas estas ceremonias eran pruebas de su fuerza de carácter y de la confianza que le inspiraban sus iniciadores. La última prueba, especialmente, era decisiva, porque se presentaba primero al espíritu del recipiendario, alguna cosa que tenía algo de humilde y ridículo; se trataba de besar respetuosamente el trasero del macho cabrío y la orden se comunicaba sin contemplación ni respecto al neófito. Si rehusaba, se le cubría la cabeza y se le transportaba lejos de la asamblea con tal velocidad, que más podía creer que había sido transportado por una nube; si aceptaba, se le hacía girar alrededor del ídolo simbólico y allí encontraba no un objeto repulsivo y obsceno, sino el joven y gracioso rostro de una sacerdotisa de Isis o de Mala, que le daba un ósculo maternal, siendo luego admitido al banquete.

Cuanto a las orgías que, en muchas asambleas de este género, seguían al banquete, preciso es no creer que hayan sido generalmente admitidas en estos ágapes secretos, pero se sabe que muchas sectas gnósticas las practicaban en sus conventículos, desde los primeros siglos del cristianismo. Que la carne haya tenido sus protestantes en siglos de ascetismo y compresión de los sentidos, no debe asombrarnos; pero no hay que acusar a la alta magia de desórdenes que jamás autorizó. Isis, es casta en su viudez; la Diana Pantea, es virgen; Hermanubis, teniendo ambos sexos no puede satisfacer ninguno; la Hermafrodita hermética, es casta. Apolonio de Tiana no se abandona jamás alas seducciones del placer; el emperador Juliano, era de una castidad severa; Plotino de Alejandría, era riguroso en sus costumbres como un asceta. Paracelso, era tan extraño a las locuras del amor, que se creyó pertenecía a un sexto dudoso; Ramon Llull no fue iniciado en los últimos secretos de las ciencias, más que cuando un amor desesperado le hizo casto para siempre.

Es también una tradición de alta magia, que los pantáculos y los talismanes pierden toda su virtud, cuando el que los lleva penetra en una casa de prostitución, o comete adulterio. El sabbat orgiaco no debe, pues, ser considerado como el de los verdaderos adeptos.

Cuando al nombre de sabbat, se ha pretendido hacerle descender del de Sabasius; algunos han imaginado otras etimologías. La más sencilla, en nuestro concepto, es la que hace proceder la palabra Sabbat, del sábado judaico; puesto que es cierto que los judíos, los depositarios más

fieles de los secretos de la Cábala, han sido casi siempre en magia los maestros más en boga en la edad media.

El sabbat era, pues, el domingo de los cabalistas, el día de su fiesta religiosa, o más bien la noche de su asamblea regular. Esta fiesta, rodeada de misterios, tenía por salvaguardia el espanto mismo de las gentes, y escapaba a la persecución por el terror.

Cuando al sabbat diabólico de los nigromantes, era una falsificación del de los magos, y una asamblea de malhechores, que explotaba a los idiotas y abs locos. Se practicaban en ella ritos horribles y se componían abominables mixturas. Los brujos y las brujas, hacían en ella su policía, informándose los unos a los otros para sostener mutuamente su reputación de profecía y de adivinación, porque los adivinos eran entonces generalmente consultados y ejercían una profesión lucrativa y poderosa.

Estas asambleas de brujas y brujos no podían tener y no tenían ritos regulares; todo dependía del capricho de los jefes y del vértigo de los asambleístas.

Lo que contaban los que habían podido asistir a ellas, servía de tipo a todas las pesadillas de los sonadores, y es una mezcla de realidades imposibles y de ensueños demoniacos, descendientes de las extravagantes historias del sabbat que figuran en los procedimientos de magia y en los libros de Spranger, Delancre, Delrio y Bodin.

Los ritos del sabbat gnóstico se transmitieron a Alemania a una asociación que tomó el nombre de Mopses; reemplazaron el macho cabrío cabalístico por el perro hermético, y cuando había recepción de candidato o de candidata (porque la orden admite damas) se le conduce a la asamblea con ojos vendados; se hace alrededor de él o de ella un ruido infernal, que ha hecho dar el nombre de sabbat a todos los inexplicables rumores; se le pregunta: si tiene miedo del diablo, y después se le propone bruscamente la elección, entre besar el trasero del gran maestro o besar el de Mopse, que es una figura de perro recubierta de seda y sustituida del gran ídolo del macho cabrío de Mendés. Los Mopses tienen por signo de reconocimiento una mueca ridícula, que recuerda las fantasmagorías del antiguo sabbat y las caretas de los asistentes.

Por lo demás, su doctrina se resume en el culto del amor y de la libertad. Esta asociación se inició cuando la iglesia romana persiguió a la masonería. Los masones afectaban no reclutarse más que en el catolicismo y habían sustituido el juramento de recepción por una solemne promesa por el honor, de no revelar los secretos de la asociación. Era más que un juramento y la religión no tenían nada que decir.

El Baphomet de los Templarios, es un nombre que debe leerse cabalísticamente, en sentido inverso, y está compuesto de tres abreviaturas: TEM OHP AB, Templi omnium hominum pacis abbas, el padre del templo, paz universal de los hombres; el Baphomet era, según unos, una cabeza monstruosa; según otros, un demonio en forma de macho cabrío. Últimamente fue desenterrado un cofre esculpido de las ruinas de un antiguo templo, y los anticuarios observaron en él una figura baphométrica, conforme en cuanto a los atributos, a nuestro macho cabrío de Mendés y ala andrógina de Khunrath. Esta figura es barbuda, con cuerpo entero de mujer; tiene en una mano el Sol y en otra la Luna, atados a unas cadenas. Es una hermosa alegoría que esa cabeza viril atribuya solo al pensamiento el principio iniciador y creador.

La cabeza aquí, representa el espíritu, y el cuerpo de mujer, la materia. Los astros encadenados a la forma humana y dirigidos por esa naturaleza, en la que la inteligencia es la cabeza, ofrecen también una hermosa alegoría. El signo en su conjunto, no ha dejado de ser considerado obsceno y diabólico por los sabios que los examinaron. Nadie se asombre después de esto, ver acreditarse en nuestros días todas las supersticiones de la edad media. Una sola cosa me sorprende, y es que, creyendo en el diablo y en sus acólitos, no se enciendan

las hogueras. M. Venillot lo quería, y es preciso honrar a los hombres que tienen el valor de sus opiniones.

Prosigamos nuestras curiosas investigaciones y lleguemos a los más horribles misterios del grimorio, a los que se refieren a la evocación de los diablos y a los pactos con el infierno.

Después de haber atribuido una existencia real a la negación absoluta del bien; después de haber entronizado el absurdo y creado un dios de la mentira, restaba a la locura humana invocar a ese ídolo imposible y esto es lo que hicieron los insensatos. Se nos escribió últimamente que el respetable P. Ventura, antiguo superior de los theatinos, examinador del obispos, etc., etc., después de haber leído nuestro Dogma, había declarado que la Cábala, en su concepto, era una invención del diablo y que la estrella de Salomón era otra astucia del mismo diablo, para persuadir al mundo de que él, el diablo, no era más que uno con Dios. ¡Y he aquí lo que enseñan seriamente los que son maestros en Israel! ¡El ideal de la nada y de las tinieblas inventando una sublime filosofía, que es la base universal de la fe y la bóveda maestra de todos los templos! ¡El demonio poniendo su firma al lado de la de Dios! Mis venerables maestros en teología, vosotros sois más brujos que lo que se piensa y en cuanto vosotros mismos pensáis; y aquel que ha dicho: El diablo es embustero así como su padre, había podido, quizá, volvernos a decir algunas cosas sobre las decisiones de vuestras paternidades.

Los evocadores del diablo deben, ante todo, ser de la religión del P. Ventura y comprenderla como él. Para dirigirse a una potencia, es preciso creer. Dado un firme creyente en la religión del diablo, he aquí cómo deberá proceder para corresponder con su pseudo-dios:

AXIOMA MÁGICO

En el círculo de su acción, todo verbo crea lo que afirma.

CONSECUENCIA DIRECTA

Aquel que afirma el diablo, crea o hace al diablo.

Lo que hay que hacer para lograr éxito en las evocaciones infernales:

- 1 Una pertinacia invencible.
- 2 Una conciencia a la vez endurecida en el crimen y muy inaccesible a los remordimientos y al miedo.
- 3 Una ignorancia afectada o natural.
- 4 Una fe ciega en todo lo que no es creíble.
- 5 Una idea completamente falsa de Dios.

Hace falta seguidamente:

Primeramente, profanar las ceremonias del culto en que se crea, y pisotear los signos más sagrados.

En segundo término, hacer un sacrificio sangriento.

En tercer lugar, procurarse la horquilla mágica. Esta es una rama de un solo brote de avellano o de almendro, que es necesario cortar de un solo tajo con el cuchillo nuevo que debe de haber servido para el sacrificio; la varita debe terminaren forma de horquilla; será necesario

herrar esta horquilla de madera con una horca de hierro o de acero, hecha con la misma hoja de cuchillo con que se haya cortado.

Sería preciso ayunar durante quince días, no haciendo más que una sola comida en el día, sin sal, después de la puesta del sol; esta comida consistirá en pan negro y sangre sazónada con especias, sin sal o de habas negras y hierbas lechosas y narcóticas.

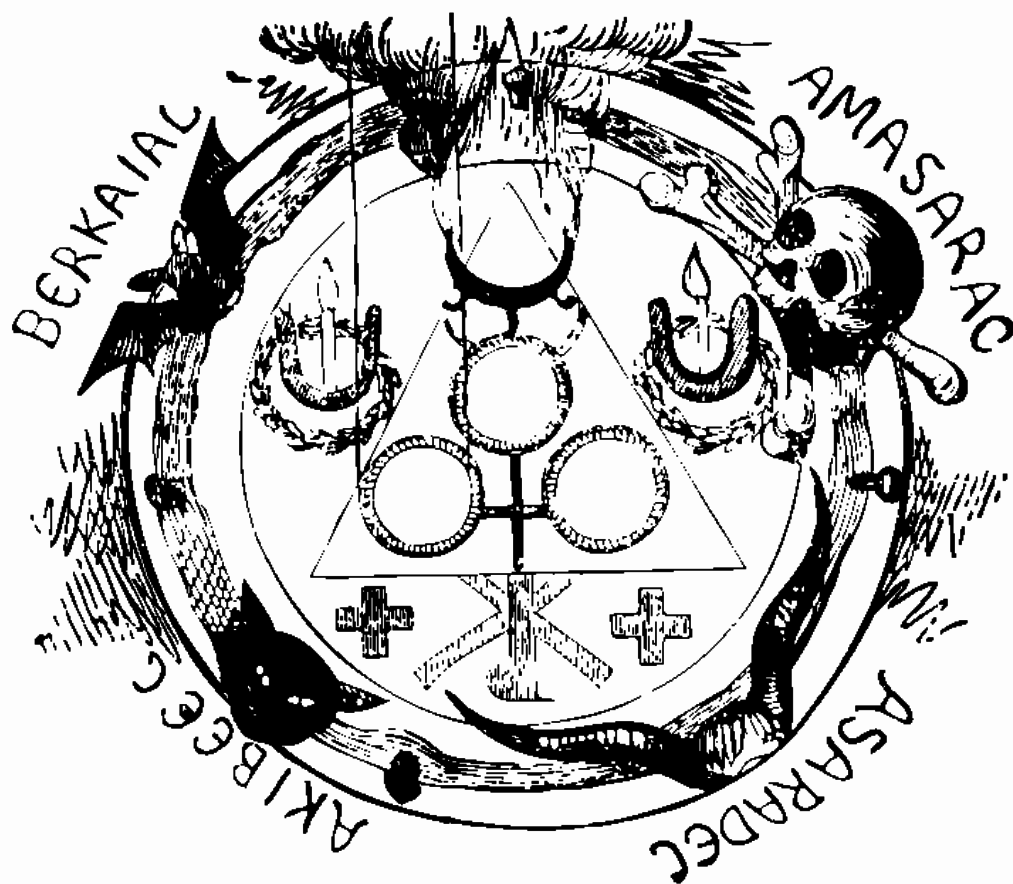
Cada cinco días, embriagarse, después de la puesta del sol, con vino en el cual se habrá puesto en infusión durante cinco horas, cinco cabezas de adormideras negras y cinco onzas, o sea 144 gramos de cañamones triturados, todo esto contenido en un lienzo que haya sido hilado por una mujer prostituida (en rigor, el primer lienzo que se tenga a mano podrá servir). La evocación puede hacerse, sea en la noche del lunes al martes, sea en la del viernes al sábado.

Es necesario escoger un sitio solitario y abandonado, tal y como un cementerio frecuentado por los malos espíritus, una casa ruinoso en medio del campo, la cripta de un convento abandonado, el lugar en donde se ha cometido un asesinato, un altar druídico o un antiguo templo de ídolos.

Es preciso proveerse de un sayo negro, sin costuras y sin mangas, de un capacete de plomo, constelado con los signos de la Luna, de Venus y de Saturno, de dos velas de sebo humano, colocadas en candeleros de madera negra, tallados en forma de media luna, de dos coronas de Verbena, de una espada mágica de mango negro, de la horquilla negra, de un vaso de cobre que contenga la sangre de la víctima, de un pebetero para los perfumes, que serán:

incienso, alcanfor, áloes, ámbar gris y estoraque, todo esto triturado y hecho pastillas, que se amasarán con sangre de macho cabrío, de topo y de murciélago; también será necesario tener cuatro clavos arrancados del ataúd de un suplicado, la cabeza de un gato negro, alimentado con carne humana durante cinco días, un murciélago ahogado en sangre, los cuernos de un macho cabrío cum quo puella concubuerit, y el cráneo de un parricida. Todos estos objetos horribles y muy difíciles de conseguir, he aquí cómo se disponen:

Se traza un círculo perfecto con la espada, reservándose, sin embargo, una ruptura para salir, o un camino de salida; en el círculo se inscribe un triángulo, se colora con la sangre el pantáculo trazado con la espada; después, en uno de los ángulos se coloca el trípode, que también debemos contar entre los objetos indispensables; en la base opuesta del triángulo se hacen tres pequeño círculos, para el operador y sus dos ayudantes, y detrás del círculo del operador, se traza, no con la sangre de la víctima, sino con la misma sangre del operador, la propia insignia del lábaro, o el monograma de Constantino. El operador, o sus acólitos deben tenerlos pies desnudos y la cabeza cubierta.



Circulo goético de las evocaciones negras y los pactos

Se habrá llevado también la piel de la víctima inmolada; esta piel, cortada en tiras, se colocará en el círculo, se formará con ella otro círculo interno, que se fijará en los cuatro rincones con los cuatro clavos del supliciado; cerca de los cuatro clavos, y fuera del círculo, se colocará la cabeza del gato, el cráneo humano, o más bien, inhumano, los cuernos del macho cabrío y el murciélago; se les aspergerá con una rama de abedul empapada en la sangre de la víctima; después se encenderá un fuego de madera de chopo y de ciprés; las dos velas mágicas se colocarán a derecha e izquierda del operador, en las coronas de verbena.

Pronunciarse entonces las fórmulas de evocación que se encuentran en los elementos mágicos de Pedro de Apono o en los grimorios, sean manuscritos sean impresos.

El del Gran grimorio, repetido en el vulgar Dragón Rojo, ha sido voluntariamente alterado al imprimirlo. He aquí tal y como hay que leerla:

«Por Adonal Eloim, Adonal, Jehová, Adonal Sabaoh, Matraton, On Agla, Adonal, Mathon, verbum pythonicum, mysterium salamandæ, conventus sylphorum, anisa gnomorum, dæmonia Coeli, Gad, Almousin, Gibor, Jehosua, Evam, Zariatnatmik, veni, veni, veni.»

La gran llamada de Agrippa, consiste solamente en estas palabras: Dies Mies Jeschet Boenedoesef Douvema Enitemaus. Nosotros no nos vanagloriamos de comprender el sentido de estas palabras, que quizá no lo tengan, por lo menos no deben tener ninguno que sea razonable, puesto que ellas tienen el poder de evocar al diablo, que es la soberana sinrazón.

Pico de la Mirándola, sin duda por el mismo motivo, afirma que en magia negra las palabras más bárbaras y las más absolutamente ininteligibles, son las más eficaces y las mejores.

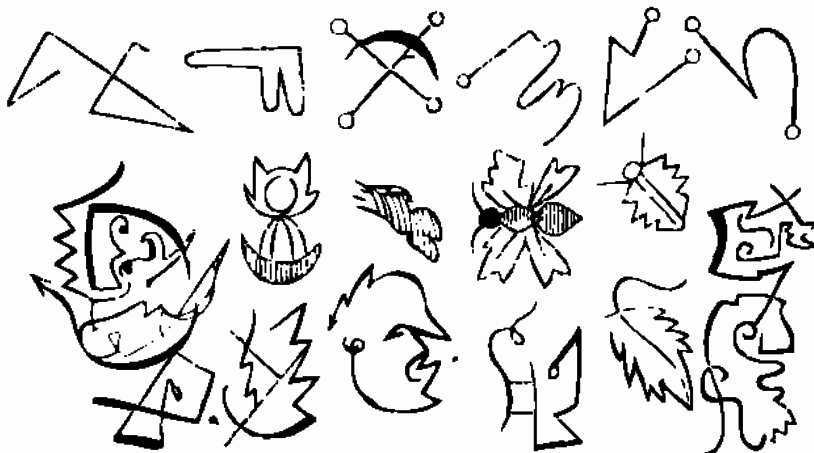
Las conjuraciones se repiten elevando la voz y con imprecaciones, amenazas, hasta que el espíritu responde. Acude, ordinariamente precedido de un viento fuerte, que parece estremecer todo el campo. Los animales domésticos tiemblan entonces y se esconden; los asistentes sienten un soplo en su rostro y los cabellos, humedecidos por un sudor frío, se erizan.

La grande y suprema llamada, según Pedro de Apono, es esta:

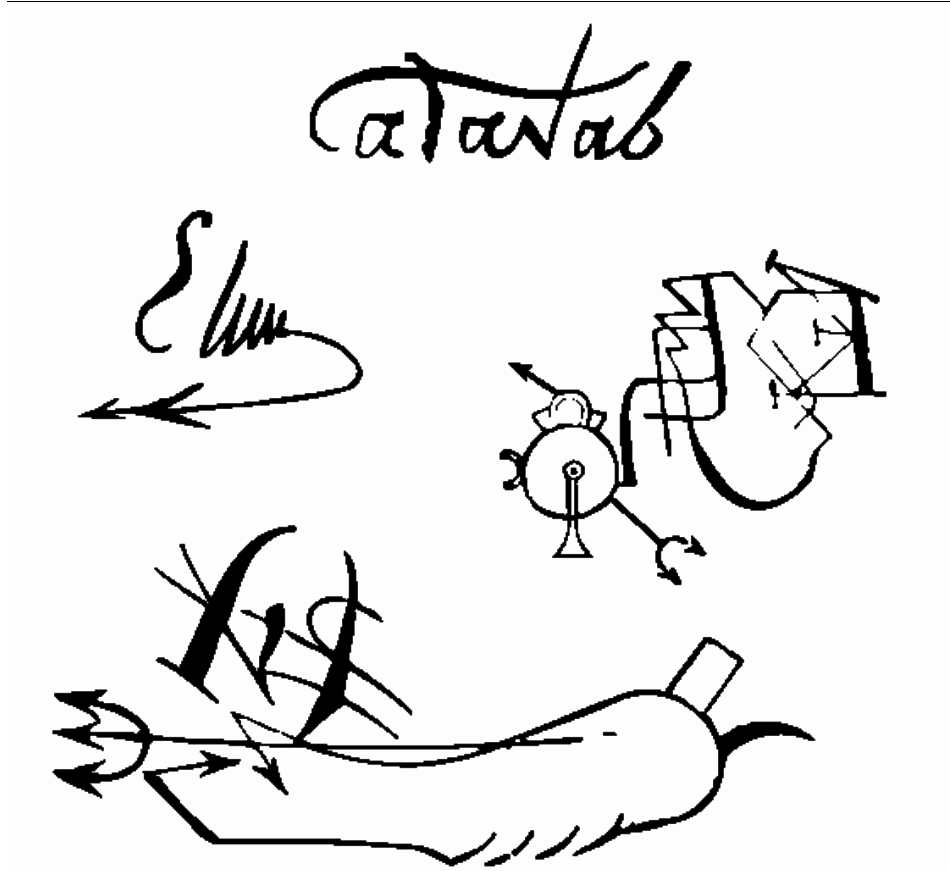
«~Hemen Eran! ¡Hemen Eran! ¡Hemen Etan! EL * ATI * TITEIP~ * AZIA * HYN * TEU * MINOSEL * vay * ACHADON * vay * vaa * EYE * Aaa* Eie * Exe A EL EL EL A ¡HG! ¡HAu! ¡HAu! ¡HAu! ¡HAu! ¡VA! ¡VA! ¡VA! ¡VA! ¡CHA VAJOTH!

»~Aie Saraye, aie Saraye, aie Sarayel Per Eloym Archima, Rabur, Bathas Super ABRAC ruens superveniens ABEOR SUPER ABEOR ¡Chavajoth! ¡Chovajoth! impero tibi per clavem SALOMONIS et nomen magnum SEMPHAMPHORAS.»

He aquí ahora los signos y firmas ordinarias de los demonios:



Estas son las firmas de los demonios simples; he aquí las signaturas oficiales de los príncipes del infierno:



Firmas comprobadas jurídicamente (¡jurídicamente! ¡ Oh, señor conde de Mirville!) y conservadas en los archivos judiciares, como piezas de convicción en el proceso del desgraciado Urbano Grandier.

Estas signaturas, o firmas, están puestas en la parte baja de un pacto del cual Collin de Plancy dio el facsímile en el atlas de su Diccionario Infernal, y que lleva este apostillado: «La minuta está en el infierno, en el gabinete de Lucifer», dato bastante precioso acerca de un sitio mal conocido y de una época nada remota con relación a la nuestra, pero anterior, sin embargo, al proceso de los jóvenes Labarre y d'Etalonde, quienes, como todo el mundo lo sabe, fueron contemporáneos de Voltaire.

La evocaciones iban con frecuencia seguidas de pactos que se escribían en pergamino de piel de macho cabrío, con una pluma de hierro, empapada en sangre, que debía extraerse del brazo izquierdo. El pacto se hacía por duplicado, llevándose una copia el maligno y quedando la otra en poder del réprobo voluntario. Los compromisos recíprocos eran: para el demonio, servir al brujo durante un cierto número de años, y para el brujo, pertenecer al demonio después del tiempo determinado.

La iglesia, en sus exorcismo, ha consagrado la creencia en todas estas cosas, y puede decirse, que la magia negra y su príncipe tenebroso, son una creacción real, viviente, terrible, del catolicismo romano; son, asimismo, su obra especial y características, porque los sacerdotes

no inventan tampoco a Dios. También los verdaderos católicos tienden a la conservación, y hasta a la regeneración de la gran obra, que es la piedra filosofal del culto oficial y positivo. Se dice que en el lenguaje carcelario, los malhechores llaman al diablo el panadero. Todo nuestro deseo, y conste que aquí no hablamos como mago, sino como niño entregado al cristianismo y a la iglesia, a la cual debemos nuestra primera educación y nuestros primeros entusiasmos; todos nuestros deseos —repetimos— consisten en que el fantasma de Satán, no pueda también ser llamado el panadero de los ministros de la moral y de los representantes de la más elevada virtud. ¿Se comprenderá nuestro pensamiento y se nos perdonará la audacia de nuestras aspiraciones a favor de nuestra abnegación y de la sinceridad de nuestra fe?

La magia creadora del demonio, esa magia que ha dictado el grimorio del papa Honorio, el Enchiridion del Papa Leon III, los exorcismos del Ritual, las sentencias de los inquisidores, las requisitorias de Laubardemont, los artículos de los hermanos Veuillot, los libros de los Sres. Falloux, de Montalembert, de Mirville, la magia de los brujos y de los hombres piadosos, que no son tales, es algo verdaderamente condenable en los unos y de infinitamente lamentable en los otros. Es, del espíritu humano, la idea fundamental a que obedece la publicación de nuestro libro. ¿Puede servir al éxito de esta obra santa? -

Pero todavía no hemos mostrado esas obras impías en toda su deleznable torpeza y en toda su monstruosa locura; es preciso remover el sangriento fango de las supersticiones pasadas, es necesario compulsar los anales de la demonomancia, para percibir ciertos sucesos sucedidos que la imaginación no inventaría por sí sola. El cabalista Bodin, israelita por convicción y católico por necesidad, no ha tenido otra intención en su demonomancia de la brujería, que atacar al catolicismo en sus obras y de cogerle los dedos —por decirlo así— en el más grande de todos los abusos de su doctrina. La obra de Bodin, es profundamente maquiavélica y hiere en pleno corazón a las instrucciones y a los hombres, a quienes parece defender. Difícilmente se imaginaría, sin haberle leído, todo cuanto ha recogido y amontonado, en cuanto se refiere a vergonzosas y repugnantes historias, actos de superstición que asquean, decretos y ejecuciones de una ferocidad estúpida ¡Quemadlo todo!, parecían decir los inquisidores; Dios reconocerá perfectamente a los suyos...! Pobres locos, mujeres histéricas, idiotas, todo, todo era quemado, sin misericordia, por el delito de magia; pero, también, ¡cuántos grandes culpables escapaban a tan injusta y sanguinaria justicia! Esto es lo que Bodin nos hace saber cuando nos refiere anécdotas del género de la que atribuye a la muerte del rey Carlos IX. Es una abominación poco conocida y que no ha tentado todavía, al menos que lo sepamos, aun en las épocas de las más febriles y desoladoras literaturas, el verbo de ningún novelista.

Atacado de un mal que ningún médico podía descubrir la causa, ni explicarse a los espantosos efectos y síntomas, el rey Carlos IX iba a morir. La reina madre, que le dominaba por completo y que podía perder toda su influencia bajo otro reinado; la reina madre, a quien se suponía causante de esa misma enfermedad, aun en contra de sus propios intereses, porque esa mujer era capaz de todo, de ocultas astucias y de intereses desconocidos, consultó primero a sus astrólogos respecto al Rey, recurriendo luego a las más detestables de las magias. El estado del enfermo empeoraba de día en día, hasta el punto de hacerse desesperado. En vista de esta situación quiso consultar el oráculo de la cabeza sangrienta, y he aquí cómo se procedió a esta infernal operación:

Se buscó un niño, hermoso de rostro e inocente de costumbre; se le hizo preparar en secreto para su primera comunión por un limosnero de palacio; cuando llegó el día, mejor dicho, la noche del sacrificio, un fraile jacobino, apóstata y entregado al ejercicio oculto de la magia negra, al comenzar la media noche, en la propia alcoba del enfermo y en presencia únicamente de Catalina de Médicis y de sus fieles, se procedió a decir lo que entonces se llamaba la misa del diablo.

Esta misa, celebrada ante la imagen del demonio, teniendo bajo sus pies una cruz invertida, el hechicero consagró dos hostias, una negra y otra blanca. La blanca fue servida al niño, a quien se le condujo vestido como para un bautismo y a quien se degolló sobre las mismas gradas del altar, inmediatamente que hubo comulgado. Su cabeza, separada del cuerpo de un solo tajo, fue colocada, completamente palpitante, sobre la gran hostia negra, que cubría el fondo de la patena, y después llevada encima de una mesa, en la que ardían dos misteriosas lámparas. Entonces comenzó el exorcismo y el demonio hubo de ser colocado en situación de pronunciar un oráculo y de responder por la cabeza y la boca de esa cabeza, a una pregunta secreta que el rey no osaba hacer en voz alta y que ni siquiera había confiando a nadie. Entonces una voz débil, una voz extraña que no tenía nada de humana, salió de la pobre y sangrienta cabecita del pequeño mártir. «Soy a ello forzado», decía esa voz en latín: Vim parior. A esta respuesta, que anunciaba sin duda el enfermo que el infierno no le protegía ya, un temblor horrible se apoderó de él y sus brazos se retorcieron... Luego gritó con voz ronca: «¡Alejad esa cabeza, alejad esa cabeza! », y hasta que exhaló su último suspiro no se le oyó decir otra cosa. Aquellos de sus servidores, que no habían sido confidentes del afrentoso secreto, creyeron que el rey se hallaba perseguido por el fantasma de Coligny, y que creía ver constantemente la cabeza del ilustre almirante; pero lo que agitaba al moribundo, no era ya un remordimiento, sino un espanto sin esperanza y un infierno anticipado.

Esta negra leyenda mágica de Bodin recuerda las abominables prácticas y el suplicio bien merecido, de Gilles de Laval, Señor de Raíz, que pasó del escepticismo a la magia negra, y se entregó para captarse la protección de Satán, a los más asquerosos y criminales sacrificios. Este loco declaró en su proceso que Satán se le había aparecido con frecuencia, pero que le había engaitado siempre, prometiéndole tesoros, que no le entregó nunca.

De las informaciones jurídicas resultó que muchos centenares de infortunados niños habían sido víctimas de las concupiscencias y de la locuras de este asesino

XVI

LOS EMBRUJAMIENTOS

Y LOS SORTILEGIOS

Lo que los brujos, hechiceros y nigromantes buscaban, especialmente en sus evocaciones al espíritu impuro, era ese poder magnético que es el patrimonio del verdadero adepto y que ellos querían usurpar a todo trance, para abusar de él indignamente.

La locura de los hechiceros era una locura malvada, y uno de sus fines, sobre todos, era el del poder de los hechizos o de las influencias deletéreas.

Ya dijimos en nuestro Dogma lo que pensamos acerca de los hechizos y cuán poderoso y real nos parece esa potencia. El verdadero magista hechiza sin ceremonia y por su sola reprobación, a aquellos a quienes quiere desaprobado, o a quienes cree necesario castigar; lo mismo hechiza con su perdón a aquellos que le causan mal, y nunca los enemigos de los iniciados llevarán lejos la impunidad de sus injusticias. Hemos comprobado personalmente numerosos ejemplos de esta ley fatal. Los verdugos de los mártires perecen siempre en forma desgraciada, y los adeptos son los mártires de la inteligencia; pero la Providencia parece despreciar a aquellos que la desprecian y hacen morir a aquellos que tratan de impedirles que vivan. La leyenda del Judío Errante, es la poesía popular de este arcano. Un pueblo ha enviado a un sabio al suplicio y le ha dicho: ¡Marcha!, cuando quería reposar un instante. Pues bien; ese pueblo va a sufrir una condenación semejante; va a ser proscrito por completo y por todos los siglos de los siglos se le dirá:

«¡Marcha, marcha!», sin que pueda encontrar ni piedad, ni reposo.

Un mago tenía una mujer a quien amaba únicamente y santamente. En la exaltación de su ternura, honraba a esa mujer con una confianza ciega, y descansaba por completo en ella. Enamorada, por decirlo así, de su hermosura y de su inteligencia, esa mujer comenzó a envidiar la superioridad de su marido y le tomó odio. Algún tiempo después lo abandonaba, comprometiéndose con un hombre viejo, feo, nada espiritual y excesivamente inmoral, en cambio. Este era su primer castigo; pero, en él no debía limitarse la pena. El mago pronunció contra ella esta única sentencia: «Yo vuelvo a tomaros vuestra inteligencia y vuestra belleza.» Un año después aquellos que la encontraban no la reconocían ya; reflejaba en su semblante la fealdad de sus nuevas facciones. Tres años después era fea, en toda la extensión de la palabra; siete años después había muerto. Este hecho ha ocurrido en nuestro tiempo, y nosotros hemos conocido a las dos personas

Los magos condenan a semejanza a los médicos hábiles, y por esto es por lo que no se apela de sus sentencias, cuando ellos han pronunciado un decreto contra un culpable. No necesitan ceremonias ni invocaciones, únicamente deben abstenerse de comer en la misma mesa del condenado, y si se vieran obligados a hacerlo no deben ofrecerle ni aceptar de él la sal.

Los hechizos de la brujería son de otra índole y pueden compararse a verdaderos envenenamientos de una corriente de luz astral. Exaltan su voluntad por medio de ceremonias, hasta el punto de envenenar esa corriente a distancia, pero, como ya lo hicimos observar en nuestro dogma, se exponen a ellos mismos a ser muertos los primeros por sus propias e infernales armas; denunciemos aquí algunos de sus culpables procedimientos. Procúranse cabellos o ropas de la persona a quien quiere maldecir después escogen un animal que sea a sus ojos el símbolo de esa persona, colocan en medio de los cabellos o de las ropas

al citado animal en relación magnética con ellas; le dan su nombre y luego le matan de un solo golpe; con el cuchillo mágico le abren el pecho, le arrancan el corazón y lo envuelve todavía palpitante en los objetos magnetizados y durante tres días y a todas horas, hunden en ese corazón clavos, alfileres enrojecidos al fuego o largas espinas, pronunciando maldiciones contra la persona a quien se está hechizando. Entonces es cuando están persuadidos (y con frecuencia es con razón) de que la víctima de sus infames maniobras experimenta tantas torturas como si efectivamente tuviera todas esas puntas hundidas en el corazón. Desgraciadamente la persona hechizada comienza a perecer, y al cabo de algún tiempo muere de un mal desconocido.

Otro hechizo, usado entre las gentes del campo, Consiste en consagrar clavos por medio de obras de odio, con fumigaciones fétidas de saturno e invocaciones a los malos genios; después, en seguir las huellas de la persona a quien se quiere atormentar, clavando en forma de cruz todas las huellas de los pasos que pueda haber dejado en la tierra o en la arena.

Otro, aún más abominable, se practica así: se toma un sapo grande y se le administra el bautismo, dándole el nombre y el apellido de la persona a quien quiere maldecir, se le hace tragár en seguida una hostia consagrada, ante la cual se habrán pronunciado fórmulas de excreción, envolviéndola después entre los objetos magnetizados, que se liarán con cabellos de la víctima, sobre los cuales habrá escupido previamente el operador, y se entierra el todo bajo el umbral de la puerta maleficiada, o en un sitio por donde la citada víctima tenga que pasar todos los días.

Vienen, seguidamente, los hechizos por medio de imágenes de cera. Los nigromantes de la edad media, celosos por agrandar, valiéndose de sacrilegios, a aquel que los consideraba como maestros, mezclaban con la cera aceite bautismal y cenizas de hostias quemadas. Siempre se encontraban sacerdotes apóstatas, dispuestos a entregarlos tesoros de la iglesia. Con la cera maldita se formaba una imagen, tan parecida como fuese posible, de la persona a quien se quería hechizar; se vestía esa imagen, con ropas semejantes a las suyas, se le daban los mismos sacramentos que aquella había recibido, y después se pronunciaban sobre la cabeza de la imagen todas las maldiciones susceptibles de salir por la boca del hechicero, y se infligía diariamente para alcanzar y atormentar, por simpatía, a aquél o a aquella que la figura representaba.

El hechizo es más infalible cuando el hechicero puede procurarse cabellos, sangre, y, sobretodo, un diente de la persona a quien se quiere hechizar. Esto es lo que ha dado lugar a ese proverbio que dice: Vos tenéis un diente contra mí.

Se hechiza también por la mirada, y esto es a lo que en Italia se llama jefatura, o hacer mal de ojo. En la época de nuestras discordias civiles, un hombre, que poseía una tienda, tuvo la desgracia de denunciar a uno de sus vecinos. Este, después de haber estado detenido algún tiempo, fue puesto en libertad, pero tuvo la desdicha de perder su posición social. Por toda venganza, pasaba dos veces al día por delante de la tienda de su denunciador, y mirándole fijamente, le saludaba y pasaba. Al cabo de algún tiempo el comerciante no podía soportar el suplicio que le causaba la mirada del denunciado, por lo cual vendió su establecimiento con pérdida considerable, y cambio de barrio sin decir su nuevo domicilio; en una palabra, estaba arruinado.

Una amenaza es un hechizo real, por cuanto obra vivamente sobre la imaginación, sobre todo si esa imaginación acepta fácilmente la creencia de que se trata de un poder oculto e ilimitado. La terrible amenaza del infierno, ese hechizo a la humanidad durante muchos siglos, ha creado más pesadillas, más enfermedades, sin nombre, más locuras furiosas, que todos los vicios y todos los excesos reunidos. Esto es lo que figuran los artistas herméticos de

la edad media, por medio de los monstruos increíbles y desconocidos, que incrustaban en los pórticos de las basílicas que construían.

Pero el hechizo por la amenaza produce un efecto absolutamente contrario a las intenciones del operador, cuando la amenaza es evidentemente yana, cuando provoca la fiereza legítima del que se ve amenazado y engendra a éste, por consiguiente, la resistencia; y, por último, cuando es ridícula a fuerza de ser atroz.

Son los sectarios del infierno los que han desacreditado el cielo, Decidle a un hombre razonable que el equilibrio es la ley del movimiento de la vida, y que el equilibrio moral, la libertad, reposa sobre una distinción eterna e inmutable entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal; decidle que, dotado de una voluntad libre, debe hacerse lugar por sus obras en el imperio de la verdad y del bien, o caer eternamente, como la roca de Sísifo, en el caos de la mentira y del mal; comprenderá ese dogma y si llamais a la verdad y al bien, cielo, ya la mentira y al mal infierno, creará en vuestro cielo y en vuestro infierno, por encima de los cuales el ideal divino permanece en calma, perfecto e inaccesible a la cólera como a la ofensa; porque comprenderá que, si el infierno en principio, es eterno como la libertad, no podría ser en el hecho más que un tormento pasajero para sus almas, puesto que es una expiación, y que la idea de expiación supone, necesariamente, la de la reparación y destrucción del mal.

Dicho esto, no son intenciones dogmáticas, que no podrían ser de nuestro resorte, sino para indicar el remedio moral y razonable del hechizo de nuestras conciencias por el terror a la otra vida, hablemos de los medios de sustraerse a las influencias funestas de la cólera humana.

El primero de todos, es ser razonables y justos y en no dar pábulo ni razón a la cólera. Una cólera legítima es muy de tener. Apresuraos entonces a reconocer la razón que produce y a enmendaros. Si la cólera persiste después de vuestra enmienda, será porque proceda de un vicio que no habéis corregido; tratad de saber cuál es ese vicio, y mirar fuertemente alas cometas magnéticas de la virtud contraria. El hechizo, entonces, no tendrá poder contra vos. Haced lavar con cuidado, antes de darlas o quemarlas, las ropas y los vestidos que han sido de vuestro uso; no uséis nunca un vestido o traje que haya servido a una persona desconocida, sin antes haberlas purificado por el agua, por los aromas, por el incienso, por perfumes, tales como el alcanfor, el incienso, el ámbar, etcétera.

Un gran medio de resistir al hechizo, es el de no temerle; el hechizo obra a la manera de las enfermedades contagiosas. En tiempo de peste, aquellos que tienen miedo son los primeros que caen. El medio de no temer el mal, es no preocuparse de él poco ni mucho, y aconsejo con el mayor desinterés, puesto que es un libro de magia del que yo soy autor, en donde doy el consejo a las personas nerviosas, débiles, crédulas, histéricas, supersticiosas, devotas, tontas, sin energía, sin voluntad, de no abrir nunca un libro de magia y de cerrar éste si lo hubiera abierto, de no escuchar a aquellos que hablen de ciencias ocultas, de burlarse, de no creer nunca y de comer y beber fresco, como decía el gran mago pantagruelista, el excelente cura de Meudon.

Por lo que respecta a los sabios (tiempo es de que nos ocupemos de ellos, después de haberlo hecho de los locos) no tienen otros maleficios que temer, que los de la fortuna; pero, como pueden ser sacerdotes o médicos, pueden, por eso mismo, ser llamados a curar maleficios, y he aquí cómo deben proceder:

Es preciso inducir a la persona maleficiada, a hacer un beneficio cualquiera al maleficiador o prestarle un servicio que él no pueda rehusar, y tratar de arrastrarle, sea directa, sea indirectamente, a la comunión de la sal.

La persona que se crea hechizada por la execración y entierro de un sapo, deberá llevar consigo un sapo vivo en una caja de asta.

Para el hechizo por medio de un corazón horadado, será necesario dar de comer a la persona enferma un corazón de cordero, sazonado con salvia y verbena, y hacerla llevar un talismán de Venus o de la Luna, contenido en una bolsita llena de alcanfor y de sal.

Para el hechizo por medio de la figura de cera, es preciso hacer una figurama perfecta, ponerle de la misma persona todo lo que ella pueda darle, colgarle al cuello siete talismanes, colocarla en medio de un gran pantásculo representando el pentagrama y frotarla ligeramente todos los días con una mezcla de aceite y balmos, después de haber pronunciado los conjuros de los cuatro, para desviar la influencia de los espíritus elementales. Al cabo de siete días habrá de quemarse la imagen en el fuego consagrado, estando entonces seguros de que la estatua del hechicero perderá en el mismo momento su virtud.

Ya hemos hablado de la medicina simpática de Paracelso, que medicinaba sobre los miembros de cera y operaba con la sangre producida por las llagas para curar éstas. Este sistema le permitía el empleo de más violentos remedios.

Por esto tenía como específicos principales, el sublimado y el vitriolo. Creemos que la homeopatía es una reminiscencia de las teorías de Paracelso y un retorno a sus sabios prácticas. Pero, ya volveremos sobre este asunto en el capítulo veintiuno, que estará consagrado exclusivamente a la medicina oculta.

Los votos de los padres comprometiendo el porvenir de sus hijos, son hechizos condenables; los hijos dedicados a vestir siempre de blanco, no prosperan casi nunca; los que se dedican al celibato caen ordinariamente en la depravación, o giran alrededor de la desesperación o de la locura. No está permitido al ser humano violentar el destino, y menos todavía poner trabas al legítimo de la libertad.

Agregamos aquí, a modo de suplemento y apéndice a este capítulo, algunas palabras acerca de las mandrágoras y de los andróides que muchos magistas confunden con las figurillas de cera que sirven para las prácticas de los hechizos.

La mandrágora natural, es una raíz cabelluda, que presenta más o menos, en su conjunto, sea la figura de un hombre, sea la de una mujer, sea la de las partes viriles, sea las de la generación. Esta raíz es ligeramente narcótica, y los antiguos le atribuían una virtud afrodisíaca, que la hacía muy apreciada y muy buscada entre la brujería de la Tesalia para la composición de filtros.

¿Esta raíz es como la suponía un cierto misticismo mágico, el vestigio umbilical de nuestro origen terrestre? Esto es lo que no osaríamos afirmar seriamente. Es cierto, sin embargo, que el hombre ha salido del limo de la tierra; ha debido, pues, formarse en su primer bosquejo bajo la forma de una raíz. Las analogías de la naturaleza exigen absolutamente que se admita esta noción, o por lo menos como una posibilidad. Los primeros hombres debieron ser, por tanto, una familia de gigantes mandrágoras sensitivas, que el Sol debió animar y que debieron por sí mismas desprenderse de la tierra, lo que no excluye en nada, y aun supone, por el contrario, de una manera positiva, la voluntad creadora y la cooperación providencial de la primera causa que nosotros tenemos razón es llamar DIOS.

Algunos antiguos alquimistas aferrados a esta idea, soñaron con el cultivo de la mandrágora y trataron de reproducir artificialmente una lama' bastante fecunda y un sol bastante activo, para humanizar de nuevo esta raíz y crear de este modo hombres sin el concurso de mujeres.

Otros que creían ver en la humanidad la síntesis de los animales, desesperaron de animar la mandrágora; pero cruzaron los ayuntamientos monstruosos y arrojaron la semilla humana en tierra animal, sin producir otra cosa que crímenes vergonzosos y monstruos sin posteridad.

La tercera manera de formar el andróide, es por el mecanismo galvanizado. Se ha atribuido a Alberto el Grande, uno de esos autómatas casi inteligente y se agrega que Santo Tomás le rompió de un bastonazo, porque se vio turbado por sus respuestas. Este cuento es una alegoría.

El androide de Alberto el Grande, es la teología aristotélica de la escolástica primitiva, que fue destruida por la mano de Santo Tomás, ese audaz innovador, que fue el primero que substituyó la ley absoluta de la razón, por lo arbitrario divino, osando formular este axioma, que no tememos repetir hasta la saciedad, por cuanto emana de semejante maestro: Una cosa no es justa, porque Dios lo quiere, sino que Dios la quiere, porque es justa.

El androide real, el androide serio de los antiguos, era un secreto que ocultaban a todas las miradas y que Mesmer fue el primero que osó divulgar en nuestros días: era la extensión de la voluntad del mago en otro cuerpo, organizado y servido por un espíritu elemental; o en otros términos modernos y más inteligibles: era un sujeto magnético,

XVII

LA ESCRITURA DE LAS ESTRELLAS

Hemos terminado con el infierno y respiramos a plenos pulmones al volver a la luz, después de haber atravesado los antros de la magia negra. ¡Retirate, Satán! Renunciamos a ti, a tus pompas, a tus obras y mucho más todavía a tus fealdades, a tus miserias, a tu nada, a tus mentiras... El gran iniciador te ha visto caer del cielo como fulminado por el rayo. La leyenda cristiana te convirtió haciéndote poner dulcemente la cabeza del dragón bajo el pie de la madre de Dios. Tú eres, para nosotros, la imagen de la inteligencia y del misterio; tú eres la sinrazón y el ciego fanatismo; tú eres la inquisición y su infierno; tú eres el dios de torquemada y de Alejandro VI; tú te has convertido en juguete de nuestros hijos y tu último lugar está fijado al lado de Polichinela; tú no eres ya nada más que un personaje grotesco de nuestros teatros foráneos y un motivo de exhibición en algunas tiendas tenidas por religiosas. Después de la decimasexta clave del Tarot, que representa la ruina del templo de Satán, encontramos en la decimaséptima página un magnífico y gracioso emblema. Una mujer desnuda, una joven inmortal, esparce sobre la tierra la sabia de la vida universal que sale de dos vasos, uno de oro y otro de plata; cerca de ella hay un arbusto florido, sobre el cual está posada la mariposa de Psique; encima de ella, hay una estrella brillante de ocho rayos, a cuyo alrededor están distribuidas otras siete estrellas.

¡Creo en la vida eterna! Tal es el último artículo del simbolismo cristiano, y este artículo, por sí solo, es toda una profesión de fe.

Los antiguos, comparando la tranquila inmensidad del cielo, poblado todo él de inmutables luces, ajeno alas agitaciones y tinieblas de este mundo, han creído encontrar en el hermoso libro de letras de oro la última palabra del enigma de los destinos; entonces trazaron, imaginativamente, líneas de correspondencia entre esos brillantes puntos de escrituras divina y dijeron que, las primeras constelaciones detenidas por los pastores de la Caldea, fueron también los primeros caracteres de la escritura cabalística.

Estos caracteres, manifestados, primero por líneas y encerrados luego en figuras jeroglíficas, habrían, según Moreau de Dammartin, autor de un tratado muy curioso sobre el origen de los caracteres alfabéticos, determinado a los antiguos magos de la elección de los signos del Tarot, que dicho sabio reconoce, como nosotros, como un libro esencialmente hierático y primitivo.





Así, pues, en opinión de ese sabio, la Tseu de china, el Aleph de los hebreos y el Alpha de los griegos, manifestados jeroglíficamente por la figura del batelero, serían tomados de la constelación de la grulla, vecina del pez astral de la esfera oriental.

La Tcheou china, la Beth hebrea y la B latina, correspondientes a las papisa o a Juno, fueron formados con la cabeza de carnero; la yn china, la Chimel hebrea y la G latina, figuradas por la emperatriz, serían tomadas de la constelación de la Osa mayor, etcétera.

El cabalista Gaffarel, a quien ya hemos citado más de una vez, trazó un planisferio en que todas las consideraciones forman letras hebraicas; pero, debemos confesar que la configuración nos parece, con frecuencia, más que arbitraria y que no comprendemos por qué, por indicación de una sola estrella, por ejemplo Gaffarel traza más bien una , o que , que una i

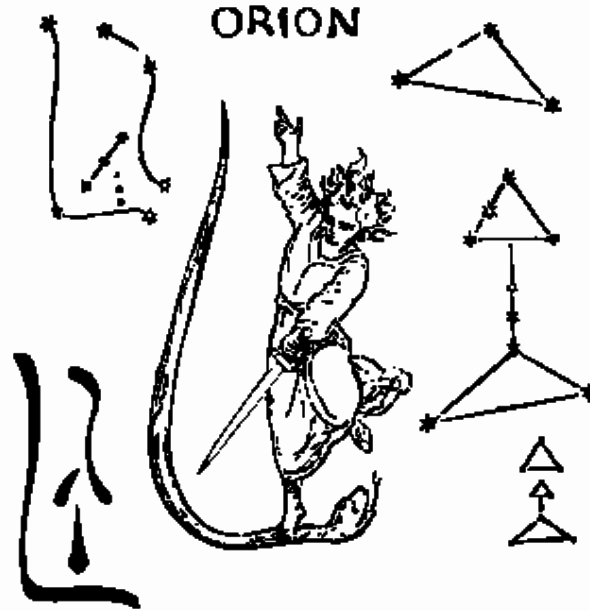
cuatro estrellas, igualmente dan asimismo, una iT o que iT , o una iT más que una N. Esto es lo que nos ha impedido ofrecer aquí una copia del planisferio de Gaffarel, cuyas obras no son, por otra parte, extremadamente raras. Ese planisferio ha sido reproducido en la obra del P. Montfalcon, que trata de las religiones y supersticiones del mundo, y de la cual se encuentra igualmente una copia en la obra sobre magia publicada por el místico Eckartschausen.

Por otra parte, los sabios no están de acuerdo acerca de la configuración de las letras del alfabeto primitivo. El Tarot italiano, del que es de aplaudir que los tipos góticos se hayan conservado, se refiere, por la disposición de sus figuras, al alfabeto hebreo, que ha estado en uso después de la cautividad, y al que se llama alfabeto asirio; pero existen fragmentos de otros Tarots, anteriores a éste en que la disposición no es ya la misma. Como no es posible aventurar nada en materias de erudición nos atenderemos para fijar nuestro juicio, de nuevos y más concluyentes descubrimientos.

Por lo que respecta al alfabeto de las estrellas, creemos que es facultativo, como la configuración de las nubes, que parece toman todas las formas que nuestra imaginación les presta. Lo propio sucede con los grupos de estrellas, como en los puntos de la geomancia y en el conjunto de cartas en la moderna cartomancia. Es un pretexto para magnetizarse a sí mismo y un instrumento que puede fijar y determinar la intuición natural. Así, un cabalista habituado a los jeroglíficos místicos, verá en las estrellas signos que no descubrirá un simple pastor; pero éste, por su parte, encontrará allí combinaciones que escaparán tal vez al cabalista. Las gentes del campo ven un rastrillo en la espada y la cintura de Orión; un cabalista hebreo, vería en el mismo Orión, considerado en conjunto, todos los misterios de Ezequiel, las diez sefirot dispuestas en ternario, un triángulo central formado por cuatro estrellas, después una línea de tres, formando el jod, y las dos figuras juntas manifestando todos los misterios del Bereschit, luego cuatro estrellas formando las ruedas de Mercavah y completando el carro divino. Mirando de otra manera y disponiendo de otras líneas ideales, se verá una , Ghimel, perfectamente formada y colocada debajo de una , jod, en una gran , daleth, invertida; figura que representa la lucha del bien y del mal, con el triunfo definitivo del bien. En efecto la , fundada sobre la jod, es el ternario producido por la unidad, es la manifestación divina del verbo, mientras que la daleth invertida es el cuaternario compuesto del mal binario, multiplicado por sí mismo. La figura de Orión, así considerada, sería, pues, idéntica a la del ángel Miguel, luchando contra el dragón, y la aparición de este signo, presentándose bajo esta forma, sería para el cabalista un presagio de victoria y de dicha.

Una dilatada contemplación del cielo exalta la imaginación; las estrellas entonces responden a nuestros pensamientos. Las líneas trazadas mentalmente de la una a la otra, por los primeros contempladores, han debido dar a los hombres las primeras ideas de la geometría. Según nuestra alma se halle agitada o tranquila, las estrellas parecen rutilantes de amenazas o centelleantes de esperanzas. El cielo es también el espejo del alma humana, y cuando creemos leer en los astros, es en nosotros mismos en donde leemos.

Gaffarel, aplicando a los destinos de los imperios los presagios de la escritura celeste, dice que los antiguos nos han figurado vanamente en la parte septentrional del cielo todos los signos del mal augurio, y que así en todos los tiempos, las calamidades han sido consideradas como procedentes del norte para repartirse sobre la tierra invadiendo el mediodía.

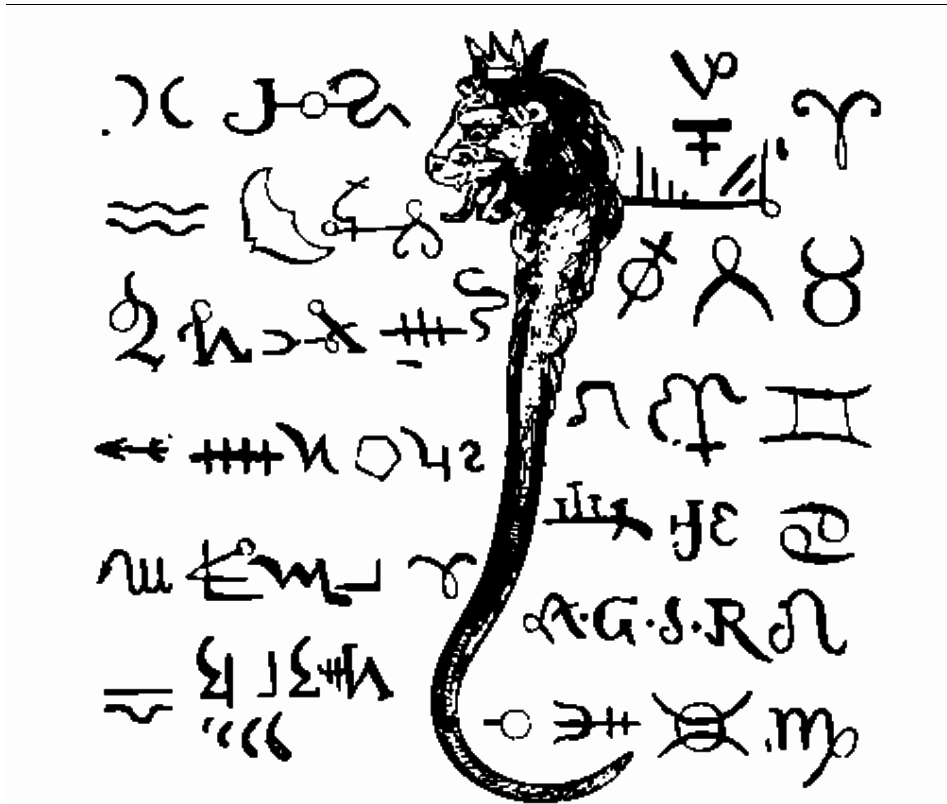


«Es por esto —dice— por lo que los antiguos han figurado esas partes septentrionales del cielo como una serpiente o dragón muy cerca de las dos osas, puesto que esos animales son los verdaderos jeroglíficos de tiranía y de toda clase de opresión. Y, efectivamente, recorred los anales y veréis que todas las más grandes desolaciones que han ocurrido han procedido del lado de septentrión. Los asirios o caldeos, animados por Nabucodonosor y Salmanasar, han dejado ver esta verdad con la destrucción de un templo y una ciudad, los más suntuosos y santos del Universo y con la completa ruina de un pueblo del que el mismo dios había tomado la singular protección y del que se decía particularmente el padre. Y la otra Jerusalén, la feliz Roma, no han experimentado con frecuencia las furias de esta malvada raza del septentrión, cuando por la crueldad de Alarico, Genserico, Atila y demás príncipes godos, hunos, vándalos y alanos, vio sus altares derribados y las cimas de sus soberbios edificios igualadas al nivel de los cardos?... Pues bien, en los secretos de esta escritura celeste, se leen por el lado de septentrión las desdichas y los infortunios, puesto que a septentrione pandetur omne malum.

pues, el verbo MM♦IT, que nosotros traducimos por pandetur, significa también depingetur o scribetur y la profecía significa igualmente: todas las desdichas del mundo están escritas en el cielo del lado del norte.» Hemos transcrito este pasaje de Gaffarel, porque no deja de tener actualen nuestra época, en que el Norte parece amenazar nuevamente a toda tropa, como es también el destino de las escarchas, ser vencidas por el sol, del mismo modo que las tinieblas se disipan por sí solas a la llegada de la luz.

.He aquí para nosotros la última palabra de la profecía y el secreto del porvenir.

Gaffarel agrega algunos pronósticos sacados de las estrellas, como, por ejemplo, el debilitamiento progresivo del imperio otomano; pero, como ya hemos dicho, sus figuras de letras consteladas son bastantes arbitrarias. Por demás, declara haber tomado estas predicciones de un cabalista hebreo llamado Rabí Chomer, que no se jacta de haberlas comprendido del todo.



He aquí el cuadro de los caracteres mágicos⁷ que fueron trazados por los antiguos astrólogos según las constelaciones zodiacales; cada uno de esos caracteres representa el nombre de un genio, bueno o malo. Sabido es que los signos del zodiaco se refieren a diversas influencias celestes, y por consecuencia, expresan una alternativa anual de bien o de mal.

Los nombres de los genios designados por esos caracteres, son:

Para Aries, SATAARAN y Sarahiel.
 Para Tauro, BAUDAI. y Arazil.
 Para Géminis, SAURAS y Saralel.
 Para Cáncer, RAJUMIt y Phakiel.
 Para Leo, SAGHAM y Seratiel.
 Para Virgo, IADARA y Schaltiel.
 Para Libra, GRASGARREN y Hadakiel.
 Para Escorpión, RIEHOL y Saissaiel.
 Para Sagitario, VHNORI y Saritaiel.
 Para Capricornio, SAGDALON y Semakiel.
 Para Acuario, ARCHER y Ssakcmakiel.
 Para Piscis, RASAMASA y Vacabiel.

⁷ Los caracteres mágicos desde aries hasta virgo se ven a la mano derecha seguido de su sigilo astrologico, los de libra hasta piscis se encuentran en la izquierda y aparecen boca abajo. Estos caracteres son trazados en el aire con la varita cuando se evoca a la aparición visible a alguna de las entidades que aparecen en la tabla astrologica mas arriba.

El sabio que quiere leer en el cielo debe observar también los días de la luna, cuya influencia es muy grande en astrología. La luna atrae y repele sucesivamente el fluido magnético de la tierra, siendo así como produce el flujo y reflujo del mar; es preciso conocer bien las fases y saber discernir de ellas los días y las horas. La nueva luna es favorable para el comienzo de todas las obras mágicas; desde el primer cuarto hasta la luna llena, su influencia es cálida; de la luna llena al último cuarto, es seca; del último cuarto hasta el fin, es fría.

He aquí ahora los caracteres especiales de todos los días de la luna marcados por las veintidós claves del Tarot y por los signos de los siete planetas.

1 El batelero o el mago

El primer día de la luna es el de la creación de la luna misma. Este día está consagrado a las iniciativas del espíritu y debe ser propicio a las innovaciones felices.

2 La papisa o la ciencia oculta

El segundo día, cuyo genio es Eneidiel, fue el quinto de la creación; puesto que la luna fue hecha el cuarto día. Los pájaros y los peces, que fueron creados ~ día, son los jeroglíficos vivientes de las analogías mágicas y del na universal de Hermes. El agua y el aire, que fueron entonces llenados -s formas del Verbo, son las figuras elementales del mercurio de los .s, es decir, de la inteligencia y de la palabra. Este día es propicio para revelaciones, las iniciaciones y los grandes descubrimientos de la ciencia.

3 La madre celeste o la emperatriz

El tercer día fue el de la creación del hombre. También la luna, en cábala, es llamada MADRE, cuando se le presenta acompañada del número 3. Este día es favorable para la generación, y generalmente para todas las producciones, sea del cuerpo, sea del espíritu.

4 El emperador o el dominador.

El cuarto día es funesto; fue el del nacimiento de Cain; pero es favorable para las empresas injustas y tiránicas.

5 El papa o el hierofante

El quinto es dichoso; fue el del nacimiento de Abel.

6 El enamorado o la libertad

El sexto, es un día de orgullo; fue el del nacimiento de Lamech, aquel que leía a sus mujeres: Yo he muerto a un hombre que me había golpeado y a un joven que me había herido. ¡Maldito sea quien pretenda castigarme! Este día es propicio para las conjuraciones y revueltas.

7 La Carreta -

En el séptimo día, nacimiento de Hebrón, aquel que dio su nombre a la primera de las ciudades santas de Israel. Día de religión, de plegarias y de éxitos.

8 La justicia

Asesinato de Abel. Día de expiación

9 El viejo o la ermita

Nacimiento de Matusalén. Día de bendición para los niños.

10 La rueda de la fortuna o de Ezequiel

Nacimiento de Nabucodonosor. Reinado de la bestia. Día funesto.

11 La fuerza

Nacimiento de Noé. Las visiones de este día son engañosas, pero es un día de santidad y de longevidad para los niños que nazcan en él.

12 El sacrificado o el ahorcado

Nacimiento de Samuel. Día profético y cabalístico, favorable para la conclusión de la gran obra.

13 La muerte

Día de nacimiento de Canaán, el hijo maldito de Cam. Día funesto y momento fatal.

14 El ángel de templanza

Bendición de Noé, el décimo cuarto día de la luna. Lo preside el ángel

Cassiel, de la jerarquía de Uriel.

15 Tyfón o el diablo.

Nacimiento de Ismael. Día de reprobación y de destierro.

16 La torre fulminada

Día del nacimiento de Jacob y de Esaú y de la predestinación de Jacob por a ruina de Esaú.

17 La estrella rutilante

El fuego del cielo quema a Sodoma y a Gomorra. Día de salvación para los buenos y de ruina para los malvados, peligroso si cae en sábado. Está bajo el reinado de Escorpio.

18 La luna

Nacimiento de Isaac, triunfo de la esposa. Día de afección conyugal y de buena esperanza.

19 El Sol

Nacimiento de Faraón. Día benéfico o fatal para las grandezas del mundo, según los diferentes méritos de los grandes.

20 El juicio

Nacimiento de Jonás, el órgano de los juicios de Dios. Día propicio para las revelaciones divinas.

21 El Mundo

Nacimiento de Saúl, reinado material. Peligro para el espíritu y la razón.

22 Influencia de Saturno

Nacimiento de Job. Día de prueba y de dolor.

Nacimiento de Benjamín. Día de preferencia y de ternura. 24 Influencia de Júpiter

Nacimiento de Jafet.

25 Influencia de Mercurio

Décima plaga de Egipto.

26 Influencia de Marte.

Liberación de los israelitas y paso del Mar Rojo

27 Influencia de Diana o de Hécate

Victoria resonante alcanzada por Judas Macabeo.

28 Influencia del sol

Sansón levanta las puertas de Gaza. Día de fuerza y de liberación.

29 El loco del Tarot

Día de abortos y de fracasos en todas las cosas

Por este cuadro rabínico, que Jean Belot y otros han tomado de los cabalistas hebreos, puede verse que esos antiguos maestros deducían, a posteriori, los hechos de las influencias presumibles, lo que es completamente lógico en las ciencias ocultas. Se ve también, cuán diversas significaciones están encerradas en esas veintidós claves que forman el alfabeto universal del Tarot y la verdad de nuestras aserciones cuando pretendemos que todos los secretos de la Cábala y de la magia, todos los misterios del antiguo mundo, ciencia de los patriarcas, todas las tradiciones históricas, aun las de los primitivos, están encerradas en ese libro jeroglífico de Thot, de Enoc o de Cadmo.

Un medio muy sencillo de encontrar los horóscopos celestes por onomancia, es el que vamos a indicar; reconcilia a Gaffarel con nosotros y puede dar resultados asombrosos de exactitud y profundidad.

Tomad una tarjeta negra en la que recortaréis al descubierto el nombre de la persona para quien debéis consultar; colocad esa tarjeta en el extremo de un tubo adelgazado por la parte del ojo del observador y más ancho por el lado de la tarjeta; después miraréis hacia los cuatro puntos cardinales alternativamente, comenzando por Oriente y concluyendo por el Norte. Tomaréis nota de todas las estrellas que veáis a través de las letras recortadas en la tarjeta, y después convertiréis las letras en números, y con la suma de la adición escrita de la misma manera, renovaréis la operación; contaréis cuántas estrellas tenéis, y después, agregando ese número al del nombre, sumaréis una vez más y escribiréis el total de ambos números en caracteres hebraicos. Renovaréis entonces la operación, e inscribiréis apaste las estrellas que hayáis encontrado; después buscaréis en el planisferio celeste los nombres de, todas las estrellas; haréis la clasificación, según su magnitud y su brillo; escogeréis la mayor y la más brillante, como estrella polar de vuestra operación astrológica; buscaréis, seguidamente en el planisferio egipcio (se encuentra muy completo y bien grabado en el atlas de la gran obra de Dupuis), buscaréis los nombres y la figura de los genios a que pertenecen las estrellas. Entonces conoceréis cuáles son los signos felices y desgraciados que entran en el nombre de la persona y cuál será su influencia, sea en la infancia (este es el nombre trazado en Oriente), sea en la juventud (este es el nombre del mediodía), sea en la edad madura (este es el nombre de Occidente), sea en la vejez (el nombre trazado en el Norte), sea, en fin, en toda la vida (estas son las estrellas que entrarán en el número entero formado por la adición de las letras y de las estrellas). Esta operación astrológica es sencilla, fácil y requiere pocos cálculos; se remonta a la más lejana antigüedad y pertenece evidentemente, como uno se podrá convencer estudiando las obras de Gaffarel y de su maestro Rabí Chomer, a la magia primitiva de los patriarcas.

Esta astrología onomántica era la de todos los antiguos cabalistas hebreos, como lo prueban sus observaciones, conservadas por Rabí Chomer, Rabí Capol, Rabí Adjudan y otros maestros en cábala. Las amenazas de los profetas a los diversos imperios del mundo, estaban fundadas en los caracteres de las estrellas que se encontraban verticalmente encima de ellos en la relación habitual de la esfera celeste con la terrestre. Así es como escribiendo en el mismo cielo de la Grecia su nombre en hebreo , o y traduciéndole en número, habían encontrado la palabra \diamond ,M , que significa destruido, desolado.

\diamond ,M	
228	561
CHARAB	JAVAN
Destruído, desolado	Grecia'
Suma 12	Suma 12

De aquí dedujeron que, después de un ciclo de 12 períodos, la Grecia sería destruida, desolada.

Un poco antes del incendio y destrucción del templo de Jerusalén por Nabuzardan, los cabalistas habían advertido verticalmente encima del templo once estrellas dispuestas de este modo:

```

*** **
*
* *

```

y que entraban todas en la palabra $\aleph \beth \daleth$ escrita del septentrión al occidente: Hibsichich, lo que significa reprobación y abandono sin misericordia. La suma del número de letras es 423, tiempo justo de la duración del templo.

Los imperios de Persia y de Asiria estaban amenazados de destrucción por

cuatro estrellas verticales que entraron en estas tres letras, \beth , \daleth , \aleph y el número fatal indicado por las letras era 208 años.

Cuatro estrellas también anunciaron a los rabinos cabalistas la caída y la división del imperio de Alejandro, formando la palabra \daleth , \beth , \aleph , parad, dividir, de la cual el número 284 indica la duración entera de este reino, sea en su raíz, sea en sus ramas.

Según Rabí Chomer, los destinos del poder otomano en Constantinopla

estaban fijados por anticipado y anunciados por cuatro estrellas que, almeadas en la palabra $\aleph \beth \daleth$, caah, significan estar débil, enfermo, marchar a su fin. Las estrellas que están en la letra \aleph , siendo más brillantes, indican una gran \aleph y dan a esta el valor de mil. Las tres letras reunidas hacen mil veinticinco, que es preciso contar a partir de la toma de Constantinopla por Mahomed II, cálculo que promete, todavía, muchos siglos de existencias al debilitado imperio de los sultanes sostenido ahora por toda Europa reunida.

EL MANE THEcEL PHARES que Baltasar, en su embriaguez, vio escrito en el muro de su palacio por la irradiación de las antorchas, era una intuición onomántica del género de la de los rabinos. Baltasar, iniciado sin duda por sus adivinos hebreos, en la lectura de las estrellas, operaba maquinal e instintivamente sobre las lámparas de su nocturno festín, como hubiera podido hacerlo sobre las estrellas del firmamento. Las tres palabras que había formado en su imaginación, se hicieron pronto imborrables a sus ojos e hicieron palidecer todas las luces de su fiesta. No era difícil predecir a un rey que en una ciudad sitiada se abandonaba a las orgías, un fin semejante al de Sardanápalo. Ya lo hemos dicho, y lo repetiremos para conclusión de este capítulo, que las intuiciones magnéticas dan por sí solas valor y realidad a todos esos cálculos cabalísticos y astrológicos; pueriles, quizá, y completamente arbitrarios si se hacen sin inspiración, por fría curiosidad y sin una voluntad poderosa.

XVIII

FILTROS Y MAGNETISMO

Viajemos ahora por Tesalia, por el país de los encantamientos. Fue aquí en donde Apuleyo se vio engañado, como los compañeros de Ulises, y en donde sufrió una vergonzosa metamorfosis. Aquí todo es mágico, los pájaros que vuelan, los insectos que zumban en la hierba; y también las plantas, los árboles y hasta las flores; aquí se componen a la luz de la luna los venenos que inspiran el amor; aquí las estrigas componen los encantos que las hacen jóvenes y bellas como las Chantas. ¡Hombres jóvenes, guardaos!

El arte de los envenenamientos de la razón o de los filtros, parece, en efecto, según las tradiciones, haberse desarrollado con más lujo en Tesalia que en otras partes, su eflorescencia venenosa; pero allí también el magnetismo desempeñó un papel más importante, porque las plantas excitantes o narcóticas, las sustancias animales maleficiadas y enfermizas, producían todos los efectos de los encantamientos, es decir, sacrificios por parte de las hechiceras y por las palabras que pronunciaban al preparar sus filtros y sus bebedizos.

Las sustancias excitantes y aquellas que contienen mayor cantidad de fósforo, son naturalmente afrodisíacas. Todo lo que obra vivamente sobre el sistema nervioso, puede determinar la sobreexcitación pasional, y si una voluntad hábil y perseverante sabe dirigir e influenciar esas disposiciones naturales, se servirá de las pasiones de los demás en provecho de las suyas, y reducirá y obligará a las personas más fieras a convertirse, en un tiempo determinado, en instrumento de placeres.

He aquí, primero, cuáles son las prácticas del enemigo:

Aquel que quiera hacerse amar (atribuimos a un hombre solamente todas estas maniobras ilegítimas, no suponiendo que una mujer tenga de ellas necesidad), debe, en primer término, hacerse advertir y producir una impresión cualquiera en la imaginación de la persona que codicia. Que le cause admiración, asombro, terror y un horror también si no tiene otro recurso; pero le es preciso, a cualquier precio, que por ella salga del rango de los hombres ordinarios y que ocupe, de grado o por fuerza, un lugar en sus recuerdos, en sus aprensiones y aun en sus sueños. Los Lovelaces no son ciertamente el ideal confesado de las Clarisas; pero ellas piensan sin cesar en ellos para reprobarlos, para maldecirlos, para compadecerse de sus víctimas, para desear su conversión y su arrepentimiento. Luego quisieran regenerarlos por la abnegación y el perdón; después, la vanidad secreta les dice que sería hermoso fijar el amor de un Lovelace amarle y resistirle al decir que quisiera amarle enrojece, renuncia a ello mil veces y no le ama sino mil veces más; después, cuando llega el momento supremo, se olvida de resistirle.

Si los ángeles fueran tan mujeres como los representa el misticismo moderno, Jehová habría obrado como padre bien prudente y bien sabio cuando puso a Satán a la puerta del cielo.

Una gran decepción pasa el amor propio de las mujeres honradas, es la de encontrar bueno e irreprochable el fondo del hombre de que se habían enamorado, cuando le habían considerado como un bandido. El ángel entonces abandona al buen hombre con desprecio diciéndole: ¡Tú no eres el diablo!

Imitar al diablo lo más perfectamente posible, vosotros los que queráis seducir a un ángel.

No se le permite nada a un hombre virtuoso. ¿Por quién, en efecto, este hombre nos toma?, dice las mujeres. ¿Se cree que no hay quien tengan peores costumbres que él? Se le perdona todo a un libertino, ¿qué queréis esperar de semejante ser?

El papel del hombre de grandes principios y de un carácter rígido, no puede

ser una potencia más que cerca de mujeres que no han tenido nunca necesidad de seducir; todas las demás, sin excepción, adoran a los malos sujetos.

Sucede todo lo contrario en los hombres, y es este contraste el que hace del pudor el dote de las mujeres: es en ellas la primera y la más natural de las coqueterías.

Uno de los médicos más distinguidos y uno de los más amables sabios de Londres, el Dr. Ashburner, me contaba en el año último, que uno de sus clientes, saliendo de la casa de una gran dama, le había dicho un día: «Acabo

~: de recibir un extraño cumplido. La marquesa de *** me ha dicho mirándome de frente Caballero vos no me hareis bajas los ojos con vuestra terrible mirada porque tenets los ojos de Satan » «Y bien —le respondió el doctor sonriendo— ~Vos os habreis arrojado inmediatamente a su cuello y la habreis besado?» «No; yo me quedé asombrado ante tan brusco apóstrofe.» «Pues bien, querido mío, no volváis a su casa: habéis perdido la idea que ella tenía de vos y os odiará.»

Se dice ordinariamente que los oficios de verdugo se transmiten de padres a hijos. ¿Los verdugos tienen, pues, hijos? Sin duda, puesto que no carecen nunca de mujeres. Marat tenía una querida, por la que era tiernamente amado él, el horrible leproso; pero también era el terrible Marat, que hacía temblar a todo el mundo.

Podría decirse que el amor, sobre todo en la mujer, es una verdadera alucinación. En defecto de otro motivo insensato, se determinaría con frecuencia por el absurdo. ¿Enamorase la Gioconda de un mono? ¡Qué horror! Pues bien, si es un horror ¿por qué no hacerlo? ¡Es tan agradable hacer de rey en cuanto hay un pequeño horror!

Dado este conocimiento transcendental de la mujer, hay una segunda maniobra para operar, para atraer su atención; esta maniobra es la de no preocuparse de un modo que humille su amor propio, tratándola como a una niña y no dejando ni siquiera entrever la idea de hacerle el amor. Entonces los papeles se cambiarán: ella os iniciará en los secretos que las mujeres se reservan, ellas se vestirá y se desnudará delante de vosotros, diciéndoos cosas como estas —Entre mujeres —entre antiguos amigos— no os temo— vos no sois un hombre para mí, etc., etc. Después ella observará vuestras miradas, y si las encuentra calmadas, indiferentes, se sentirá ultrajada; se acercará a vos con un pretexto cualquiera os alisará lo cabellos dejará que su peinador se entreabra... Aún se ha visto en semejantes circunstancias arriesgar ellas mismas un asalto; pero, por curiosidad, por impaciencia, porque se sienten irritadas.

Un mago que tenga ánimo no tiene necesidad de otros filtros que éstos; dispone también de palabras persuasivas de soplos magnéticos de contactos ligeros, pero voluptuosos, con una especie de hipocresía, como si no pensara en ello. Los que dan bebedizos deben ser viejos tontos feos impotentes. Y entonces ¿para qué los filtros? Todo hombre que es verdaderamente un hombre, tiene siempre a su disposición los medios para hacerse amar, siempre que no trate de ocupar una plaza ya tomada. Sería soberanamente antidiestro el intentar la conquista de una joven casada por amor, durante las primeras dulzuras de su luna de miel, o de una Clarisa que tuviera ya un Lovelace, que la hace muy desgraciada o el que se reprocha amargamente el amor.

No hablaremos aquí de las abominaciones de la magia negra con motivo de los filtros; hemos terminado ya con las cocinas de Canidia. Puede verse en las Epodas de Horacio, como esa abominable bruja de Roma componía sus venenos y se puede por los sacrificios y los encantamientos de amor, volver a leer las églogas de Teócrito y de Virgilio, donde las ceremonias de este género de obras mágicas están minuciosamente descritas. No transcribiremos aquí las recetas de los grimorios, ni del Pequeño Alberto, que todo el mundo puede consultar. Todas estas diferentes prácticas tienden al magnetismo, o a la magia envenenadora y son: o ingenuas o criminales. Los bebedizos que turban el espíritu y turban la razón pueden asegurar el imperio, ya conquistado, por una voluntad perversa y así es como la

emperatriz Cesonia fijó, según dicen, el amor feroz de Calígula. El ácido prúsico es el más terrible agente de esos envenenamientos del pensamiento. Por esto es por lo que hay que guardarse de todas las destilaciones que tengan sabor a almendras amargas, alejar de la alcoba los laureles-almendras y las daturas, los jabones y las leches de almendras, y en general, todas las composiciones de perfumería en que domine el olor de almendra, especialmente si su acción sobre el cerebro estuviera secundada por la del ámbar.

Disminuir la acción de la inteligencia, es aumentar otro tanto las fuerzas de una pasión insensata. El amor, tal y como quieren inspirarlo los malhechores de que aquí hablamos, sería un verdadero envilecimiento y la más vergonzosa de todas las servidumbres morales. Cuanto más se enerva a un esclavo, más incapaz se le hace de su manumisión y aquí está verdaderamente el secreto de la magia de Apuleyo y de los bebedizos de Circe.

El uso del tabaco, sea rapé, sea de fumar, es un auxilio peligroso de los filtros estupefacientes y de, los envenenamientos de la razón. La nicotina, como es sabido, no es un veneno menos violento que el ácido prúsico, y se encuentra en mayor cantidad en el tabaco que ese ácido en las almendras.

La absorción de una voluntad por otra, cambia con frecuencia toda una serie de destinos y no es solamente por nosotros mismos por quienes debemos velar, sino también por nuestras relaciones y por aprender a diferenciar la atmósferas puras de las impuras; porque los verdaderos filtros, los filtros más peligrosos son invisibles; son las corrientes de luz vital radiante que, mezclándose y cambiándose, producen las atracciones y las simpatías, como las experiencias magnéticas no dejan lugar a duda.

Se ha hablado en la historia de la Iglesia de un heresíaca llamado Marcos que volvía locas a todas las mujeres sobre quienes soplabá; pero, su poder fue destruido por una valerosa cristiana que sopló sobre él primero, diciéndole:

¡Que Dios te juzgue!

El cura Gaufrédy, que fue quemado por brujo, pretendía que se enamoraban de él todas las mujeres a quienes soplabá.

El asaz célebre P. Girard, jesuita, fue acusado por la señorita Cadiere, su penitente, de haberla hecho perder completamente el juicio soplando sobre ella. Necesitaba esta excusa para atenuar el horror y el ridículo de sus acusaciones contra ese Padre, cuya culpabilidad no pudo nunca ser probada del todo, pero que de buen grado o de mala voluntad, había ciertamente inspirado una vergonzosa pasión a esa mísera criatura.

«Habiéndose quedado viuda en 16... la señora Ranfaing —dice Don Calmet en su Tratado sobre las apariciones— fue solicitada en matrimonio por un médico llamado Poirot.

»No habiendo sido escuchado en sus solicitudes, le dio, en primer término, filtros para hacerse amar, lo que causó graves trastornos en la salud de la señorita Ranfaing. Posteriormente cosas tan extraordinarias ocurrieron a la citada dama, que se le creyó poseída y los médicos, declarándose impotentes para reconocer su estado, la recomendaron a los exorcismos de la Iglesia.

»Más tarde, por orden de M. de Porcelets, obispo de Toul, se le nombraron por exorcista a M. Viardin, doctor en teología, consejero de Estado del duque de Lorena, a un jesuita y a un capuchino; pero en el curso de estos exorcismos, casi todos los religiosos de Nancy, el referido señor obispo, el que lo era de Trípoli, sufragáneo del de Strasburgo y M. de Sancy, siendo éste embajador del muy cristiano rey en Constantinopla y a la sazón padre del Oratorio, Carlos de Lorena, obispo de Verdun, con los doctores de la Sorbona, asistieron a los exorcismos; con frecuencia en hebreo, en griego y en latín, respondiéndoles ella siempre de una manera pertinaz, en esos idiomas, cuando era notorio que apenas sabía leer el latín. -

»Refiere el certificado que otorgó Nicholas de Harlay, muy experto en lengua hebrea, que reconocía que madame Ranfaing estaba realmente poseída, y que le había

respondido al solo movimiento de sus labios, sin que él pronunciara palabra alguna, y le había dado muchas pruebas de su posesión. El Sr. Gamier, doctor de la Sorbona, habiéndole también impartido no pocas órdenes en la lengua hebrea, ella le había respondido, pertinazmente, pero en francés, diciéndole que el pacto era de que no hablaría más que en lengua francesa. El demonio había agregado: ¿No es bastante que yo te demuestre que entiendo lo que me dices? El mismo Sr. Gamier, hablándole en griego, puso, por inadvertencia, un caso por otro. La poseída, o mejor dicho el diablo, le dijo: Te has equivocado. El doctor le replicó en griego: Demuéstrame mi error, a lo que el diablo respondió: Conténtate con que yo te indiqué el error; yo no te diré más. El doctor le dijo, siempre en griego, que se callara, y le respondió: Túme mandas callar y a mí no me da la gana de callarme.»

- « Este notable ejemplo de afección histérica, llevado hasta el éxtasis y la demonomanía, por consecuencia de un filtro administrado por un hombre que se creía brujo, demuestra mejor nuestras teorías que cuanto pudiéramos alegar respecto a la omnipotencia de la voluntad y de la imaginación, obrando la una sobre la otra, y a la extraña lucidez de las estáticas o sonámbulas, que entienden la palabra leyéndola en el pensamiento, sin tener necesidad de la ciencia del lenguaje. No pongo ni un instante en duda la sinceridad de los testigos citados por Don Calmet; me asombro únicamente de que hombres tan graves, tan sesudos, no hayan advertido esa dificultad que experimentaba el demonio al hablarles en un idioma extraño a la enferma. Si su interlocutor hubiera sido lo que ellos tomaban por un demonio, habría comprendido, no solamente el griego, sino que lo hubiera hablado. Lo uno no costaría más que lo otro a un espíritu tan sabio como maligno.

Don Calmet no se detiene aquí en la historia de madame Ranfaing; refiere toda una serie de asuntos insidiosos y de inducciones poco sesudas por parte de los exorcistas, y otra serie de respuestas, más o menos congruentes, de la pobre enferma, siempre extática o sonámbula. Como era de esperar, el buen Padre no deja de deducir conclusiones luminosas sobre la inteligencia de los asistentes y de que en todo esto debe verse la obra del infierno. ¡Hermosa y sabia conclusión! Lo más serio del asunto es que el médico Poirot fue

- condenado a juicio como mago; confesó como siempre, en la tortura, y fue quemado. Si hubiera realmente por un filtro cualquiera atentado a la razón de la referida dama, merecía haber sido castigado como envenenador, y esto es todo cuanto podemos decir. Pero los más terribles filtros son las exaltaciones místicas de una devoción mal entendida. ¿Qué impurezas igualarán nunca a las tentaciones de San Antonio y a los tormentos de Santa Teresa de Jesús y de Santa Angela de Foligno? Esta última aplicaba un hierro candente a su sublevada carne y encontraba que el fuego material era de una frescura infinita para sus ocultos ardores. ¿Con qué violencia no solicitaría la naturaleza lo mismo que se rehusaba, y cuál no tendría que ser el esfuerzo de voluntad para resistirla? Por el misticismo es como comenzaron los pretendidos embrujamientos de Magdalena Bavan y de las señoritas de la Palaud y de la Cadriere. El excesivo temor de una cosa la hace casi siempre inevitable. Siguiendo las dos curvas de un círculo, se llega o se encuentra uno en el mismo punto de partida. Nicholas Remigius, juez criminal, en Lorena, que hizo quemar vivas a ochocientas mujeres, como brujas, veía la magia por todas partes; esta era su - -idea fija, su locura. Quería predicar y realizar una cruzada contra los brujos y hechiceros de que creía ver llena a toda Europa, y desesperado de no haber sido creído, bajo palabra, cuando afirmaba que casi todo el mundo era culpable de magia, concluyó por declararse brujo él mismo, y fue quemado a causa de sus propias confesiones.

Para preservarse de las malas influencias, la primera condición sería, pues, la de prohibir a la imaginación que se exaltara. Todos los exaltados están más o menos locos, y siempre se

domina a un loco tratándole por su locura. Colocaos por encima de todo temor pueril y de deseos vagos; creed en la suprema sabiduría y permaneced convencidos de que esa suprema sabiduría os ha dado la inteligencia como único medio de conocerla, por lo cual no puede tender celadas a vuestra inteligencia y a vuestra razón. Por todas partes veréis a vuestro alrededor efectos proporcionados a las causas; veréis, en suma, el bien de ser más fuerte y más estimado que el mal; porque, ¿podrías suponer en el infinito una sin razón inmensa, cuando existe la razón en lo infinito? La verdad no se oculta a nadie. Dios está visible en sus obras, y no exige a los seres nada que sea contrario a las leyes de la naturaleza, de que El mismo es autor. La fe es la confianza; no en los hombres que os hablan mal de la razón, porque estos son locos o impostores, sino en la eterna razón, que es el verbo divino, esa luz verdadera ofrecida como el sol ala intuición de toda criatura humana que viene al mundo.

Si creéis en la razón absoluta y si deseáis más que cualquiera otra cosa la verdad y la justicia, no debéis temer a nadie y amaréis a aquellos que sean dignos de vuestro amor. Vuestra luz natural rechazará instintivamente la de los malvados, porque caerá bajo el dominio de vuestra voluntad. Así, aun las mismas sustancias venenosas que pudieran administraros, no afectarán a vuestra inteligencia. No podrán enfermaros, no podrán haceros criminales.

Lo que contribuye al histerismo de las mujeres es su educación floja e hipócrita. Si hicieran más ejercicio, si se les enseñaran las cosas del mundo, más franca y liberalmente que lo que se acostumbra, serían menos caprichosas, menos vanas, menos fútiles, y por consiguiente menos accesibles a las malas seducciones. La debilidad que se atribuye la apariencia de una fuerza. la locura tiene horror a la razón y se complace en todas las exageraciones de la mentira. Curad, pues; primero vuestra inteligencia enferma. La causa de todos los embrujamientos, el veneno de todos los filtros, el poder de todos los hechiceros, están ahí.

Cuanto a los narcóticos u otros venenos que os hubieran administrado, es asunto de la medicina y de la justicia; pero no pensamos que semejantes enormidades se produzcan en nuestros días. Los Lovelaces no duermen ya a las Clarisas en otra forma que por medio de galanterías, y los brebajes, como los raptos por hombres enmascarados y las cautividades en subterráneos, no se realizan ya, ni aun siquiera en la moderna novela. Hay, pues, que relegar todo eso al confesionario de los penitentes negros, o alas ruinas del castillo de Udolfo.

XIX

EL MAGISTERIO DEL SOL

Llegamos al número que en Tarot está marcado con el signo del Sol. El denario de Pitágoras y el ternario multiplicado por sí mismo representan, en efecto, la sabiduría aplicada a lo absoluto. Es, por tanto, de lo absoluto de lo que aquí vamos a hablar. -

Encontrar lo absoluto en lo infinito, en lo indefinido y en lo finito, tal es la obra de los sabios, y a la que Hermes llama la obra del Sol.

Encontrar las bases inquebrantables de la verdadera fe religiosa, de la verdad filosófica, y de la transmutación metálica, era todo el secreto de Hermes, era el hallazgo de la piedra filosofal.

Esta piedra es una y múltiple; se la descompone por el análisis y se la recompone por la síntesis. En el análisis es un polvo, el polvo de proyección de los alquimistas; ante el análisis y en la síntesis es una piedra.

La piedra filosofal -dicen los maestros— no debe exponerse al aire, ni alas miradas profanas; es preciso tenerla oculta con cuidado en el rincón más secreto del laboratorio y llevar siempre consigo la llave del lugar en que está encerrada.

Aquel que posee el gran arcano es un rey verdadero y más que un rey, porque es inaccesible a todos los temores ya toda esperanza yana. En todas las enfermedades del alma y del cuerpo, una sola partícula destacada de la preciosa piedra, un solo grano del divino polvo, son más que suficientes para curarlas. ¡Qué entienda el que tenga oídos pasa ellos! como dice el maestro.

La sal, el azufre y el mercurio no son más que elementos accesorios e instrumentos pasivos de la gran obra. Todo depende como ya hemos dicho, del magnés interior de Paracelso. Toda la obra está resumida en la proyección y la proyección se verifica perfectamente por la inteligencia efectiva y realizable de una sola palabra.

No hay más que una sola operación importante en la obra, que consiste en la sublimación, que no es otra cosa, según Geber, que la elevación de la cosa seca por medio del fuego, con adherencia a su propio vaso.

Aquel que quiere llegar ala inteligencia de la gran palabra y a la posesión del gran arcano debe, después de haber meditado los principios de nuestro dogma, leer con atención a los filósofos herméticos y así llegará sin duda a la iniciación, como otros han llegado; pero es necesario tomar como clave de sus alegorías el dogma único de Hermes, contenido en su tabla de esmeralda, -y seguir pasa clasificar los conocimientos y dirigir la operación el orden indicado en el alfabeto cabalístico del Tarot del que damos toda la explicación completa y absoluta en el ultimo capítulo de esta obra

Entre los libros raros y preciosos que contienen los misterios del gran arcano, es preciso contar en primera línea, el Sendero químico o Manual de Paracelso, que contiene todos los misterios de la física demostrativa y de la más secreta cábala. Este libro manuscrito, precioso y original, no se encuentra más que en la biblioteca del Vaticano. Sendivogius sacó una copia de la que el barón de Tschoudy se sirvió para componer el CATECISMO HERMÉTICO contenido en su obra titulado: La estrella reluciente . Este catecismo, que indicamos a los sabios cabalistas cómo capaz de sustituir al incomparable tratado de Pasacelso, contiene todos los verdaderos principios de la gran obra de una manera tan satisfactoria y tan clara, que es preciso carecer en absoluto de la inteligencia especial de ocultismo para no llegar a la verdad absoluta meditándola. Vamos a hacer de él un análisis sucinto, con algunas palabras de comentario.

Ramon Llull, uno de los grandes y sublimes maestros de la ciencia, ha dicho que para hacer oro era preciso, primero, tener oro. No se hace nada, de nada; no se crea absolutamente la riqueza; se la aumenta y se la multiplica. Que los aspirantes a la ciencia comprendan bien que no hay que exigir a los adeptos ni escamoteos ni milagros. La ciencia hermética, como todas las ciencias reales, es matemáticamente demostrable. Sus resultados, como materiales, son tan rigurosos como los de una ecuación bien planteada.

El oro hermético, no es solamente un dogma verdadero, una luz sin sombra, una verdad sin aleación de mentira, sino que es también un oro material, real puro y el más precioso que pueda encontrarse en las minas de la tierra.

Pero el oro vivo, el azufre vivo o el verdadero fuego de los filósofos, debe buscarse en la casa del mercurio. Ese fuego se alimenta del aire; para expresar su poder atractivo y expansivo, no puede hacerse mejor comparación que con la del rayo, que no es en principio más que una exhalación seca y terrestre, unida al vapor húmedo, pero que, a fuerza de exhalarse, llega a tomar naturaleza ígnea, obra sobre lo húmedo, que le es inherente, lo atrae hacia sí y lo transmuta en su naturaleza, después de lo cual se precipita con rapidez hacia la tierra en donde se ve atraído por una naturaleza fija semejante a la suya.

Estas palabras, enigmáticas en la forma, pero claras en el fondo, manifiestan claramente lo que los filósofos entienden por su mercurio, fecundado por el azufre, que se convierte en maestro y regenerador de la sal y que no es otra cosa que el Azoe, la magnesia universal, el gran agente mágico, la luz astral, la luz de vida fecundada por la fuerza anímica por la energía intelectual, que ellos comparan con el azufre a causa de sus afinidades con el fuego divino. En cuanto a la sal la materia absoluta. Todo lo que es materia contiene sal y toda sal puede convertirse en oro puro por la acción combinada del azufre

- y del mercurio, que, a veces, obran tan rápidamente que la transmutación puede hacerse en un instante, en una hora, sin fatigas para el operador y casi sin gastos; otras veces y según las disposiciones más contrarias de los medios atmosféricos, la operación requiere muchos días, muchos meses, y algunas veces hasta muchos años. -

Como ya lo hemos dicho, existen en la naturaleza dos leyes primarias, dos leyes esenciales que producen, al contrabalancearse, el equilibrio universal de las cosas; esta es la fijeza y el movimiento, análogos, en filosofía, a la verdad y a la invención y, en concepción absoluta, a la necesidad y a la libertad, que son la esencia misma de Dios. Los filósofos herméticos dan el nombre de fijo a todo lo que es ponderable, a todo lo que tiende, por su naturaleza, al reposo central ya la inmovilidad; nombran volátil a todo lo que obedece más natural y más voluntariamente a la ley del movimiento, formando ellos su piedra del análisis, es decir, de la volatilización del fijo, después de la síntesis, es decir, de la fijación de lo volátil, cosa que operan aplicando al fijo, que ellos llaman su sal, el mercurio sulfurado o la luz de la vida, dirigida y hecha omnipotente por una voluntad soberana. Así es como se apoderan de toda la naturaleza, y su piedra se encuentra por todas partes en donde hay sal, lo que hace decir que ninguna sustancia es extraña a la gran obra, y que pueden cambiarse en oro aun las materias más despreciables y las más viles en apariencia, lo que es verdad en este sentido, que, como ya lo hemos dicho, contienen todas la sal principiante, representada en nuestros emblemas por la piedra cúbica, por sí misma, como se ve en el frontispicio simbólico y universal de las claves de Vasíio Valentía.

Saber extraer de toda materia la sal pura que más esté oculta, es tener el secreto de la piedra. Esta piedra es, pues, una piedra salina, que el Od o la luz universal astral descompone o recompone; es única y múltiple, porque puede disolverse como la sal ordinaria e incorporarse a otras sustancias. Obtenida por el análisis, podría llamarse el sublimado universal; encontrada por vía de síntesis, es la verdadera panacea de los antiguos, porque cura todas las enfermedades sea del alma, sea del cuerpo y ha sido llamada por excelencia la medicina de

toda la naturaleza. Cuando se dispone, por iniciación absoluta, de las fuerzas del agente universal, se tiene siempre esa piedra a su disposición, porque la extracción de ella es entonces una operación sencilla y fácil, bien distinta de la proyección o realización metálica. Esta piedra, en el estado

de sublimado, no debe dejarse en contacto con el aire atmosférico, que podría disolverla en parte y hacerle perder su virtud. No dejaría de entrañar peligro

el sufrir o respirar sus emanaciones. El sabio la conserva con agrado en sus envolturas naturales, seguro como está de extraerla con un solo esfuerzo de su voluntad y una sola aplicación del agente universal, de las envolturas que los cabalistas llaman cortezas. Esto es para expresar jeroglíficamente la ley de prudencia que atribuyen a su mercurio, personificado en Egipto por

Hermanubis, una cabeza de perro, ya su azufre representado por el Baphomet del templo, o el príncipe del Sabbat, esa cabeza de macho cabrío que tanto ha desacreditado a las asociaciones ocultas de la edad media.'

XX

LA TAUMATURGIA

Hemos definido los milagros como efectos naturales de causas excepcionales.

La acción inmediata de la voluntad humana sobre los cuerpos, o por lo menos esa acción ejercida sin medio visible, constituye un milagro en el orden físico.

La influencia ejercida sobre las voluntades, o sobre las inteligencias, sea repentinamente, sea en un tiempo determinado, y - capaz de cautivar los pensamientos, de cambiarlas resoluciones mejor adoptadas, de paralizar las más violentas pasiones, esa influencia, en fin, constituye un milagro en el orden moral.

El error común relativo a los milagros, es el de mirarlos como efectos sin causas, como contradicciones de la naturaleza, como ficciones repentinas de la imaginación divina; y no se piensa que un solo milagro de esta especie rompería la armonía universal y sumergiría al universo en el caos.

Hay milagros imposibles, aun para el mismo Dios. Son estos milagros absurdos. Si Dios pudiera ser absurdo un solo instante, ni él ni el mundo existirían un instante después. Esperar del arbitrio divino un efecto del que se desconociera la causa, o cuya causa no existiera, es lo que se llama tentar a Dios; esto es sencillamente precipitarse en el vacío.

Dios acciona por sus obras; en el cielo opera por sus ángeles y en la tierra por los hombres. Así, pues, en el círculo de acción de los ángeles, éstos pueden todo lo que sea posible a Dios, y en el círculo de acción de los hombres, éstos disponen igualmente de la omnipotencia divina.

En el cielo de las concepciones humanas, es la humanidad la que crea a Dios, y los hombres piensan que Dios los ha hecho a su imagen, por cuanto ellos lo hacen ala suya.

El dominio del hombre abarca toda la naturaleza corporal y visible sobre la tierra, y si no rige ni a los grandes astros ni a las estrellas, puede, por lo menos, calcular el movimiento, medir la distancia e identificar su voluntad a su influencia, puede modificar la atmósfera, obrar, hasta cierto punto, sobre las estaciones del año, curar y hacer enfermas a sus semejantes, conservar la vida y dar la muerte, y por la conservación de la vida entendemos, como ya hemos dicho, la resurrección en ciertos casos.

Lo absoluto en razón y en voluntad es el mayor poder que sea dado alcanzar al hombre, y es por medio de ese poder como él realiza lo que la muchedumbre admira bajo el nombre de milagros.

La más perfecta pureza de intención es indispensable al taumaturgo, pues le hace falta una corriente favorable y una confianza ilimitada.

El hombre que ha llegado a no ambicionar nada y a no temer nada es el dueño de todo. Esto es lo que manifiesta esa hermosa alegoría del Evangelio, en la que se ve al hijo de Dios tres veces victorioso del espíritu impuro, ser servido en el desierto por los ángeles.

Nada sobre la tierra resiste a una voluntad razonable y libre: cuando el sabio dice yo quiero, es el mismo Dios quien quiere, y todo cuanto ordena se realiza.

Es la ciencia y la confianza del médico la que da virtud a las medicinas, y no existe otra medicina real y eficaz como la taumaturgia.

También la terapéutica oculta es exclusiva de toda medicamentación vulgar. Emplea, especialmente, las palabras, las insuflaciones y comunica,

por la voluntad, una virtud variada a las sustancias más simples; el agua, el aceite, el vino, el alcanfor, la sal. El agua de los homeópatas es verdaderamente un agua magnetizada y encantada, que opera por la fe. Las sustancias enérgicas que a ella se agrega en cantidades, por decirlo así, infinitesimales, son la consagración y como los signos de la voluntad del médico.

Lo que se llama vulgarmente el charlatanismo es un gran medio de éxitos reales en medicina, si ese charlatanismo es bastante hábil para inspirar una gran confianza y formar un círculo de fe. En medicina, especialmente, es la fe de la que salva. No existe apenas villa ni villorrio, que no tenga un individuo o individua que se dedique al ejercicio de la medicina oculta, y estos sujetos alcanzan siempre, y en todas partes, éxitos incomparablemente mayores que los de los médicos aprobados por la Facultad. Los remedios que prescriben son con frecuencia ridículos o extravagantes, y curan tanto mejor, cuando mayor fe producen, tanto en los sujetos enfermos como en el operador.

Un amigo nuestro, antiguo negociante, hombre de un carácter raro y de un sentimiento religioso, muy exaltado, después de haberse retirado del comercio, se dedicó a ejercer gratuitamente y por caridad cristiana, la medicina oculta en una provincia de Francia. No empleaba, por todo específico, más que el aceite, las insuflaciones y las plegarias. Se intentó un proceso contra él, por el ejercicio ilegal de la medicina, quedando probado contra él, que en el espacio de cinco años se le atribuían diez mil curaciones, y que el número de creyentes aumentaba sin cesar, en proporciones capaces de alarmar seriamente a todos los médicos del país.

Nosotros hemos visto en Mans una pobre religiosa, a la que se consideraba un si es o no loca, y que curaba a todos los enfermos de los campos vecinos, con un elixir y un esparadrápalo de su invención. El elixir era para el interior, el esparadrápalo para el exterior, y de este modo nada escapaba a esta panacea universal. El emplastro no se adhería nunca a la piel más que en los sitios en que su aplicación era precisa; en los demás sitios se enrollaba sobre sí mismo y caía; por los menos, esto era lo que pretendía la excelente hermana y lo que aseguraban sus enfermos. Esta taumaturga tuvo también su respectivo proceso, pues su curanderismo empobrecía a los médicos de la región. Fue estrechamente clausurada, pero bien pronto hubo necesidad de dejarla una vez por semana al cariño y la fe de los pueblos. Hemos visto el día de las consultas de sor Juana Francisca, gentes del campo, llegadas las vísperas, esperar su turno acostados a la puerta del convento; habían dormido en el duro suelo y esperaban para volver a su pueblo el elixir y el esparadrápalo de la buena hermana.

El remedio era el mismo para todas las enfermedades, y hasta parecería así como que la excelente hermana no tenía necesidad de conocerlos sufrimientos de sus enfermos. Los escuchaba, sin embargo, con la mayor atención y nos les confiaba su específico sino con conocimiento de causa. En esto estribaba el secreto mágico. La dirección de intención daba al remedio su virtud especial. Este remedio era insignificante por sí mismo. El elixir era aguardiente aromatizado y mezclado al jugo de yerbas amargas; el emplastro estaba hecho con una mezcla análoga a la triaca por el color y el olor; era, quizá, pez de Borgoña opiado. Sea lo que fuere, el específico obraba maravillas, y mal lo habría pasado entre aquellos campesinos el que hubiera puesto en duda los milagros de la excelente hermana.

Nosotros hemos conocido, cerca de París, a un viejo jardinero taumaturgo, que hacía también maravillosas curas, y que ponía en sus frascos el jugo de todas sus yerbas de la verbena de San Juan. Este jardinero tenía un hermano, espíritu escéptico, que se burlaba del hechicero. El pobre jardinero, mortificado por los sarcasmos del descreído, comenzó a dudar de sí mismo; los milagros cesaron; los enfermos perdieron su confianza, el taumaturgo, decaído y desesperado, murió loco.

El abate Thiers, cura de Vibraie, en su curioso Tratado de las supersticiones; refiere que una mujer atacada de una oftalmia desesperada en apariencia, habiendo sido repentina y misteriosamente curada, fue a confesarse a un sacerdote de haber recurrido a la magia. Había importunado durante largo tiempo a un clérigo, a quien suponía mago, pasa que le diera algo que, llevándolo encima de sí, la curase, y el clérigo le había dado un pergamino enrollado, recomendándole lavasse tres veces por día con agua fresca. El sacerdote hizo que le llevaran el pergamino, y encontró en él escritas estas palabras: Eruat diabolus oculos tuos et repleat stercorebus loca vacantia. Tradujo estas palabras a la buena mujer, la cual quedó estupefacta; pero no por eso estaba menos curada.

La insuflación es una de las -más importantes prácticas de la medicina oculta, porque es un signo perfecto de la transmisión de la vida. Inspirar, en efecto, quiere decir soplar sobre alguien o sobre alguna cosa, y ya sabemos

por el dogma único de Hermes, que la virtud de las cosas ha creado las palabras y que existe una proporción exacta entre las ideas y las palabras, que

son las formas primeras y las realizaciones verbales de las ideas.

Según el soplo sea caliente o frío, es atractivo o repulsivo. El soplo caliente responde a la electricidad positiva, y el frío a la negativa. Así los animales eléctricos y nerviosos, temen el soplo frío, como puede hacerse la experiencia soplando sobre un gato, cuyas familiaridades sean inoportunas. Mirando fijamente a un león o a un tigre y soplándole a la faz, se les dejada estupefactos hasta el extremo de obligarlos a retirarse y a retroceder ante vosotros.

La insuflación caliente y prolongada, restablece la circulación de la sangre cura los dolores reumáticos y gotosos restablece el equilibrio en los humores y disipa la laxitud. Por parte de una persona simpática y buena es calmante universal. La insuflación fría aplaca los dolores que tiene por origen congestiones y acumulaciones fluídicas. Necesario es alternar con esas dos clases de insuflaciones observando la polaridad del organismo humano y obrando de una manera opuesta sobre los polos que se someterán uno después de otro a un magnetismo contrario Así para curar un ojo enfermo por inflamación, será preciso insuflar caliente y dulcemente el ojo sano, después practicas sobre el ojo calentado insuflaciones frias a distancia y en proporciones exactas con las calientes Los pases magnéticos obran como el soplo y son un soplo real por transpiración e irradiación de aire interior todo fosforescente de luz vital los pases lentos son un soplo caliente que une y exalta los espíritus los pases rápidos son un soplo frío que dispersa las fuerzas y neutraliza las tendencias a la congestión El soplo cálido debe hacerse transversalmente de abajo a arriba; el soplo frío tiene más fuerza si va dirigido de arriba abajo.

No respiramos solamente por las narices y por la boca; la porosidad universal de nuestro cuerpo es un verdadero aparato respiratorio, insuficiente, sin duda, pero muy útil para la vida y para la salud. Las extremidades de los dedos, a las cuales vienen a terminar todos los nervios, hacen irradiar la

luz astral, o la aspiran según nuestra voluntad. Los pases magnéticos sin contacto, son un simple y ligero soplo; el contacto agrega al soplo la impresión simpática equilibrante. El contacto es bueno y aun necesario pasa

prevenir las alucinaciones en el comienzo del sonambulismo. Es una comunión de realidad física que advierte al cerebro y llama al orden a la imaginación que se desvía; pero no debe de ser demasiado prolongado, cuando se quiere magnetizar únicamente. Si el contacto absoluto y prolongado, es útil en ciertos casos, la acción que debe ejercerse entonces sobre el sujeto, se referirá más bien a la incubación o al mensaje, que al magnetismo propiamente dicho.

Hemos referido ejemplos de incubación extractados del libro más respetado entre los cristianos; esos ejemplos se refieren todos a la curación de las letargias, reputadas incurables, puesto que hemos convenido en llamar así a las resurrecciones. Cuanto al masaje, está

todavía en gran uso entre los orientales, que le practican en los baños públicos, y se encuentran después de él admirablemente. Es todo un sistema de fricciones, tracciones, de presiones, ejercidas amplia y lentamente sobre todos los miembros y sobre todos los músculos y cuyo resultado es un nuevo equilibrio en las fuerzas, una sensación completa de reposo y de bienestar, con renovación muy sensible, de agilidad y de vigor.

Todo el poder del médico oculto está en la conciencia de su voluntad, y todo su arte consiste en producirla fe en su enfermo. Si podéis creer, dice el maestro, todo es posible a aquel que cree. Preciso es dominar a su sujeto por la fisonomía, por el tono, por el gesto, inspirarle confianza con sus maneras paternales, convencerle por algún alegre discurso. Rabelais, que era más mago que lo que realmente parecía, había tomado como panacea especial el pantagruelismo. Hacía reír a sus enfermos, y todos los remedios que ordenaba después, todos alcanzaban éxito; establecía entre él y ellos una simpatía magnética, por medio de la cual, les comunicaba su confianza y su buen humor; los alababa en sus prefacios, llamado a sus enfermos muy ilustres y muy preciosos y les dedicaba sus obras. Estamos convencidos de que Gargantúa y Pantagruel han curado más humores negros, más predisposiciones a la locura, más manías atrabiliarias, en esa época de odios religiosos y de guerras civiles, que toda la Facultad de medicina de entonces haya podido comprobar y estudiar.

La medicina oculta es esencialmente simpática. Es preciso que una afección recíproca, o por lo menos un aprecio real se establezca entre el médico y el enfermo. Los jarabes y los julepes no tienen virtud por sí mismos; son los que les hacen la opinión común del agente al paciente; por eso la medicina homeopática lo suprime sin graves inconvenientes. El aceite y el vino combinados, sea con sal o con alcanfor, podría bastar para la curación de toda suerte de heridas y para todas las fricciones externas o aplicaciones calmantes. El aceite y el vino son las medicinas por excelencia de la tradición evangélica. Es el bálsamo del samaritano, y en el Apocalipsis, el profeta, al describir grandes exterminios, ruega a los poderes vengadores de ahorrar el aceite y el vino, es decir, de dejar una esperanza y un remedio para tantas heridas. Lo que se llama entre nosotros la extremaunción era, entre los primeros cristianos y en la intención del apóstol Santiago, que ha consignado el precepto en su epístola a los fieles de todo el mundo, la práctica pura y sencilla de la medicina tradicional del maestro. Si alguno de vosotros está malo, escribe, que haga venir a los ancianos de la Iglesia, que orarán por él y le aplicarán unciones de aceite invocando el nombre del Maestro. Esta terapéutica divina, se ha perdido progresivamente, y se ha adquirido la costumbre de mirar la extremaunción como una formalidad religiosa, necesaria antes de morir. Sin embargo, la virtud taumatúrgica del óleo santo, no podía olvidarse por completo por el dogma tradicional y de ello se hace memoria en el pasaje del catecismo que se refiere a este sacramento.

Lo que curaba, sobre todo, en los primeros cristianos, eran la fe y la caridad. La mayor parte de las enfermedades tienen su origen en desórdenes morales; es necesario comenzar por curar el alma, que el cuerpo se curará inmediatamente después.

XXI

LA CIENCIA DE LOS PROFETAS

Este capítulo está consagrado a la adivinación.

La adivinación, en su sentido más amplio y según la significación gramatical del vocablo, es el ejercicio del poder divino y la realización de la ciencia divina.

Es el sacerdocio del mago.

Pero la adivinación en concepto general se refiere más especialmente al conocimiento de las cosas ocultas.

Conocer los pensamientos más secretos de los hombres penetrar los misterios del pasado y del porvenir, evocar de siglo en siglo la revelación rigurosa de los efectos por la ciencia exacta de las causas, he aquí a lo que se llama universalmente adivinación.

De todos los misterios de la naturaleza, el más profundo es el del corazón del hombre; y, sin embargo, la naturaleza no permite que esa profundidad sea inaccesible. A pesar del más profundo disimulo a pesar de la política más hábil, traza por sí misma y deja observar en las formas del cuerpo, en la luz de las miradas en los movimientos en el modo de andar en la voz en fin, mil indicios reveladores.

El perfecto iniciado no tiene necesidad ni aun de esos indicios; ve la verdad en la luz, siente una impresión que le manifiesta al hombre de cuerpo entero, atraviesa los corazones con su mirada y debe aun fingir ignorar, para desarmar así el miedo o el odio de los malvados, a quienes conoce por completo.

El hombre que no tiene o tiene mala conciencia, cree siempre que se le acusa, que se sospecha de él; se reconoce al decir cualquiera sátira que sea colectiva, pues la considerará hecha expresamente para él, y dirá que se le calumnia. Siempre desconfiado, pero siempre tan curioso como tímido, está ante el mago como el Satán de la parábola, o como los escribas que le interrogaban para tentarle. Siempre testarudo y siempre débil, lo que teme por encima de todo, es reconocer sus injusticias. El pasado le inquieta, el porvenir le espanta; querría transigir consigo y creerse un hombre de bien y de fáciles condiciones. Su vida es una lucha continua entre buenas aspiraciones y malas costumbres; se cree filósofo, a la manera de Aristipo o de Horacio, aceptando toda la corrupción de su siglo como una necesidad que hay que sufrir; después se distrae en algún pasatiempo filosófico y se otorga de buen grado la sonrisa protectora de Mecenas, para persuadirse de que no es sencillamente un explotador del hambre en complicidad con Verrés, o un complaciente de Trimalción.

Semejantes hombres son siempre explotadores aunque realicen buenas obras. Han resuelto ofrecer un donativo a la asistencia pública y aplazan su dádiva para obtener el descuento. Este tipo sobre el cual me he detenido, de intento, no es el de un particular; es el de toda una clase de hombres, con los cuales el mago está expuesto, especialmente en nuestro siglo, a encontrarse en frecuente relación. Que se encierra en la desconfianza de que ellos le darán bien pronto ejemplo, porque encontrará siempre en ellos sus más comprometedores y peligrosos enemigos.

El ejercicio público de la adivinación no podría convenir hoy con el carácter de un verdadero adepto, por cuanto en muchas ocasiones tendría que apelar a la farsa y al escamoteo para maravillar a su público y conservar su clientela. Los adivinos y las adivinadoras acreditados, tienen siempre una policía secreta que les informa de continuo respecto a la vida y costumbre de sus clientes consultantes. En la antecámara está establecida toda una telegrafía de señales

con el gabinete de consultas; se da un número al cliente que no se conoce todavía y acude por primera vez; se le indica un día y se le hace seguir; se obliga a hablar a las porteras, a los criados y aun a los vecinos, llegando de este modo a conocer ciertos detalles de la vida íntima, que no pueden menos de maravillar al consultante sencillo, y que proporciona al charlatán la estimación que sería preciso reservar para la verdadera y concienzuda adivinación.

La adivinación de los acontecimientos del porvenir, no es posible más que para aquellos en quienes la realización está ya contenida, de algún modo, en su causa. El alma, mirándola a través de todo el aparato nervioso en el círculo de la luz astral que influencia a un hombre y recibe una influencia de él, el alma del adivinador repetimos puede abarcar en una sola intuición todo cuanto ese hombre ha levantado alrededor de sí, de odios o de amores; puede leer sus intenciones en su pensamiento prever los obstáculos que encontrará en su camino la muerte violenta que quizá le espera pero no puede prever sus determinaciones privadas voluntarias caprichosas instantes después de terminada la consulta a menos que la astucia del adivino no prepare por sí mismo el cumplimiento de una determinada profecía. Ejemplo decís a una mujer que desea encontrar un marido tal o cual día a tal o cual espectáculo y en él hallareis un hombre que os agradara. Ese hombre no saldrá de allí sin haberse fijado en vos y, por un concurso de circunstancias, resultará más tarde un matrimonio. Podéis estar seguro de que la dama irá al espectáculo indicado y esperará un próximo matrimonio. Si el matrimonio no se realiza eso no os desacreditará ante sus ojos porque ella no querrá perder la esperanza de una nueva ilusión, sino que, por el contrario, irá con mayor frecuencia a consultaros.

Hemos dicho que la luz astral es el gran libro de la adivinación; aquellos que tienen aptitud para leer en ese libro, tienen toda suerte de ventajas a su favor. Hay, pues, dos clases de videntes; los intuitivos y los iniciados. Por esto es por lo que los niños, los ignorantes, los pastores, los mismos idiotas tienen mayores disposiciones para la adivinación natural que los sabios y los pensadores. David, simple pastor, era profeta, como lo fue después Salomón, el rey de los cabalistas y de los magos. Las percepciones del instinto son con frecuencia tan seguras, como las de la ciencia; los menos clarividentes en luz astral son aquellos que más razonan.

El sonambulismo es un estado de puro instinto; así, los sonámbulos tienen necesidad de ser dirigidos por un vidente de la ciencia; los escépticos y los razonadores no pueden hacer otra cosa que desviarlos.

La visión adivinatrix, no se opera más que en estado de éxtasis, y para llegar a ese estado es preciso hacer imposibles la ilusión y la duda, encadenando o durmiendo el pensamiento.

Los instrumentos de adivinación no son, pues, otros que los medios de magnetizarse a sí mismo y de distraerse de la luz exterior, para estar atentos únicamente a la luz interna. Es por esto por lo que Apolonio se envolvía por completo en un manto de lana, y fijaba, en la oscuridad, sus miradas sobre su ombligo. El espejo mágico de du Potet, es un medio análogo al de Apolonio. La hidromancia y la visión en la uña del pulgar, bien igualada y ennegrecida, es una variedad del espejo mágico. Los perfumes y las evocaciones aletargan el pensamiento; el agua o el color negro absorben los rayos visuales; prodúcese entonces un desvanecimiento, un vértigo que va seguido de lucidez en los sujetos que tienen para esto una aptitud natural y que están convenientemente dispuestos.

La cartomancia y la geomancia son otros medios para llegar a los mismos fines; las combinaciones de símbolos y de nombres, siendo a la vez fortuitos y necesarios, dan una imagen bastante verdadera de las probabilidades que ofrece el destino, para que la imaginación pueda ver las realidades a través de los símbolos. Cuanto más excitado está el interés, más grande es el deseo de ver y mayor la confianza en la intuición, y también más

clara la visión. Arrojar al azar los puntos de geomancia, o echarlas cartas a la ligera, es jugar, como los niños, a quien saca la carta más bonita. Las cartas no son oráculos más que cuando están magnetizadas por la inteligencia y dirigidas por la fe.

De todos los oráculos el Tarot es el más sorprendente por sus respuestas, porque todas las combinaciones posibles de esta clave universal de la Cábala, dan por soluciones oráculos de ciencia y de verdad. El Tarot era el libro único de los antiguos magos; es la Biblia primitiva, como lo probaremos en el capítulo siguiente, y los antiguos le consultaban como los primeros cristianos consultaron más tarde la Suerte de los Santos, es decir, versículos de la Biblia, sacados al azar y determinados por el pensamiento de un número.

La señorita Lenormand, la más célebre de nuestras modernas adivinatoras, ignoraba la ciencia del Tarot, o apenas, la conocía por Etteilla, cuyas explicaciones son sombras arrojadas sobre la luz. No sabía nada, ni de alta magia, ni de cábala, y tenía la cabeza repleta de una erudición mal digerida; pero era intuitiva por instinto y éste la engañaba raramente. Las obras que nos ha legado son un galimatías legitimista, esmaltado por citas clásicas; pero sus oráculos, inspirados por la presencia y por el magnetismo de los consultantes, ofrecían con frecuencia motivos de sorpresa. Era una mujer en quien el humorismo de la imaginación y la divagación del espíritu substituyeron siempre alas afecciones naturales de su sexo. Vivió y murió virgen, como las antiguas druidesas de la isla de Sayne. Si la naturaleza la hubiera dotado de alguna belleza, habría desempeñado fácilmente, en época remotas con los galos, el papel de una Melusina o de una Velleda.

Y Cuantas mayores son las ceremonias que se emplean en el arte de la adivinación, tanto más se excita la imaginación de los consultantes y la del operador. El conjuro de los cuatro, la oración de Salomón, la espada mágica para apartar los fantasmas, pueden ser empleados con éxito; debe evocarse; también el genio del día y de la hora en que se opera y ofrecerle su perfume especial; después se coloca en relación magnética e intuitiva con la persona que consulta preguntándole qué animal le es simpático y cual otro le es antipático; qué flor le gusta y qué color prefiere. Las flores, los colores y los animales, se refieren en clasificación analógica a los siete genios de la cábala

Aquellos que gustan de azul, son idealistas y soñadores; los que prefieren el rojo materialistas y coléricos los que aman el amarillo fantásticos y caprichosos; los que ponen su complacencia en el color verde, tienen frecuentemente un carácter mercantil o astuto; los amigos del negro están influenciados por Saturno; el rosa, el color de Venus, etc. Aquellos que gustan del caballo son laboriosos, nobles de carácter y, por consiguiente, flexibles y dóciles; los amigos del perro son amantes y fieles; los del gato son independientes y libertinos. Las personas francas tienen miedo de las arañas; a las almas bravas les es antipática la serpiente; las personas probas y delicadas no pueden sufrir las ratas ni los ratones; los voluptuosos tienen horror al sapo, porque es frío, solitario, triste y repugnante. Las flores producen simpatías análogas alas de los animales y de los colores, y como la magia es la ciencia de las analogías universales, un solo gusto, una sola disposición de una persona hace adivinar todos los demás. Esta es una aplicación a los fenómenos de orden moral de la anatomía analógica de Cuvier. La fisonomía del rostro y del cuerpo, las arrugas de la frente, las líneas de la mano suministran igualmente al magista indicios preciosos. La metoposcopia y la quiromancia han llegado a ser ciencias apartes, cuyas observaciones, a menudo arriesgadas y puramente conjeturales, han sido comparadas, discutidas y después reunidas en un cuerpo de doctrina por Goglenius,

Belot, Romphile, Indagine y Taisnier. La obra de este último es la más considerable y la más completa, y resume y comenta las observaciones y las conjeturas de las demás.

Un observador moderno, el caballero D'Arpentigny, ha dado a la quiromancia un nuevo grado de certeza por sus anotaciones acerca de las analogías que realmente existen entre los caracteres de las personas y forma, sea total, sea detallada, de sus manos. Esta nueva ciencia ha sido desarrollada y precisada después, por un artista, que es, al propio tiempo, un literato, lleno de originalidad y de finura. El discípulo excedió al maestro, y se cita ya como un verdadero mago en quiromancia al amable y espiritual Desbarrolles, uno de los viajeros de quienes place rodearse en sus novelas cosmopolitas nuestro gran novelista Alejandro Dumas. Es preciso también interrogar al consultante acerca de sus habituales sueños. Los sueños son los reflejos de la vida, sea interior, sea exterior. Los filósofos antiguos les prestaban una gran atención; los patriarcas veían en ellos revelaciones ciertas, y la mayoría de las revelaciones religiosas fueron hechas en sueños. Los monstruos del infierno son pesadillas del cristianismo, y como lo advierte espiritualmente el autor de Smarra, nunca el pincel o el buril habrían reproducido semejantes horrores, sino hubieran sido vistos en sueño.

Hay que desconfiar de las personas que generalmente sueñan cosas feas monstruosas.

El temperamento se manifiesta también por los sueños, y como el temperamento ejerce sobre la vida una influencia continua, es necesario reconocerle bien para conjeturar con certeza los destinos de la persona. Los sueños de sangre, de placer y de luz son indicios de un temperamento sanguíneo; los de agua, fango, lluvia, lágrimas son el resultado de disposiciones más flemáticas; el fuego nocturno, las tinieblas, los terrores, los fantasmas, pertenecen a los biliosos y a los melancólicos.

Sinesio, uno de los más grandes obispos cristianos de los primeros siglos, discípulo de Iamblico y pura Hipatia, que fue martirizada por fanática después de haber sido la gloriosa maestra de esa magnífica escuela de Alejandría, de la que el cristianismo debía compartirla herencia; Sinesio, poeta lírico, como Pindaro y Calímaco, religioso como Orfeo, cristiano como Spiridión de Tremithonte, ha dejado un tratado de los sueños, que nos ha sido dado a conocer por Cardan. En la actualidad ya nadie se ocupa de esas magníficas investigaciones del espíritu, porque los fanatismos sucesivos han casi forzado a mundo a desesperar del racionalismo científico y religioso. San Pablo quemó a Trismegisto; Omar quemó a los discípulos de Trismegisto y de San Pablo. ¡Oh, perseguidores! ¡Oh, incendiarios! ¿Cuándo habrá terminado vuestra obra de tinieblas y de destrucción?

Trithemo, uno de los más eximios magos del período cristiano, abad irreprochable de un monasterio de benedictinos, sabio teólogo y maestro de Agrippa, ha dejado entre sus inapreciadas e inapreciables obras, un tratado que se titula: De septem secundis, id est intelligentibus sive spiritibus, Deum moventibus. Es una clave de todas las antiguas y nuevas profecías y un medio matemático, histórico y fácil de exceder a Isaías y a Jeremías en la previsión de todos los acontecimientos del porvenir. El autor bosqueja a grandes rasgos la filosofía de la historia y divide la existencia de todo el mundo entre los siete genios de la Cabala. Es la mayor y más amplia interpretación que se ha hecho nunca de esos siete ángeles del Apocalipsis, que aparecen sucesivamente con trompetas y copas para repartir el verbo y la realización del verbo en el mundo. El reinado de cada ángel es de 354 años y cuatro meses. El primero es Onfiel el ángel de Saturno que ha comenzado su reinado el 13 de marzo del año primero del mundo (porque el mundo, según Trithemo, ha sido creado en 13 de marzo) su reinado ha sido el del salvajismo y la noche primitiva. Después vino el imperio de Anael el espíritu de Venus que comenzó el 24 de junio del año del mundo 354 entonces el amor comenzó a ser el preceptor de los hombres, él creó la familia, y la familia condujo a la asociación y a la ciudad primitiva. Los primeros civilizadores fueron los poetas inspirados por el amor después la exaltación de la poesía condujo la religión el fanatismo y la crápula que, más tarde debían producir el diluvio. Y todo esto duró hasta el año del mundo 708 en el

octavo mes es decir hasta el 25 de octubre y e"tonces comenzó el reinado de Zachariel, el ángel de Júpiter, bajo el cual los hombres comenzaron a conocer y a disputarse la propiedad de los campos y de las habitaciones. Esta fue la época de la fundación y la guerra fueron las consecuencias. Luego se hizo sentir la necesidad del comercio, y fue entonces cuando, en el año del mundo 1063, el 24 de febrero, comienza el reinado de Raphael, el ángel de Mercurio, el ángel de la ciencia y del verbo, el ángel de la inteligencia y de la industria, entonces fue cuando se inventaron las letras. El primer idioma fue jeroglífico universal, y el monumento que nos queda de él es el libro de Enoc, de Cadmo, de Thot o de Palamedo, la clavícula cabalística adoptada más tarde por Salomón, el libro místico de los Theraphims de Urim y de Thumim, la Génesis primitiva del Sohar y de Guillaume Postel, la rueda mística de Ezequiel, la rota de los cabalistas, el Taro de los magistas y de los bohemios. Entonces se inventaron también las artes y la navegación fue ensayada por vez primera; las relaciones se extendieron, las necesidades se multiplicaron y pronto llegó, es decir, el 26 de junio del año del mundo 1417, el reinado de Samael, el ángel de Marte, época de la corrupción de todos los hombres y del diluvio universal Después de un largo desfallecimiento el mundo se esforzó por renacer bajo el imperio de Gabriel, el ángel de la luna, que comenzó su reinado el 28 de marzo del año del mundo 1771 entonces la familia de Noé se multiplica y repuebla todas las partes de la tierra, después de la confusión de Babel, hasta el reinado de Michael, el ángel del Sol, que comienza el 24 de febrero del año del mundo 2126; y es esta época en la que hay que cargar en cuenta el origen de las primeras dominaciones el imperio de los hijos de Nemrod el nacimiento de las religiones y de las ciencias sobre la tierra y los primeros conflictos del despotismo y de la libertad Trithemo prosigue este estudio curiosísimo, a través de las edades y muestra en las mismas épocas la vuelta a las ruinas, luego la civilización renaciente por la poesía y por el amor, los imperios restablecidos por la familia, engrandecidos por el comercio, destruidos por la guerra, reparados por la civilización universal y progresiva, luego absorbidos por otros grandes imperios, que son las síntesis de la historia. El trabajo de Trithemo, desde ese punto de vista, es más universal y más independiente que el de Bossuet y es una clave absoluta de la filosofía de la historia.

XXII

EL LIBRO DE HERMES

Llegamos al final de nuestra obra, y es aquí en donde debemos dar la clave universal y decir la última palabra.

La clave universal de las artes mágicas. es la clave de todos los antiguos dogmas religiosos; la clave de la Cábala y de la Biblia, la clavícula de Salomon.

Pues bien, esta clavícula o pequeña clave, que se creía perdida desde hacía siglos nosotros la hemos hallado, y hemos podido abrir con ella todas las tumbas del antiguo mundo, hacer hablar a los muertos, volver a ver en todo su esplendor los monumentos del pasado, comprenderlos enigmas de todas las esfinges y penetrar en todos los santuarios.

El uso de esta llave entre los antiguos, no estaba permitido más que solo a los grandes sacerdotes, y no se comunicaba el secreto, ni a lo más selecto de los iniciados. Pues bien, ved aquí lo que era esa llave.

Era un alfabeto jeroglífico y numeral, manifestando por caracteres y por números una serie de ideas universales y absolutas; luego una escala de diez números multiplicados por cuatro símbolos, y unidos juntos por doce figuras representando los doce signos del zodiaco, más cuatro genios, los de los cuatro puntos cardinales.

El cuaternario simbólico, figurado en los misterios de Memfis y de Tebas, por las cuatro formas de la esfinge, el hombre, el águila, el león y el toro, correspondían con los cuatro elementos del mundo antiguo, figurados; el agua por la copa que tiene el hombre o el acuario;-el aire, por el círculo o nimbo que rodea la cabeza del águila celeste; el, fuego por la..madera que le alimenta, por el árbol que el calor de la tierra y el del sol hacen fructificar, por el cetro, en fin, de la realeza, de la que el león es el emblema, la tierra por la espada de Mithra, que inmola todos los años el toro, y hace correr con su sangre, la savia que fructifica todos los frutos de la tierra.

Pues bien, estos cuatro signos, con todas sus analogías, son la explicación de la palabra única oculta en todos los santuarios, de la palabra que las bacantes parecían adivinaren su embriaguez cuando celebraban las fiestas de Iacchos y se exaltaban hasta el delirio para gritar ¡IO EVOHE!

¿Qué significa pues, esta palabra misteriosa?

Era el nombre de las cuatro letras primitivas de la lengua madre la JOD, símbolo de la cepa de la viña o del cetro paternal de Nod; la He, imagen de la copa de las libaciones, signo de la maternidad divina; la VAU que une a las dos precedentes, y tenía por figura en la India, al grande y misterioso lingam. Tal era, en la palabra divina, el triple signo del ternario; después de la letra maternal aparecía una segunda vez, para manifestar la fecundidad de la naturaleza y de la mujer; para formular así el dogma de las analogías universales y progresivas, descendiendo de las causas a los efectos, y ascendiendo de los efectos a las causas. Así la palabra sagrada no se pronunciaba nunca, se separaba y pronunciaba en cuatro sílabas, que son las cuatro palabras sagradas: JOD HE VAU HÉ.

El sabio Gaffarel no duda que los Theraphims de los hebreos, por medio de los cuales consultaban los oráculos del Urim y del Thumim, no hayan sido las figuras de los cuatro animales de la Cábala; cuyos símbolos estaban resumidos, como luego veremos, por las esfinges o querubines del Arca. Pero cita a propósito de los Theraphims usurpados de Michas, un curioso pasaje de Philon, el Judío, que es toda una revelación sobre el origen

antiguo y sacerdotal de nuestros tarots. He aquí cómo se expresa Gaffarel: «Dice (Phion, el Judío) hablando de la historia oculta en el capítulo susodicho de los Jueces, que Michas hizo de oro fino y de plata tres figuras de otros mozos jóvenes y de otras tantas terneras, de un león, de un águila, de un dragón y de una paloma, de masera que si alguno iba a buscarle para saber algún secreto referente a sus hijos, por el mozo joven; si por sus riquezas, por el águila; si respecto a la fuerza y por el poder, por el león; si por la fecundidad, por el querube o ternera; si por la longevidad, por el dragón.» Esta revelación de Philon —aun cuando Gaffarel no le dé gran importancia— tiene para nosotros mucha. He aquí en efecto, nuestra clave del cuaternario; he aquí las imágenes

de los cuatro animales simbólicos que se encuentran en la vigésima primera clave del Tarot, es decir, en el tercer septenario superspuestos; luego el antagonismo de los colores, manifestado por la paloma y el dragón; el círculo o Rota, formado por el dragón o serpiente para manifestar la longitud de los días; en fin, la adivinación cabalística del Tarot completo, tal como la practicaron más tarde los egipcios bohemios⁸, cuyos secretos fueron adivinados y encontrados por Etteilla.

Se ve en la Biblia que los grandes sacerdotes consultaban al Señor sobre la tabla de oro del arca santa, entre los querubes o esfinges de cuerpos de toro y alas de águila, y que consultaban con el auxilio de los theraphims, por el urim, por el thumim y por el ephod. El ephod era, como es sabido, un cuadrado mágico de doce números y de doce palabras grabadas sobre piedras preciosas.

La palabra Theraphims, en hebreo significa jeroglíficos o signos figurados; el urim y el thumim, era lo alto y bajo, el oriente y el occidente, el sí y el no, y esos signos correspondían a las dos columnas del templo, Jakin y Bohas. Cuando, pues, el gran sacerdote quería hacer hablar al oráculo, tiraba al azar los theraphims, o láminas de oro que llevaban las imágenes de las cuatro palabras sagradas, y las colocaba tres a tres alrededor del racional o el ephod. entre el urim y el thumim, es decir, entre los dos ónices que servían de graponés a las cadenas del ephod. El onix de la derecha significaba Gedulah o misericordia y magnificencia; y si, por ejemplo, el signo del león se encontraba cerca de la piedra en donde estaba grabado el nombre de la tribu de Judá del lado izquierdo, el gran sacerdote leía de este modo el oráculo: La yerga del Señor está irritada contra Juda. Si el theraphim representaba el hombre o Iacopay se encontraba igualmente a la izquierda, cerca de la piedra de Benjamín, el gran sacerdote leía: La misericordia del Señor está enojada por las ofensas de Benjamín, que le ultraja en su amor. Es por esto por lo que va a verter sobre él la copa de su cólera, etc. Cuando el soberano sacerdote cesó en Israel, cuando todos los oráculos del mundo se callaron en presencia del verbo hecho hombre y hablando por boca del más popular y del más dulce de los sabios; cuando el arca fue perdida, el santuario profanado y el templo destruido, los misterios del ephod y de los theraphims, que no estaban ya trazados sobre oro y piedras preciosas, fueron escritos, o más bien figurados por algunos sabios cabalistas sobre marfil, sobre pergamino, sobre cuero plateado y dorado, últimamente sobre simples cartas, que siempre fueron sospechosas a la iglesia oficial, como encerrando una clave peligrosa en sus misterios. De aquí proceden esos tarots, cuya antigüedad, revelada al sabio Court de Gebelin, por la misma ciencia de los jeroglíficos y de los números, tanto ejerció, más tarde, la dudosa perspicacia y la tenaz investigación de Etteilla.

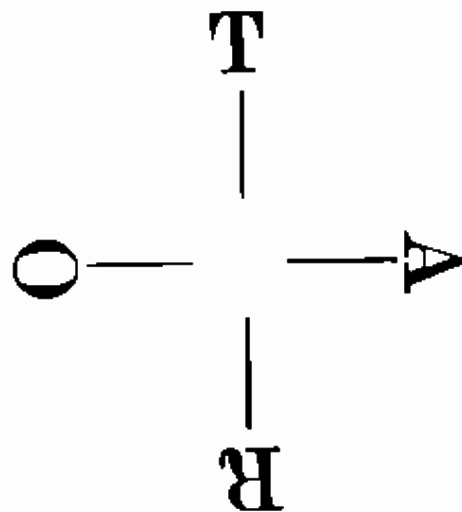
Court de Gebelin, en el volumen 8 de su Mundo primitivo, da el grabado de las veintidós claves y de los cuatro ases del Tarot, y demuestra la perfecta analogía con todos los símbolos de las más remota antigüedad; trata de dar seguidamente la explicación y se desvía,

⁸ Egipcios bohemios o Gitanos.

naturalmente, porque toma como punto de partida el tetragrama universal y sagrado, el IO EVOHE de las bacantes, el JOD HE VAU HE del santuario.

Etteilla o Alliette, preocupado únicamente de sus sistema de adivinación y del provecho material que de él podía sacar; Alliette —repetimos— el antiguo peluquero, que jamás aprendió bien el francés ni la ortografía, pretendió reformar y aun apropiarse también el libro de Thot. Sobre el tarot que hizo grabar, y que ha hecho extremadamente raro se lee en la carta 28 (el ocho de bastos) este ingenuo reclamo: «Etteilla, profesor de álgebra, renovador de la cartomancia y redactor (sic) de las modernas incorrecciones del antiguo libro de Thot, vive calle de la Oseille, núm. 48, en París.» Etteilla hubiera procedido mejor no redactando las incorrecciones de que habla; sus trabajos han hecho caer en la magia vulgar, entre las echadoras de cartas, el antiguo libro descubierto por Court de Gebelin. Quien quiere probar mucho, no prueba nada, dice un axioma lógico; Etteilla suministra un ejemplo más, y sin embargo, sus esfuerzos le habían conducido a cierto conocimiento de la Cábala, como puede verse en algunos raros pasajes de sus ilegibles obras.

Los verdaderos iniciados, contemporáneos de Etteilla, los Rosacruces, por ejemplo, y los Martinistas que estaban en posesión del verdadero Tarot, como lo prueba un libro de San Martin, en que las divisiones son las del Tarot y este pasaje de uno de los enemigos de los Rosacruces: «Pretenden tener un volumen en el cual pueden aprender todo cuanto está en los demás libros que hay o que pueda haber. Ese volumen es su razón; en la cual encuentran el prototipo de todo lo que existe por la facilidad de analizarlo, de hacer abstracciones, de formar una especie de mundo intelectual y de crear todos los seres posibles. Ved las canas filosóficas, teosóficas, microcósmicas, etc. (Conjuración contra la religión católica y los soberanos por el autor de Velo levantado para los curiosos, París, Crapart, 1792); los verdaderos iniciados—repetimos— que tenían el secreto del Tarot entre sus mayores misterios, se guardaron bien de protestar contra los errores de Etteilla y le dejaron, no revelarlo, sino velar el arcano de las verdaderas clavículas de Salomón. Tampoco es sin un profundo asombro como hemos encontrado intacta e ignorada aún esa clave de todos los dogmas y de todas las filosofías del antiguo mundo. Digo una clave, y una es verdaderamente, teniendo un círculo de cuatro décadas por anillo, y por fuste o sea por un cuerpo, la escala de los 22 caracteres girando los tres grados del ternario, como lo comprendió Guillaume Postel en su Llave de las cosas ocultas desde el comienzo del mundo, clave que indica el nombre oculto y solo conocido-de los iniciados:



palabra que puede leerse Rota y que significa la rueda de Ezequiel, o Taro, que entonces es sinónimo del Azoé de los filósofos herméticos. Es una palabra que manifiesta cabalísticamente lo absoluto dogmático y natural; está formada con caracteres del monograma de Cristo, según los griegos y los hebreos.

La R latina, o la P griega, se encuentra en medio, entre el alpha y omega del Apocalipsis; después la Tau sagrada, imagen de la cruz, encierra toda la palabra, cómo lo representamos en esta página de este Ritual.

Sin el Tarot la magia de los antiguos sería un libro cerrado para nosotros y sería imposible penetrar ninguno de los grandes misterios de la Cábala.

Solamente el Tarot da la interpretación de los cuadros mágicos de Agrippa y Paracelso, como puede uno convencerse formando esos mismos cuadros con las claves del Tarot y leyendo los jeroglíficos que se hallarán así reunidos.

He aquí los siete cuadrados mágicos de los genios planetarios según Paracelso:⁹

⁹ Archidoxia Mágica de Paracelso libro séptimo. Estos Cuadrados Mágicos o cameas aparecen originalmente en el tratado alquímico judío conocido como el Aesh Metzareph y también en Agrippa, Filosofía Oculta donde el maestro explica como son usados para producir las firmas de los ángeles tan necesarias para la evocación de los espíritus superiores. Frater Alastor.

JUPITER

4	14	15	1
9	7	6	21
5	■	10	8
16	2	3	11

MARTE

11	24	7	20	i
4	12	ZS	8	16
I7	5	13	2I	9
10	r8	r	14	22
2J	6	19	2	15

EL SOL

6	32	3	34,35
7	11	27	z8 83 0
19	14	16	IS .z3 24
18	20	22	21 17 13
zS	29	10	9 26 rz
36	S	33	4 zJI

VENUS

22	47	16	41	10	35	4
5	23	48	17	42	11	29
JO	6	24	9	18	J	6 12
IJ	J	I	7	25	43	19 3 7
J8	14	J2	x	26	44	20
2139	8	33		J	iJZ	45
46	IS	40	9	J	iJZ	.z8

MERCURIO

8	58	59	5	4	62	63	1
49	15	14	52	53	11	10	50
41	23	22	44	48	19	18	45
32	34	35	29	25	38	39	28
40	26	27	37	36	30	31	33
17	47	46	20	21	43	42	24
9	55	54	12	13	51	50	16
64	2	3	61	60	6	7	57

LA LUNA

37	!	8	1	z9	i7	o	z	1	j	6	z	t	3	5	4	J
ó	1	38	'	79	!	3	o	1	7	•	22	.	63	14	!	46
16	,	48	8	40	!	8	1	J	2	64	24	56				
s	7	\	17	49	9	.	4	1	73	,	6	s	'	z	s	
z	6	5	S	18	S	0	1	4	2	74	34	66				
6	7	2	7	S	9	10	S	■	2	43	75	35				
36	68	19	!	60	52.	44	76									
77	z	8	69	!	20	!	61	12	53	4	45					

SATURNO

4	9	2
3S		7
8	1	6

Adicionando cada una de las columnas de estos cuadrados, obtendréis invariablemente el número característico del planeta, y al encontrar la explicación de ese número por los jeroglíficos del Tarot, buscáis el sentido de todas las figuras, sean triangulares, sean cuadradas, sean cruciales, que encontraréis formadas por los números. El resultado de esta operación será un conocimiento completo y profundo de todas las alegorías y de todos los misterios ocultos por los antiguos, bajo el símbolo de cada planeta, o más bien, de cada personificación de esas influencias, sean celestes, sean humanas, sobre todos los acontecimientos de la vida.

Hemos dicho que las 22 claves del Tarot son las 22 letras del alfabeto cabalístico primitivo. He aquí un cuadro de las variantes de ese alfabeto según los diversos cabalistas hebreos.

El ser, el espíritu, el hombre o Dios; el objeto comprensible; la unidad madre de los números, la sustancia primera.

Todas estas ideas están expresadas jeroglíficamente por la figura del Batelero. Su cuerpo y sus brazos forman la letra O ; lleva alrededor de la cabeza un nimbo en forma de OO , símbolo de la vida y del espíritu universal; ante él están las espadas, las copas y los pantáculos y eleva hacia el cielo la varita milagrosa. Tiene una figura juvenil y los cabellos ensortijados, como Apolo o Mercurio; tiene la sonrisa de la seguridad en los labios y la mirada de inteligencia en los ojos

◆ La casa de Dios y del hombre, el santuario, la ley, la gnosis, la cábala, la iglesia oculta, el binario, la mujer y la madre.

Jeroglífico del Tarot, LA PAPISA; una mujer coronada con una tiara, mostrando los cuernos de la Luna o de Isis la cabeza está rodeada de un velo la cruz solar sobre el pecho, y en sus rodillas tiene un libro que oculta con su manto.

El autor protestante de una pretendida historia de La Papisa Juana, ha encontrado y hecho servir cual bien cual mal a sus tesis dos curiosas y antiguas figuras que han encontrado de La Papisa o soberana sacerdotisa del Tarot. Estas dos figuras dan a La Papisa todos los atributos de Isis; en una de ellas tiene y acaricia a su hijo Horus; en la otra tiene largos cabellos sueltos; está sentada entre las dos columnas del binario, lleva sobre el pecho un sol de cuatro rayos; coloca una mano sobre el libro y hace con la obra el signo del esoterismo sacerdotal, es decir, que abre solamente tres dedos y mantiene los otros plegados en señal de misterio; por detrás está velada su cabeza, ya cada lado de su asiento hay un mar, sobre el cual se esparcen flores de loto. Debo, pues, enmendarla plana vigorosamente al desdichado erudito que no ha querido ver en este símbolo antiguo más que un retrato monumental de su pretendida Papisa Juana.

◆ El verbo, el ternario, la plenitud, la fecundidad, la naturaleza, la generación en los tres mundos.

Símbolo, LA EMPERATRIZ: una mujer alada, coronada, sentada y teniendo en el extremo de su cetro el globo del mundo; tiene por signo un águila, imagen del alma y de la vida.

Esta mujer es la Venus Urania de los griegos, y ha sido representada por San Juan en su Apocalipsis, por la mujer revestida del sol, coronada por doce estrellas y teniendo la luna bajo

sus pies. Es la quinta esencia mística del ternario; es la espiritualidad; es la inmortalidad; es la reina del cielo.

, La puerta o el gobierno entre los orientales, la iniciación, el poder, el tetragrama, el cuaternario, la piedra cúbica o su base.

Jeroglífico, EL EMPERADOR; un soberano cuyo cuerpo representa un triángulo recto, y las piernas una cruz, imagen del Atanor de los filósofos.

ii Indicación, demostración, enseñanzas, ley, simbolismo, filosofía, religión.

Jeroglífico, EL PAPA o el gran hierofante. En los Tarots más modernos este signo está reemplazado por la imagen de Júpiter. El gran hierofante, sentado entre las dos columnas de Hermes y de Salomón, hace el signo del esoterismo y se apoya sobre la cruz de tres travesaños, de una forma triangular. Ante él, dos ministros inferiores están de rodillas, de modo que, teniendo encima de él los capiteles de las columnas y debajo las dos cabezas de los ministros, él es el centro del quinario y representa el divino pentagrama, del que él da el mudo completo. Efectivamente, las columnas son la necesidad o la ley, las cabezas son la libertad o la acción y de cada columna a cada cabeza se puede trazar una línea, y dos líneas de cada columna a cada una de las dos cabezas.

se obtendrá un cuadrado cortado en cuatro triángulos por una cruz, y en medio de esta cruz estará el gran hierofante, diremos que como la araña en medio de su tela, si esta imagen pudiera convenir a cosas de verdad, de gloria y de luz.

, Encadenamiento, gancho, lingam, enlazamiento, unión, estrechamiento, lucha, antagonismo, combinación, equilibrio.

Jeroglífico, el hombre entre el Vicio y la Virtud. Encima de él irradia el sol de la verdad, y en ese sol el Amor tiende su arco amenazando al Vicio con su flecha. En el orden de las diez sefirot, este símbolo corresponde a Tiphereth, es decir, al idealismo y a la belleza. El número seis representa el antagonismo de los dos ternarios, es decir, de la negación absoluta y de la absoluta afirmación. Es, pues, el número del trabajo y de la libertad; es por lo que también se refiere a la belleza moral y a la gloria.

Arma, glava, espada reluciente del querube, septenario sagrado, triunfo, realeza, sacerdocio.

Jeroglífico, un carro cúbico de cuatro columnas, con cortinajes azulados con estrellas. En el carro, entre las cuatro columnas, un triunfador coronado de un círculo, sobre el cual se elevan e irradian tres pentagramas de oro. El triunfador lleva sobre su coraza tres escuadras superpuestas; tiene sobre los hombros el urim y el thumin del soberano sacrificio, figurados por las dos crecientes de la luna en Gédulah y en Géburah tiene en la mano un cetro terminado por un globo un cuadrado y un triángulo su actitud es altiva y tranquila. Al carro van enganchados una doble esfinge o dos esfinges, echadas sobre el bajo vientre cada una de ellas tira de un lado pero una vuelve la cabeza y ambas miran hacia el mismo lado La esfinge

que vuelve la cabeza es negra, la obra blanca. Sobre el cuadrado que forma la delantera del carro, se ve el lingam indio sobremontado por la esfera volante de los egipcios. Este jeroglífico del cual ofrecemos el grabado es el más bello quizá, y el más completo de todos cuantos componen la clavícula del Tarot.



El carro de Hermes, Séptima clave del Tarot

M Balanza, atracción y repulsión, vida, espanto, promesa y amenaza.

Jeroglífico, LA JUSTICIA con su clava y su balanza.

◆ El bien, el horror del mal, la moralidad, la sabiduría.

Jeroglífico, un sabio apoyado sobre su bastón y llevando delante de sí una lámpara; se envuelve completamente en su manto. Su inscripción es el EREMITA O EL CAPUCHINO, a causa de la capucha de su manto oriental; pero su verdadero nombre es LA PRUDENCIA, completando así las cuatro virtudes cardinales, que han parecido dos parejas a Court de Gebelin y Etteilla.

◆ Principio manifestación, alabanza, honor viril, falo, fecundidad viril, cetro paternal.

Jeroglífico, LA RUEDA DE LA FORTUNA, es decir, la rueda cosmogónica de Ezequiel, con un Hermanubis ascendiente a la derecha, un Typhón descendiente a la izquierda, y una esfinge encima, en equilibrio, teniendo la espada entre sus garras de león. Símbolo admirable, desfigurado por Etteilla quien ha reemplazado a Typhón por un hombre, a Hermanubis por un ratón y a la esfinge por un mono, alegoría bien digna de la cábala de Etteilla.

◆ La mono en el acto de tomar y retener.

Jeroglífico, LA FUERZA, una mujer coronada del OO vital y que cierra tranquilamente, sin esfuerzos, las fauces de un león furioso.

◆ Ejemplo, enseñanza, lección pública.

Símbolo, un hombre que está colgado por un pie y cuyas manos están atadas a la espalda, de modo que su cuerpo forma un triángulo con la punta hacia abajo y sus piernas una cruz por encima del triángulo. La potencia tiene la forma de una tau hebrea; los dos árboles que la sostienen tienen cada uno seis ramas cortadas. Hemos explicado en otra parte este símbolo del sacrificio y de la obra realizada; no volveremos aquí a repetirlo.

◆ El cielo de Júpiter y de Marte; dominación y fuerza; renacimiento, creación y destrucción.

Jeroglífico, LA MUERTE, que siega cabezas coronadas, en un prado en donde se ven crecer hombres.

◆ El cielo del sol, temperaturas, estaciones, movimientos, cambios de la vida siempre nueva y siempre la misma.

Jeroglífico, LA TEMPERANCIA. Un ángel que tiene el signo del sol en la frente, y en el pecho el cuadrado y el triángulo del septenario, vierte de una copa en otra las dos esencias que componen el elixir de vida.

Principio, manifestación, alabanza, honor-viril, falo, fecundidad viril, cetro paternal.

C El cielo de Mercurio, ciencia oculta, magia, comercio, elocuencia, misterio, fuerza moral:

Jeroglífico, EL DIABLO, el macho cabrío de Mendés o el Baphomet del templo con todos sus atributos panteístas. Este jeroglífico es el único que Etteilla ha comprendido perfectamente y convenientemente interpretado.

V El cielo de la luna, alteraciones, subversiones, cambios, debilidades.

Jeroglífico, una torre fulminada por el rayo, probablemente la de Babel. Dos personajes, Nermód, sin duda, y su falso profeta o su ministro, se ven precipitados desde arriba hasta el fondo de las ruinas. Uno de los personajes, al caer, representa perfectamente la letra V, gnain.

◆ El cielo del Alma, efusiones del pensamiento, influencia moral de la idea sobre las formas, inmortalidad.

Jeroglífico, la estrella brillante y la juventud eterna. Ya hemos ofrecido en otra parte la descripción de esta figura.

I Los elementos, el mundo visible, la luz reflejada, las formas materiales.

Jeroglífico, la luna, el rocío, un cangrejo en el agua remontando hacia tierra, un perro y un lobo aullando a la luna y detenidos al pie de dos torres; un sendero que se pierde en el horizonte, y que está sembrado de gotas de sangre.

i' Los mistos, la cabeza, la cima, el principio del cielo.

Jeroglífico, un sol radiante y dos niños desnudos se dan la mano en un recinto fortificado. En otros tarots, es una hilandera adivinando los destinos; en otros, también, un niño desnudo monta en un caballo blanco y despliega un estandarte color escarlata.

, Lo vegetativo, la virtud generadora de la tierra, la vida eterna.

Jeroglífico, EL Juicio. Un genio toca in trompeta y los muertos salen de sus tumbas; estos muertos que reviven, son un hombre y una mujer y un niño; el ternario de la vida humana.

W Lo sensitivo, la carne, la vida material.

Jeroglífico, El. Loco: un hombre vestido de loco, marcha al azar, cargado con una saca que lleva a in espada y que, sin duda, está llena de sus ridiculeces y de sus vicios; sus ropas en

desorden dejan al descubierto lo que debiera ocultar, y un tigre que le sigue, le muerde sin que él trate de evitarlo o de defenderse.

rl El microcosmos, el resumen de todo en todo.

Jeroglífico, el Kether, o la corona cabalística entre los cuatro animales misteriosos; en medio de la corona se ve ala verdad, teniendo en cada mano una varita mágica.

Tales son las 22 claves del Tarot que explican todos los números. Así, el batelero, o clave de las unidades, explica los cuatro ases con su cuádruple significación progresiva en los tres mundos y en el primer principio. Así, el as de oros o de los círculos, es el alma del mundo; el de espadas, la inteligencia militante; el de copas, la inteligencia amante, y el de bastos, la inteligencia creadora; éstos son, también, los principios del movimiento, del progreso, de la fecundidad y del poder. Cada número, multiplicado por una clave, da otro número que, explicado a su vez por las claves, completa la revelación filosófica y religiosa, contenida en cada signo. Ahora bien, cada una de las 56 cartas puede multiplicarse por las 22 claves, turno por turno, de aque resulta una serie de combinaciones, ofreciendo los más sorprendentes resultados de revelación y de luz. Es una verdadera máquina filosófica que impide que el espíritu se extravíe, siempre dejándole su iniciativa y su libertad; son las matemáticas aplicadas a lo absoluto; es la alianza de lo positivo con lo ideal; es una lotería de pensamientos rigurosamente justos como los números; es, en fin, quizá lo mejor que el genio humano haya concebido jamás, siendo a la vez, lo más sencillo y lo más grande.

El modo de leer los jeroglíficos del Tarot es disponiéndolos, sea en cuadrado, sea en triángulo colocando los números pares en antagonismo y conciliándolos por medio de los impares. Cuatro signos manifiestan siempre lo absoluto en un orden cualquiera, y se explican por un quinto. Así, la solución de todas las cuestiones mágicas, es la del pentagrama, y todas las autonomías se explican por la armoniosa unidad.

Dispuesto de este modo, el Tarot es un verdadero oráculo y responde a todas las preguntas posibles con mayor claridad y infalibilidad que el Androide de Alberto el Grande; de manera que un prisionero sin libros, podría, en algunos años, si tuviera solamente un Tarot del que supiera servirse, adquirir una ciencia universal y hablaría de todo con una doctrina sin igual y con una elocuencia inagotable. Esta rueda, en efecto, es la verdadera clave del arte oratorio y del gran arte de Ramon Llull; es el verdadero secreto de la transmutación de las tinieblas en luz; es el primero y el más importante de todos los arcanos de la gran obra.

Por medio de esta clave universal del simbolismo, todas las alegorías de la Indias, de Egipto y de in Judea, se hacen claras; el Apocalipsis de San Juan es un libro cabalístico, cuyo sentido está rigurosamente indicado por las figuras y por los números del urim y del thumin, de los theraphims y del ephod, todos resumidos y completados por el Tarot. Los antiguos santuarios no tienen ya misterios, y se comprende, por vez primera, la significación de los objetos del culto de los hebreos. ¿Quién no ve, en efecto, en la tabla de oro, coronada y soportada por querubines, que cubría el arca de la alianza y servía de propiciatoria, los mismos símbolos que en la veintiuna clave del Tarot? El arca era un resumen jeroglífico de todo el dogma cabalístico; contenía el jod o el bastón florido de Aarón, el he, ola copa, el gomor, conteniendo el maná, las dos tablas de la ley, símbolo análogo al de la clave de la justicia, y el maná contenido en el gomor, cuatro cosas que traducen maravillosamente las letras del tetragrama divino.

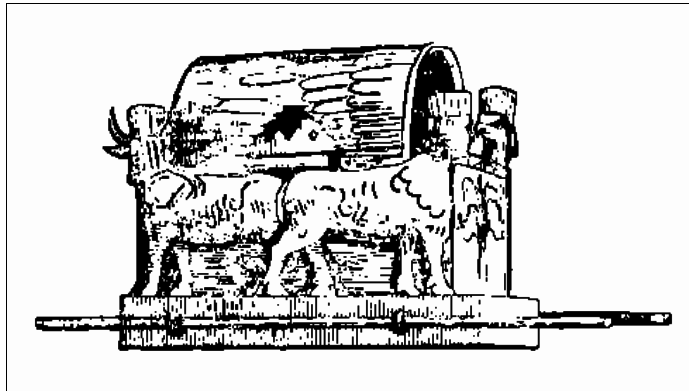
Gaffarel ha probado sabiamente que los querubines o querubes del arca tenían la figura de terneras; pero lo que él ha ignorado, es que en lugar dedos había cuatro, dos en cada

extremidad, como lo dice expresamente el texto, mal entendido en este pasaje por la mayor parte de los comentaristas.

En los versículos 18 y 19 del éxodo, es preciso traducir el texto hebreo así.

«Tú harás dos vacas o esfinges de oro, trabajadas al martillo, de cada lado del oráculo.» «Y tú las colocarás, la una vuelta de un lado, y la otra del otro.»

Los querubes o esfinges estaban efectivamente acoplados de ados a cada lado del arca, y sus cabezas se volvían hacia los cuatro rincones del propiciatorio, al que cubrían con sus alas redondeadas en forma de bóveda, sombreando también la corona de la mesa de oro que sostenían sobre sus espaldas y se miraban el uno al otro, por parejas, al mirar al propiciatorio (véase el grabado).



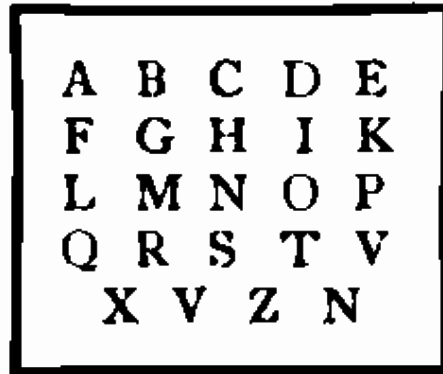
El arca

El arca tenía también tres partes o tres pisos, representando a Aziluth, Jezirah y Briah, los tres mundos de la Cábala; la base del cofre, al cual estaban adaptadas las cuatro argollas de las dos palancas, análogas alas columnas del templo JAKIN y BOAS; el cuerpo del arca, sobre la cual resaltaban en relieve el de las esfinges y la cubierta, sombreada por las alas de las esfinges. La base representaba el reino de la sal, para hablar en el lenguaje de los adeptos de Hermes; el cofre, el reino del mercurio o del ázoe, y la tapa o cobertera, el del azufre o del fuego. Los demás objetos del culto, no eran menos alegóricos; pero sería precisa una obra especial para descubrirlos y explicarlos.

San Martín, en su «Tabla natural de las relaciones que existen entre Dios, el hombre y la naturaleza», ha seguido, como ya hemos dicho, la división del Tarot y da sobre las 22 claves un comentario místico bastante extenso; pero se guarda muy bien de decir de dónde ha tomado el plan de su libro y de revelar los jeroglíficos que comenta. Postel ha tenido la misma discreción, y al nombrar solamente el Tarot en la figura de su clave de los arcanos, le designa en el resto del libro bajo el nombre de Génesis de Enoc. Este personaje, autor del primer libro, es, en efecto, idéntico al de Thot entre los egipcios, Cadmo entre los fenicios y Palamedo entre los griegos.

Hemos encontrado, de una manera bastante extraordinaria, una medalla del siglo XVI, que es una clave del Tarot. Nosotros no sabríamos decir que esta medalla, y el lugar en donde hubimos de hallarla, nos había sido exhibida en sueños por el divino Paracelso; sea lo que fuere, la medalla está en poder nuestro. Representa, de un lado el batelero, en traje alemán del siglo XVI, teniendo en una mano su cinturón y en la otra el pentagrama; tiene ante sí, sobre la mesa, entre un libro abierto y una bolsa cerrada, diez dineros o talismanes, dispuestos en dos líneas de tres cada uno y en un cuadrado de cuatro; las patas de la mesa forman dos ¡! y los

del batelero dos , invertidos de esta manera L7 . El reverso de la medalla contiene las letras del alfabeto, dispuestas en cuadrado mágico. dé este modo:



Puede advertirse que este alfabeto no tiene más que 22 letras, puesto que la V y la N están dos veces, y que está compuesto por cuatro quinaros y un cuaternario por clave y por base. Las cuatro letras finales son dos combinaciones del binario y del temario, leídas cabalísticamente forman la palabra AZOE, dando alas configuraciones de las letras su valor en hebreo primitivo y tomando N por \aleph , Z por lo que ella es en latín, V por la vau , hebrea que se pronuncia O entre dos vocales o letras que tienen de ella el valor y la X por la tau primitiva que tenía exactamente esa figura. Todo el Tarot está, pues, explicado en esta maravillosa medalla, digna, en efecto, de Paracelso, y que nosotros ponemos a disposición de los curiosos. Las letras dispuestas por cuatro veces cinco, tienen por suma la palabra .N,Z \aleph , análoga a las de \aleph , \aleph de INRI, y conteniendo todos los misterios de la Cábala.

Teniendo el Tarot tan alta importancia científica es de desear que no se le alterase más. Hemos recorrido en la Biblioteca imperial, la colección de antiguos Tarots, siendo en ella en donde hemos recogido todos los jeroglíficos, 'de los cuales ofrecemos la descripción. Resta un trabajo importante por realizar; es el de hacer grabar y publicar un Tarot rigurosamente completo y cuidadosamente ejecutado. Quizá lo emprendamos muy pronto.

Se encuentran vestigios del Tarot en todos los pueblos del mundo. El Tarot juliano es, como lo hemos dicho, el mejor conservado y el más fiel; pero se podría perfeccionarle aún, con preciosos datos tomados a los juegos de naipes españoles; el dos de copas, por ejemplo, en los Naibi , es completamente egipcio, y en ellos se ven dos vasos antiguos en que los ibis forman las asas, superpuestas por encima de una vaca; se encuentra en las mismas cartas un licornio en medio del cuatro de oros; el tres de copas representa la figura de Isis saliendo de un vaso, en tanto que de los otros dos vasos salen dos ibis, llevando el uno una corona para la diosa, y el otro, al parecer, ofreciéndole una flor del loto. Los cuatro ases, llevan la serpiente hierática y sagrada y, en algunos juegos, en medio del cuatro de oros, en vez del unicornio simbólico, se encuentra el doble triángulo de Salomón.

Los Tarots alemanes están más alterados y no se encuentra en ellos mas que apenas los nombres de las claves, estando muy recargados de figuras bizarras y pantagruélicas. Hemos tenido en la mano un Tarot chino y se encuentran en la Biblioteca imperial algunas muestras de un juego semejante.

M. Boiteau, en su notable obra sobre las cartas de juego, ha publicado ejemplares muy bien hechos. El Tarot chino conserva todavía muchos emblemas primitivos; se distinguen muy bien losoros y las espadas, pero sería más difícil encontrar las copas y los bastos.

En las épocas de las herejías gnósticas maniqueas, fue cuando el Tarot debió perderse para la iglesia, y es en la misma época cuando el sentido del divino Apocalipsis se ah, igualmente, perdido para ella. No ha comprendido que los siete sellos de este libro cabalístico son otros tantos pantáculos, de los que publicamos el grabado, y que se explican por las analogías de los números, de los caracteres y de las figuras del Tarot. Así, la tradición universal de la religión única se vio un instante interrumpida; las tinieblas de la duda se esparcieron por toda la tierra y ha parecido a la ignorancia, que el verdadero catolicismo, la revelación Universal, había desaparecido. La explicación del libro de San Juan, por los caracteres de la Cábala, será, pues, toda una revelación nueva, que han presentado ya muchos magistas distinguidos. He aquí cómo se expresa uno de ellos, Auguste Chaho:

«El poema del Apocalipsis supone en el joven evangelista un sistema completo y tradiciones desarrolladas por él sólo.

»Está escrito en forma de visión, y encierra en un cuadro desvanecedor de poesía, toda la erudición, todo el pensamiento del africano civilizador.

»Bardo inspirado, el autor recorre una serie de hechos dominantes; traza, a grandes rasgos, la historia de la sociedad, de un cataclismo a otro aun más allá.

»Las verdades que revela son profecías procedentes de arriba y de lejos, de las que se hace sonoro eco.

»Es in voz que grita, la voz que canta las armonías del desierto y prepara el camino de la luz.

»Su palabra resuena con imperio y ordena a la fe, porque viene para aportar a los bárbaros los oráculos de IAO y desvelar a la admiración de las futuras civilizaciones el primer nacido de los soles.

»La teoría de los cuatro ángeles se encuentra en el Apocalipsis, como en los libros de Zoroastro y en la Biblia.

»El restablecimiento gradual de las federaciones primitivas y del reinado de Dios en los pueblos franqueados del yugo de los tiranos y del bando del terror, está claramente profetizada para el final de la cuarta edad y la renovación del, cataclismo demostrada, en principio a lo lejos, en la consumación de los tiempos.

»La descripción del cataclismo y de su duración; el mundo nuevo, desprendido de la onda y aparecido bajo el cielo con todos sus encantos; la gran serpiente, amarrada por un ángel en el fondo del abismo por un tiempo; la aurora, en fin, de este tiempo que vendrá, profetizada por un verbo, que se aparece al apóstol desde el comienzo de su poema.

»Su cabeza y sus cabellos eran blanco, sus ojos chispeantes, sus pies se parecían al fino estaño cuando sale del homo y su voz igualaba el ruido de las grandes aguas.

»Tenía en su diestra mano, siete estrellas, y de su boca salía una glava de dos filos, muy bien afiladas. Su rostro era tan brillante como el sol en toda su fuerza.»

«He aquí a Ormud, Osiris, Chur, el Cordero, el Cristo, el anciano de los días, el hombre del tiempo y del río cantado por Daniel.

»El es el primero y el último, aquel que ha sido y que debe de ser, el alfa y el omega, el comienzo y el fin.

»Tiene en su mano la llave de los misterios; abre el gran abismo del fuego central en donde reposa la muerte, bajo un pabellón de tinieblas, en donde duerme la gran serpiente esperando el despertar de los siglos.»

El autor aproxima esta alegoría de San Juan a la de Daniel, en la que las cuatro formas de la esfinge están aplicadas a los grandes períodos de la historias, y en donde el hombre-sol, el verbo-luz, consuela e instruye al vidente.

»El profeta Daniel ve un mar agitado en sentido contrario por los cuatros vientos del cielo.

»Y bestias muy diferentes unas de otras, salieron de las profundidades del Océano.

»De allí salieron cuatro.

»La primera bestia, símbolo de la raza solar de los videntes vino del lado de África; se parecía a un león y llevaba alas de águila; le fue dado un corazón de hombre.

»La segunda bestia, emblema de los conquistadores del Norte, que reinaron por el hierro durante la segunda edad, era parecida a un oso

»Tenía en las fauces tres hileras de dientes agudos, imagen de las tres grandes familias conquistadoras, y se le dijo: Levantaos y hartaos de matanza.

»Después de la aparición de la cuarta bestia, se elevaron tronos, y el anciano de los días, el Cristo de los videntes, el cordero de la primera edad, se mostró sentado.

»Su vestido era de una blancura deslumbrante; su cabeza lanzaba rayos de luz; su trono, de donde chisporroteaban llamas vivas, era llevado por ruedas ardientes; una llama de fuego muy viva salía de su rostro y miríadas de ángeles o estrellas brillaban a su alrededor.

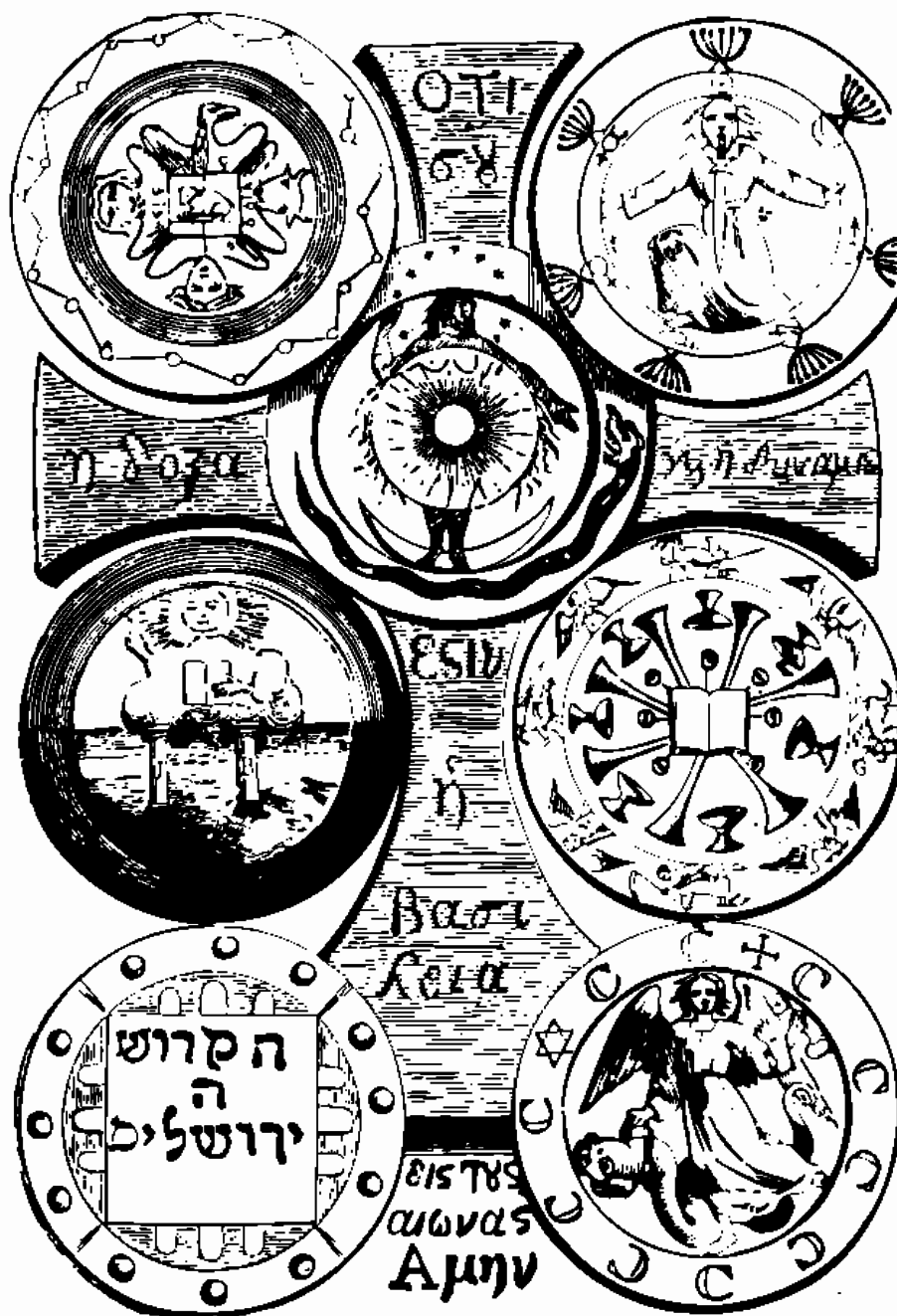
»El juicio se verificó; los libros alegóricos fueron abiertos.

»El Cristo nuevo vino en una nube llena de relámpagos y se detuvo ante el anciano de los días; obtuvo en reparto el poder, el honor y el reinado sobre todos los pueblos, todas las tribus y todos los idiomas.

»Daniel se aproximó entonces a uno de los que estaban presentes y le preguntó la verdad de las cosas.

Y él le respondió que los cuatro animales eran cuatro potencias que reinarian sucesivamente sobre la tierra »

Chaho explica seguidamente muchas imágenes cuyas analogías son asombrosas y que se hallan en casi todos los libros sagrados. Sus palabras son muy notables.



Clave Apocalíptica¹⁰

¹⁰ Esta Clave Apocalíptica es tomada del Grimorio llamado Enchirindion del Papa Leon III, según el grimorio protege contra toda clase de hechizos y encantamientos se dibuja sobre pergamino virgen usando la tinta celeste y se sahuma con los perfumes del Sol. En el grimorio es llamado Pentaculo de San Juan. Frater Alastor.

«En todo verbo primitivo, el paralelismo de las relaciones físicas y de las relaciones morales, se establece sobre los mismos radicales. »Cada palabra lleva consigo su definición material y sensible y ese lenguaje viviente es también perfecto y verdadero cuanto más sencillo y natural es el hombre creador.

»Que el vidente manifieste con la misma palabra, ligeramente modificada, el sol, el día, la luz, la verdad, y que aplicando un mismo epíteto al blanco sol y aun cordero, se dice cordero o Cristo, en vez del sol y sol en lugar de verdad, luz, civilización, no habrá alegoría, sino relaciones de verdad, tomadas y manifestadas con inspiración.

»Pero cuando los hijos de la noche dicen en su dialecto incoherente y bárbaro, sol, día, luz, verdad, cordero, la relación sabia, tan claramente manifestada por el verbo primitivo, se borra y desaparece y por in simple traducción el cordero y el sol se convierten en seres alegóricos, en símbolos,

»Advertid, en efecto, que la palabra alegoría significa en definición céltica, cambio de discurso, traducción.

»La observación que acabamos de hacer se aplica rigurosamente a todo el lenguaje cosmogónico de los bárbaros.

»Los videntes se servían del mismo radical inspirado para manifestar el alimento y la instrucción. ¿No es, acaso, la ciencia de la verdad el alimento ~, del alma?

»Así, el rollo de papyrus o de biblos devorado por el profeta Ezequiel; el pequeño libro que el ángel hace comer al autor del Apocalipsis; los festines del palacio mágico de Asgard, a los cuales Gangles está convidado por Har el sublime; la maravillosa multiplicación de siete panecillos, contada por los evangelistas del Nazareno; el pan viviente que Jesús-Sol hace comer a sus discípulos, diciéndoles: Este es mi cuerpo y otros muchos rasgos semejantes, son una repetición de la misma alegoría; la vida de las almas que se alimentan con la verdad la verdad que se multiplica sin disminuir nunca y que por el contrario, aumenta a medida que uno se alimenta de ella.

»Que exaltado por un noble sentimiento de nacionalidad, desvanecido por la idea de una revolución inmensa, se erija en un revelador de cosas ocultas y que trate de popularizar los descubrimientos de la ciencia antigua entre hombre groseros, ignorantes, desprovistos de las nociones más elementales y más sencillas:

»Que diga, por ejemplo: La tierra gira; la tierra es redonda como un huevo. »Qué puede hacer el bárbaro que escucha sino creer? ¿No es evidente que toda proposición de este género se convierte para él en un dogma elevado, en un artículo de fe?

»Y el velo de una alegoría sabia, ¿no basta para hacer de ella un misterio? »En las escuelas de videntes, el globo terrestre estaba representado por un huevo de cartón o de madera, pintado, y cuando se preguntaba a los niños:

¿Qué es este huevo? Ellos respondían: Es la tierra.

»Niños grandes, los bárbaros que habían oído esto, repitieron con los hijos de los videntes: El mundo es un huevo.

»Pero ellos comprendían por esto el mundo físico, material, y los videntes 'el mundo geográfico, ideal, el mundo imagen, creado por el espíritu y el verbo.

»En efecto, los sacerdotes de Egipto representaban al espíritu, la inteligencia, a Kneph, con un huevo colocado sobre los labios, para mejor manifestar que el huevo no era más que una comparación, una imagen, un modo de hablar.

»Choumountou, el filósofo del Ezour-Veda, explica de la misma manera al fanático Biache, lo que hay que entender por el huevo de oro de Brahma.»

No hay que desesperar completamente de que llegue una época en que todavía se ocupen de investigaciones sabias y razonables; así, pues, es con un gran consuelo, con una gran satisfacción, como acabamos de citar las páginas de Chao. No es esta, no, la crítica negativa y desesperante de Volney y de Dupuis. Es una tendencia a una sola fe, a un solo culto que debe unir todo el pasado con todo el porvenir; es la rehabilitación de todos los grandes hombres, falsamente acusados de idolatría y de superstición; es, en fin, la justificación del mismo Dios, ese sol de las inteligencias, que no está jamás velado para las almas rectas y para los corazones puros.

«Es grande el vidente, el iniciado, el elegido de la naturaleza y de la suprema razón — exclama una vez más el autor que acabamos de citar—.

»A él solo le pertenece un Verbo perfecto de conveniencia, de propiedad, de flexibilidad, de riqueza, creado por reacción física, anónia del pensamiento; del pensamiento, cuyas palpitaciones, todavía independientes del lenguaje, reflejan siempre la naturaleza, exactamente reproducida en sus impresiones, bien juzgada, bien manifestada en sus relaciones.

»A él sólo le pertenece la luz, la ciencia, la verdad, porque la imaginación, limitada a su papel pasivo secundario, no domina nunca la razón, la lógica natural que resulta de la comparación de las ideas; que estas nacen, se mutiplican, se extienden en las misma proporción que sus necesidades y que el círculo de sus conocimientos se ensanche también por grados, sin mezcla de juicios falsos de errores.

»Para él sólo una luz infinitamente progresiva, porque la multiplicación rápida de la población, según las renovaciones terrestres, combina en pocos siglos la sociedad nueva en todas las relaciones imaginables de su destino, sean morales, sean políticas.»

Y nosotros podríamos agregar, luz absoluta.

«El hombre de nuestro tiempo es inmutable en sí; no cambia más que in naturaleza en que está ordenado.

«Las condiciones sociales en que se halla colocado determinan por sí solas el grado de su perfeccionamiento, la santidad del hombre y su felicidad en la ley?»

¿Se nos preguntará, aun después de semejantes puntos de vista, que para qué sirven las ciencias ocultas? ¿Tratarán con desdén de misticismo y de iluminismo a estas matemáticas vivas, a estas proporciones de ideas y de formas, a esta revelación permanente de la razón universal, a esta liberación del espíritu, a esta base inquebrantable dada a la fe, a esa omnipotencia revelada a la voluntad? Niños que buscáis prestigios, ¿estáis descorazonados porque sólo os ofrecemos maravillas? Un hombre no dijo un día: Haced aparecer al diablo y os creeré; nosotros le respondimos: Pedís demasiado poco; nosotros queremos no hacerle aparecer, sino que desaparezca del mundo entero; hacerle desaparecer de nuestros sueños.

¡El diablo es la ignorancia; son las tinieblas, son las incoherencias del ~ pensamiento; es la fealdad! ¡Despertaos, pues, durmientes de la edad media!

¿No veis que ya es de día? ¿No veis cómo la luz de Dios llena ya toda la naturaleza? ¿Quién, pues, osaría a estas fechas mostraros al príncipe caído de los infiernos?

Nos resta ahora ofrecer nuestras conclusiones y determinar el fin y el alcance de esta obra en el orden religioso y en el orden filosófico, así como también en el orden de las realizaciones materiales y positivas.

En el orden religioso, primero hemos demostrado que las prácticas de los cultos no podrían ser indiferentes, que la magia de las religiones estriba en sus ritos, que su fuerza moral reside en la jerarquía ternaria y que la jerarquía tiene por base, por principio y por síntesis, la unidad.

Hemos demostrado la unidad y la ortodoxia, universales del dogma, revestido sucesivamente de muchos velos alegóricos, y hemos seguido la verdad salvada por Moisés de las profanaciones de Egipto, conservada en la Cábala de los profetas, emancipada por la escuela cristiana de la servidumbre de los fariseos, atrayendo así todas las aspiraciones poéticas y generosas de las civilizaciones griega y romana, protestando contra un nuevo fariseísmo, más corrompido que el primero, con los grandes santos de la edad media y r los audaces pensadores del renacimiento. Hemos demostrado —repito— esa verdad siempre universal, siempre una, siempre viva que sólo concilia la razón yin fe, la ciencia y la sumisión; la verdad del ser, demostrada por el ser mismo, la armonía demostrada por la misma armonía, y la razón manifestada por la propia razón.

Al revelar por primera vez al mundo los misterios de la magia, no hemos querido resucitar prácticas sepultadas bajo las ruinas de antiguas civilizaciones, sino que hemos querido decir a la humanidad actual que ella también está llamada a crearse inmortal y todopoderosa por sus obras.

La libertad no se da sino que se toma, ha dicho un escritor moderno; lo propio sucede con la ciencia, y es por esto por lo que la divulgación de la verdad absoluta no es jamás útil al vulgo. Pero en una época en que el santuario ha sido devastado y sepultado entre ruinas y han arrojado la clave del mismo a través de los campos, sin provecho para nadie, he creído deber recoger esa clave y ofrecérsela a los que sepan tomarla; porque ese será a su vez, un doctor de las naciones y un libertador del mundo.

Son precisos y lo serán siempre, las fábulas y los andadores para los niños; pero hay que pensar un solo instante en que aquellos que han de manejarlos andadores sean tan niños como los que quieren andar y escuchar fábulas.

Que la ciencia más absoluta y la razón más elevada sea el patrimonio de los jefes del pueblo; que el arte sacerdotal y el arte real vuelvan a empuñar el doble cetro de las antiguas iniciaciones,—y el mundo saldrá una vez más del caos.

No quememos las santas imágenes; no demolamos los templos; son necesarias a los hombres tanto aquéllas como éstos; pero arrojemos a los vendedores de la casa en que no debe hacerse otra cosa que orar; no permitamos que los ciegos se conviertan en lazaretillos de otros ciegos; reconstituyamos la jerarquía de la ciencia y de la santidad y reconozcamos únicamente aquellos que saben como doctores de aquellos que creen.

Nuestro libro es católico; y si las revelaciones que contiene son de naturaleza que alarmen la conciencia de las personas sencillas, nuestro consuelo consistirá en pensar que no lo leerán. Escribimos para los hombres sin prejuicios y no tratamos de adular a la irreligión ni al fanatismo.

Porque ¿qué cosa hay que en mundo que sea más inviolable y libre que la creencia? Es preciso por la ciencia y por la persuasión, desviar de lo absurdo alas imaginaciones descarriadas, pues sería dar a sus errores toda la dignidad y toda la verdad del martirio, amenazándolos o contradiciéndolos. ‘

La fe no es más que una superstición y una locura si no tiene como base ala razón, y no puede suponerse lo que se ignora más que por la analogía con lo que se sabe. Definir lo que no se sabe, es una ignorancia presuntuosa; afirmar positivamente lo que se ignora, es sencillamente mentir.

Así, pues, la fe es una aspiración y un deseo. Así sea; yo deseo que sea así, tal es la última palabra de todas las profesiones de fe. La fe, la esperanza y la caridad, son tres hermanas de tal modo inseparables, que muy bien pudiera confundírselas, o tomar a la una por la otra.

Pues bien, la religión ortodoxa universal y hierática, restauración de los templos en todo su esplendor, restablecimiento de todas las ceremonias, en su pompa primitiva; enseñanza hierática del símbolo, misterios, milagros, leyendas para los niños, luz para los hombres maduros, que se guardarán muy bien de escandalizar a los niños en la sencillez de su creencia. He aquí en religión toda nuestra utopía, y este es también el deseo y la necesidad de la humanidad

Vengamos a la filosofía

La nuestra es la del realismo y la del positivismo

El ser está en razón del ser cosa que nadie duda Todo existe para nosotros por la ciencia Saber es ser La ciencia y su objeto se identifican en la vida intelectual de aquel que sabe Dudar es ignorar Pues bien lo que ignoramos no existe aun para nosotros Vivir intelectualmente es aprender

El ser se desarrolla y se amplía por la ciencia. La primera conquista de la ciencia es el resultado primero de las ciencias exactas es el sentimiento de la razón Las leyes de la naturaleza son álgebra pura Así la única fe razonable es la de la adhesión del estudiante a los teoremas de los que ignoran toda la exactitud que consigo llevan pero cuyas aplicaciones y resultados le son suficientemente demostrados El verdadero filósofo cree en lo que es y no admite a posteriori, más que todo lo que es y es razonable

Cuanto más charlatanismo haya en filosofía mayor será el empirismo y más grande el sistema. ¡El estudio del ser y de sus realidades comparadas! ¡Una metafísica de la naturaleza! Pues ¡atrás el misticismo! Nada de sueños en filosofía; la filosofía no es poesía, sino las matemáticas puras de las realidades, sean físicas, sean morales. Dejemos a la religión la libertad de sus aspiraciones infinitas, pero que ella deje, a su vez, a la ciencia las conclusiones rigurosas del experimentalismo absoluto.

El hombre es hijo de sus obras; es lo que quiere ser; es la imagen de Dios laque él se forma; es la realización de su ideal. Si su ideal carece de base, todo el edificio de su inmortalidad se derrumba. La filosofía no es el ideal, sino es ella laque debe servir de base al ideal. Lo conocido es para nosotros la medida de lo desconocido; lo visible nos hace apreciar lo invisible; las sensaciones son a los pensamientos, lo que los pensamientos alas aspiraciones. La ciencia es una trigonometría celeste; uno de los lados del triángulo absoluto, es la naturaleza sometida a nuestras investigaciones; el otro, es nuestra alma que abraza y refleja la naturaleza; el tercero, es lo absoluto, en el cual se agranda nuestra alma. Nada de ateísmos posibles en adelante, aun cuando no tengamos la pretensión de definir a Dios. Dios es, para nosotros, el más perfecto y el mejor de los seres inteligentes y la jerarquía ascendente de los seres, nos demuestra lo bastante que existe. No pidamos más; pero para comprenderle siempre mejor, perfeccionémonos subiendo hacia él.

¡Nada de ideologías! El ser es lo que es y no se perfecciona más, que siguiendo las leyes reales del ser. Observemos, no prejuzguemos; ejercitemos nuestras facultades, no las falseemos; ensanchemos el dominio de la vida; ¡veamos la verdad en la verdad! Todo es posible a aquel que quiere solamente lo que es verdadero. Permaneced en la naturaleza, estudiad, sabed y, después, osad; osad querer, ¡osad, obrar y callaos!

Nada de odios contra nadie. Cada cual cosechará lo que siembre. El resultado de las obras es fatal, y es la razón suprema a la que corresponde juzgar y castigar a los malvados. Aquel que se mete por un callejón sin salida, o tendrá que volver sobre sus pasos o morir. Advertidle dulcemente, por si puede aún oírlo; después dejadle que obre; es necesario que la libertad humana siga su curso.

Nosotros no somos jueces unos de otros. La vida es un campo de batalla No dejemos de combatir, por causa de los que caen en la lucha; pero sí evitemos marchar por encima de

ellos. Después viene la victoria y los heridos de ambas partes, convertidos en hermanos por el sufrimiento y por razones de humanidad, se reunirán en las ambulancias de los vencedores.

Tales son las consecuencias del dogma filosófico, de Hermes; tal ha sido en todo tiempo, la moral de los verdaderos adeptos; tal es la filosofía de los rosacruces, herederos de todos los sabios de la antigüedad; tal es la doctrina secreta de las asociaciones a que calificaban de subversivas del orden público, y a las que siempre se les acuso de conspiradoras contra los tronos y los altares.

El verdadero adepto, lejos de turbar el orden público, es su más firme sostén. Respeta demasiado la libertad para desear la anarquía; hijo de la luz, ama la armonía y sabe que las tinieblas producen la confusión. Acepta todo lo que es, y niega únicamente lo que no es. Quiere la religión verdadera, práctica, universal, creyente, palpable, realizada en la vida entera; la quiere con un sabio y poderoso sacerdocio, rodeado de todas las virtudes y todos los prestigios de la fe. Quiere la ortodoxia universal, la catolicidad absoluta, jerárquica, apostólica, sacramental, incontestable e incontestada. Quiere una filosofía experimental, real, matemática, modesta en sus conclusiones, infatigable en sus investigaciones, científica en sus progresos. ¿Quién puede marchar contra nosotros, si Dios y la razón está con nosotros? ¿Qué importa que se nos juzgue y se nos calumnie? Nuestra completa justificación está en nuestros pensamientos y en nuestras obras. Nosotros no venimos, como Edipo a matar a la esfinge del simbolismo tratamos por el contrario de resucitarla. La esfinge no devora más que a los intérpretes ciegos, y aquel que le da muerte es porque no ha sabido adivinarla es preciso domarla encadenarla y obligarla es preciso domarla encadenarla y obligarla a que nos siga La esfinge es el palladium viviente de la humanidad es la conquista del rey de Tebas habría sido la salvación de Edipo si Edipo hubiera adivinado todo su enigma.

En el orden positivo material, ¿qué hay que concluir de esta obra? ¿La magia es una fuerza que la ciencia puede abandonar al más audaz o al más malvado? ¿Es una farsa y una mentira del más hábil para fascinar al ignorante y al débil? ¿El mercurio filosófico es la explotación de la credulidad por la astucia? Aquellos que nos han comprendido saben ya como responder a estas preguntas La magia no puede ser en nuestros días el arte de las fascinaciones y de los prestigios; no se engaña ahora más que a aquellos que quieren ser engañados. Pero la incredulidad estrecha y temeraria del siglo último, recibe diariamente mentis y más mentis de la propia naturaleza Vivimos rodeados de profecías y de milagros; la duda negaba todo esto en otros tiempos con temeridad; la ciencia, hoy día, los explica. No, señor conde de Mirville, ¿no le es dable a un espíritu caído turbar el imperio de Dios!; no, las cosas desconocidas no se aplican más que como cosas imposibles; no es dado a seres invisibles engañar, atormentar, seducir y aun matar a las criaturas vivientes de Dios, los hombres, antes tan ignorantes y tan débiles, y a quienes cuesta tanto trabajo defenderse contra sus propias ilusiones. Aquellos que hayan dicho esto en vuestra infancia, os han engañado, señor conde, y si habéis sido bastante niño para escucharlos, sed ahora bastante hombre para no creerlo.

El hombre es, por sí mismo, el creador de su cielo y de su infierno, y en éste no hay otros demonios que nuestras propias locuras. Los espíritus a que la verdad castiga, son corregidos por el castigo, y no piensan en turbar el mundo. Si Satán existe, no puede ser sino el más desdichado, el más ignorante, el más humillado y el más impotente de los seres.

La existencia de un agente universal de la vida, de un fuego viviente, de una luz astral, no está demostrado por los hechos. El magnetismo nos hace comprender, hoy día, los milagros de la magia antigua; los hechos de segunda vista, las inspiraciones, las curaciones repentinas, instantáneas, la penetración de los pensamientos, son ahora cosas familiares, aun a nuestros hijos.

Pero se había perdido la tradición de los antiguos; se creía en nuevos descubrimientos, se buscaba la última palabra de los fenómenos observados, las cabezas se enardecían ante

manifestaciones incomprensibles, o se sufrían fascinaciones sin comprenderlas. Nosotros hemos venido a decir a los que se dedican a hacer mover los trípodes: esos prodigios no son nuevos; aún podéis operar otros mayores, si estudiáis las leyes secretas de la naturaleza. ¿Y qué resultará del nuevo conocimiento de estos poderes?

Un nuevo campo, una nueva vida abierta a la actividad y a la inteligencia del hombre; el combate de la vida organizado de nuevo con armas más perfectas, y la posibilidad, devuelta a las inteligencias selectas, de volver a ser dueños de todos los destinos, dando al mundo del porvenir verdaderos sacerdotes y grandes monarcas.

Fin de la Obra.